

Julio Enrique Blanco

D **DIÁLOGO CON UN HOMBRE
E PENSAMIENTO Y
E ACCIÓN EDUCATIVA**



Julio Núñez Madachi

JULIO NÚÑEZ MADACHI

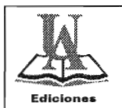
Gracias J 67

JULIO ENRIQUE BLANCO

DIÁLOGO CON UN HOMBRE
DE PENSAMIENTO Y DE ACCIÓN EDUCATIVA

GÉNESIS HISTÓRICA
DE LA UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

Fondo de Publicaciones
de la Universidad del Atlántico



Colección de Filosofía
Julio Enrique Blanco

JULIO ENRIQUE BLANCO
DIÁLOGO CON UN HOMBRE DE PENSAMIENTO
Y DE ACCIÓN EDUCATIVA

© JULIO NÚÑEZ MADACHI

© ESTA EDICIÓN FUE IMPRESA POR EL FONDO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

ISBN: 958-9180-90-6
BARRANQUILLA, COLOMBIA

UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

UBALDO ENRIQUE MEZA RICARDO

RECTOR

SIXTO GRANADOS

VICERRECTOR ACADÉMICO

VICTOR MÚNERA

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

CONSEJO EDITORIAL

UBALDO ENRIQUE MEZA RICARDO

LAURIAN PUERTA ORDÓÑEZ

OSWALDO SAMPAYO COVO

HOMERO MERCADO CARDONA

EL MATERIAL DE ESTA PUBLICACIÓN NO PUEDE SER REPRODUCIDO SIN AUTORIZACIÓN DEL AUTOR
Y DE LOS EDITORES. LA RESPONSABILIDAD POR EL CONTENIDO DE ESTA PUBLICACIÓN
RECAE ENTERAMENTE EN SU AUTOR.

PORTADA

FRAGMENTO DIGITALIZADO DE LA OBRA DE MIRÓ, CABEZA DE HOMBRE, 1927

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

CÉSAR TOVAR DE LEÓN

ÉDITER, ESTRATEGIAS EDUCATIVAS LTDA.

TEL 6362360. SANTAFÉ DE BOGOTÁ

CORRECCIÓN DE TEXTOS

GABRIEL FONNEGRA

PREPrensa DIGITAL DE PORTADA

COLOR-GRAPHICS

IMPRESIÓN

EDITORIAL GENTE NUEVA LTDA

PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES

IMPRESO EN COLOMBIA. PRINTED IN COLOMBIA

SANTAFÉ DE BOGOTÁ, DICIEMBRE DE 1998

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

I. EL PENSADOR DE ESENCIAS 1

II. EL HOMBRE DE LA ACCIÓN EDUCATIVA 20

PRIMERA PARTE

EL DIÁLOGO, INSTRUMENTO DE LA CULTURA UNIVERSAL 27

EXPLICACIÓN DEL INTELLECTUAL SOLITARIO 32

LO QUE ESENCIALMENTE DEBE SER UN INTELLECTUAL 37

LA CRÍTICA Y SUS ALREDEDORES 41

LOS CONCURSOS Y LAS VENTAS DE LIBROS 44

CRÍTICA DE LA CULTURA NACIONAL: INCOMPATIBILIDAD
DE LA LITERATURA CON LA POLÍTICA 48

SUÁREZ COMO RESUMEN DE PRUEBAS DE LA INCOMPATIBILIDAD 55

APRECIACIÓN CRÍTICA DE LOS GOBIERNOS COLOMBIANOS 64

PRESENTE Y FUTURO DEL GOBIERNO DE COLOMBIA 67

SEGUNDA PARTE

DIGRESIÓN EN TORNO A BEETHOVEN Y A SCHILLER 73

RAÍZ DEL ACTO CREADOR DE LA OBRA DE ARTE 78

LA OBRA DEL MUSEO Y DE LA UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO 84

EL INSTITUTO TECNOLÓGICO Y LA ESCUELA INDUSTRIAL 88

LA ESCUELA DE BELLAS ARTES Y EL CASTILLO DE SALGAR	92
EL <i>HOMO FABER</i> , EL <i>HOMO SAPIENS</i> Y EL <i>HOMO ESTURBANS</i>	98
LA BIBLIOTECA DEPARTAMENTAL	100
LO QUE DEBE SER UN RECTOR DE UNIVERSIDAD	103

PRESENTACIÓN

El nombre de Julio Enrique Blanco se encuentra tan inextricablemente unido al de la Universidad del Atlántico, que es prácticamente imposible mencionarlo sin hacer referencia a la institución que actualmente nos toca dirigir.

En los primeros Estatutos del Instituto de Tecnología (1946), encontramos dos conceptos que, con el correr de los años y gracias a la visión académica de nuestro fundador, hoy tienen vigencia: el primero queda sentado en la justificación de los Estatutos, en donde se anticipa a los hechos que sólo han tenido ocurrencia en la vida universitaria del país a partir de la expedición de la Ley 30 de 1992. Dijo entonces: “En todo caso, se ha buscado la mejor manera de dar expresión a la conciencia colombiana de la autonomía universitaria. Y se ha querido ser lo más conciso posible, pensándose que quizás así se podrá comprender mejor lo que significa esta autonomía: la facultad de regirse a sí mismo por los propios principios de su racionalidad, que es la potestad suprema de su propia técnica. (...) Autonomía universitaria quiere decir régimen de la enseñanza superior por principios, reglas y técnica de una didascalía que excluye todo medio y todo fin que no corresponda puramente a esa misma enseñanza superior”.

El segundo concepto hace referencia a que el doctor Blanco intuyó, desde el momento mismo de la fundación de la Universidad, cuál sería el ámbito de influencias y acciones en que se desenvolvería la institución. Al consignar que el Instituto de Tecnología del Atlántico era la Institución Politécnica del Caribe, dio vigencia al lema que el tiempo y las circunstancias han reafirmado y que, actualmente, se emplea con ligeras variaciones: Universidad del Atlántico, la Universidad del Caribe colombiano.

Mencionamos este último hecho por cuanto el doctor Julio Enrique Blanco, con su mente lúcida, supo diseñar y poner en marcha una institución de educación superior cuya grandeza, con el paso de los años, se ha venido fundamentando en el servicio a la comunidad, generosa y acogedora, como se demuestra en el hecho de que buena parte de sus estudiantes y egresados provienen de todos los departamentos de la Costa Atlántica.

Intelectual, académico y pensador serían las palabras apropiadas para juzgar y calificar a esta mente superior que se caracterizó por su precisión conceptual, su lenguaje libre de matices innecesarios y un rigor absoluto en todas sus exposiciones.

Miembro de la Academia de la Lengua y de otras asociaciones intelectuales de igual categoría y espíritu, senador de la República, secretario de Educación del departamento del Atlántico, director del Museo Antropológico del Atlántico, hoy adscrito a la Universidad del Atlántico, hizo de su vida un continuo ejercicio de la inteligencia.

Su obra filosófica, reconocida en su tiempo y por la posteridad, significa un hito en el desarrollo y vigencia de esta disciplina en el quehacer intelectual de las Costa Caribe colombiana y del país, por cuanto aparece como uno de sus afortunados iniciadores.

Hoy, la Universidad del Atlántico orgullosamente le rinde tributo de admiración y gratitud a su memoria y a su magna obra al ofrecer a la comunidad intelectual del país, especialmente a la universitaria, la Colección de Obras Filosóficas Julio Enrique Blanco, en la cual nuestros profesores y hombres de estudio tendrán la oportunidad de dar a conocer sus trabajos, como ya otros lo han hecho al editárseles sus esfuerzos intelectuales en las Colecciones Rodrigo Noguera Barreneche (Ciencias Sociales y Económicas) y Pedro María Revollo (Lingüística).

Aparentemente, éste es un reconocimiento tardío. Y como no lo es, tenemos que aplaudir la gestión y el trabajo que viene realizando un grupo de docentes que, con el paso de los días, ha consolidado el Instituto de Filosofía Julio Enrique Blanco, fundado en junio de 1990 con motivo de la celebración del primer cincuentenario de la Universidad.

Este Instituto, a través de conversatorios y mesas redondas que han contado con la presencia de brillantes expositores, nacionales e internacionales, ha reanimado una actividad intelectual que se encontraba aletargada y, así mismo, ha estimulado el interés por estas disciplinas en centenares de personas, mayores y jóvenes.

Queremos dejar sentado, una vez más, que estamos cumpliendo rigurosamente cada una de las propuestas que, oportunamente, formulamos a la comunidad universitaria, con el sano propósito de darle a ésta la auténtica vida intelectual y académica que nos es tan honroso dirigir.

Para cumplir rigurosamente los objetivos propuestos, sólo demandamos lo que en su momento histórico exigió nuestro fundador: que la didascalía universitaria excluya todo medio y todo fin que no corresponda a la esencia de la Universidad y a su autonomía.

UBALDO ENRIQUE MEZA RICARDO

RECTOR UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

PRÓLOGO

Julio Enrique Blanco nació en Barranquilla un 17 de mayo de 1890. En esa ciudad en la que ejerció con elevada autoridad intelectual y moral una noblísima cátedra de sabiduría y cultura. Falleció en la misma a los 96 años de edad, luego de constituirse en modelo de superación y pulcritud para todas las generaciones costeñas y colombianas. Porque a su devoción por el estudio y a su acendrado hábito de meditación de los asuntos más trascendentales, unió siempre un carácter altivo e indoblegable a las seducciones de la política, y una conducta personal sencilla, austera e intachable tanto en sus actividades públicas como privadas, lo que le mereció el apelativo de “Monje laico”.

Tanto Pedro Blanco Soto como Martina de la Rosa Álvarez, sus padres, eran miembros de distinguidas familias oriundas de la vieja ciudad de Mompós. De esas oleadas de familias momposinas que a mediados del siglo pasado emigraron hacia Barranquilla, luego que personas y desastrosas circunstancias políticas minimizaran la importancia y grandeza de Mompós como ciudad colonial.

La infancia de Julio Enrique es la de un niño solitario (a pesar de sus hermanos). Niño solitario, adolescente solitario. Sólo con su pensamiento. Así transcurrirían los años de su vida que conformaron su naturaleza. Los primeros estudios primarios y secundarios los realizó en el Colegio León XIII, regentado por padres agustinos españoles. A partir de ese año, 1907, se hace el autodidacta que había de ser durante toda su vida. Ya se sabía a sí mismo, suficientemente capaz de educarse a sí mismo de lo que había de ser su propia educación superior. Así, su soledad de lector compulsivo completaría la primera fase.

Cuando su pensamiento adquirió desenvoltura y claridad, su la-

bor preferida fue la del que le gusta encontrarse a solas con los autores que estudiaba y confrontaba. Poseyendo ya el idioma inglés, se entregó al estudio de Carlyle, que le confirmó lo que desde ya había comprendido: que la mejor universidad era una buena colección de libros. Leyó también a Benjamín Franklin en su autobiografía y aprendió de él que la mejor garantía para adquirir la cultura humana de valor era la de la independencia económica. De allí la síntesis que regirá toda su existencia. Por una parte el hombre que se hacía a sí mismo económicamente independiente para ser del todo libre. Y de otra parte, el hombre que se hacía capaz de educarse a sí mismo culturalmente para ser de algún valor.

Los rasgos bibliográficos de Julio Enrique Blanco dejan de inferir lo que fue su carácter; el carácter que solo la autodidaxia sabe dar; elevación y nobleza de propósitos, medida y eficacia en los actos de la vida práctica. Eludiendo por propia determinación lo que no correspondía a su destino. Autodidaxia que se proyectaba más allá de la influencia presencial de maestros, hacia una actitud crítica que confrontaba, complementando, los conocimientos que adquiriría con sus propias lecturas e indagaciones.

Asceta por temperamento, dedicó su vida a la disciplina de su intelecto, no buscó otra cosa que el cultivo de su mente. Nada de lo humano debía serle extraño, en especial de su esencia, la del interior de su espíritu. Con Agustín de Tagaste, había llegado a la conclusión de que es en esta interioridad del ser consciente donde reside la verdad. De allí su indiferencia a toda vanidad de títulos, condecoraciones, medallas, etc. Los que sin embargo le fueron ofrecidos espontáneamente. Sin solicitud de su parte, a la Academia Colombiana de la Lengua y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, le hicieron la distinción de nombrarle socio correspondiente de ellas. También sin haberlo buscado recibió de manos del presidente Carlos Lleras Restrepo la Cruz de Boyacá.

Pero fue en definitiva la filosofía kantiana la que le dio el rigor de pensamiento que templó su carácter y le dio el valor para los fríos razonamientos y la sutil dialéctica que necesitaba para la expresión de su doctrina. Además, esclareciendo, dominando su temperamento a través de la experiencia del peregrinar por el mundo occidental y de su

propio país, bajo el acicate continuo del estudio y la investigación científica, principalmente la astronomía, la física, la biología, la psicología y la metafísica, su carácter adquirió el temple del hombre especulativo que, sin embargo, tendió siempre a la acción, pero a la más digna de las acciones, la acción educativa.

Ya como rector ilustre del Colegio de Barranquilla (1938) o instructor de Educación Pública (secretario de Educación Departamental) (1937) o como rector y fundador de la Universidad del Atlántico (1942), siempre brilló por la rectitud de sus costumbres y lo rígido de sus decisiones. Jamás se notó vacilación con respecto a lo que debía hacer por dictado de su razón, de magnanimidad y de su sentido de lo justo. En todo caso, los actos todos de su vida testimonian el temple de su carácter. Aun frente a la burla, la befa y la caricaturización que en más de una ocasión de él se hizo, por esa, su noble e irrestricta decisión de hacer del hombre colombiano un ente razonable y de Barranquilla una Alejandría del Caribe.

Julio Enrique Blanco siempre mantuvo en constante tenacidad sus propósitos intelectuales. Por ello, no debe extrañar que su bibliografía exceda el centenar de ensayos, tratados y artículos filosóficos, científicos y estéticos. Porque para él, su vida consistía en el permanente esfuerzo de su inteligencia para alcanzar la mayor conciencia posible de lo que significa esa existencia en medio del azar de las cosas; en medio del correr efímero de los fenómenos en donde su existencia se encontraba inexorablemente vinculada, mientras su espíritu se mantenía en esa tenacidad que era para él su máximo placer.

Indiferente a la suerte que pudieran correr sus escritos desde el punto de vista material, tenía como verdadero fin de lo que escribía el puro placer de pensar y escribirlo. Razón por la cual la mayor parte de sus obras hubo de mantenerse inédita, en el peligro permanente de dejar de ser históricamente pertinente y en la gravedad de hacerse anacrónica.

En una rotunda terquedad, escribir era para él un fin en sí y para sí. Nunca tuvo afán de lucro ni atención de adquirir fama por lo que hacía; y con ese desinterés personal orientó siempre, desde muy joven

el curso de su vida y de sus actos; de modo que, habiéndolo logrado, aunque fuese en detrimento del justo reconocimiento que debía corresponderle en el panorama nacional, en ese, para él, su logro, encontró la satisfacción de ver cumplidos todos sus propósitos.

INTRODUCCIÓN

I

EL PENSADOR DE ESENCIAS

Z el 10 de octubre de 1917, en el número 7 de la revista *Voces*, Julio Enrique Blanco publica su primer ensayo de filosofía titulado “De la causalidad en biología”, ensayo que despierta poderosamente la atención de José Ingenieros, quien no sólo lo reproduce en su *Revista de Filosofía*, sino que además le escribe a Ramón Vinyes anunciándole “el gran porvenir que le espera al joven filósofo colombiano”.

Desde luego que José Ingenieros no está enterado de que este ensayo había sido redactado en 1915 y hacía parte de una serie de trabajos escritos por el joven Blanco entre los veinte y los treinta años. De estos trabajos¹ se destacan algunos títulos como *Epítesis del concepto de sustancia* (1910), *Proyecto de una metafísica de la cosmogonía* (1916) y *La filosofía como conciencia genérica e histórica del hombre* (1920). Todos ellos textos que habrían de contrastar definitivamente con todo lo que en materia de cultura se estaba llevando a cabo en Colombia.

Tanto en Medellín como en Barranquilla hubo reacciones. Este primer trabajo de Blanco y otros que más tarde aparecerán en la revista *Voces* producen un grande impacto en un grupo de jóvenes antioqueños estudiosos de la obra de Nietzsche. Sin embargo, imbuidos en el pensamiento del filósofo alemán,² no alcanzaron a valorar sensatamente las propuestas iniciales del joven filósofo barranquillero. En Barranquilla, entre tanto, los jóvenes del grupo de *Voces*, a pesar de que en ellos los trabajos de Blanco han causado

1. En este período que se contempla, el de 1910 a 1920, Blanco elabora aproximadamente unos veinte ensayos filosóficos, los cuales no se especifican aquí para comodidad de la lectura del texto.

2. Restrepo, Enrique. "Las influencias de F. Nietzsche en las generaciones jóvenes de Antioquia". *Voces*, Vol III, 25, 1918.

una grata impresión, comienzan a hacer bromas alrededor de las “raras inclinaciones” del joven Blanco³ y el grupo de *Voces*, lo que obliga a Ramón Vinves a disculparse y a comunicarle cuál es el verdadero sentido de las bromas que se hacían de sus escritos:

“Ayer le decía a Antonio Luis McCausaland, a quien le mostré su carta, el daño que con nuestra risa negativa le habíamos hecho a Ud. Voy convenciéndome cada día más de que lo más trágico de la vida es la pérdida de la fe. Y Antonio Luis más que nadie. Usted no escribe como escribía. Ud. no habla como hablaba. Y si alguien debe continuar de nosotros en su obra es Julio Enrique Blanco. Le digo todo esto porque su carta, fría y recelosa, me lo sugirió. Le espanta *Voces*. Le espantan no se cuántas cosas más. Créame, Julio Enrique, hay una solidez en Ud. que no debe ser minada ni debe quedar inútil. Los mismos que aparentamos no creer en nada hemos de decir que sí creemos en lo que Ud. hace.

“Publique o no publique, escriba. Y escriba con entusiasmo como escribía antes. ¿Que nadie nos comprende? Sí los hay. No crea que Henry Poncairé, si hubiera publicado sus hipótesis cosmogónicas en *Voces*, hubiera oído comentarios más inteligentes que los que usted ha oído (sic) su *Causalidad biológica*” (De Ramón Vinves a Julio E. Blanco, *Correspondencia*, 21 de julio de 1918).

Pese a las voces de aliento de José Ingenieros, el joven Blanco empieza a comprender que en Colombia la filosofía es considerada una actividad de gente estafalaria. Luis López de Mesa se encargará de confirmárselo:

“Dudo que haya un colombiano entre un millón que acierte a apreciar esa intención suya: aquí, generoso amigo, el nivel mental no alcanza para desentrañar alusiones, así sean útiles como la que informa su trabajo. (...) Es fuerza decirles al pan, pan y al vino, vino, y aun así lo declaran a uno o ininteligible y hasta farsante, cuando son vehementes. ¿Qué quiere decir Ud.? Si ya sabemos que nuestra manía de filosofar no tiene aún ambiente en esta cultura incipiente colombiana” (De López de Mesa a Blanco. *Correspondencia*, 1920).

En 1938, luego de su viaje a Europa y de esporádicas colaboraciones en

3. "Recuerdo que cuando en mi juventud yo me aislaba en mis estudios, a la gente le daba gusto decir, señalándome: ¡va a parar en loco! (véase Diálogo).

la revista *Cultura*, que dirigía Luis López de Mesa,⁴ Blanco publica en la *Revista de la Universidad de Antioquia* una serie de diálogos filosóficos en los que recoge las discusiones que alrededor de la ciencia y la filosofía habían sostenido los contertulios de *Voces* entre 1915 y 1917. En ellos intervienen Ramón Vinyes, Enrique Restrepo, Antonio Luis McCausaland y Julio E. Blanco, y se discuten las propuestas filosóficas y científicas de Haeckel acerca del éter y la entropía, la psicología, la biología y la cosmogonía. Es entonces cuando Blanco publica en forma de libro el tratado *Utilidad pedagógica de la filosofía* y un texto en forma de fascículo titulado *Progreso material y progreso espiritual*.⁵ Y colabora además casi en forma permanente con la *Revista de la Universidad Católica Bolivariana* y con la *Revista de la Universidad de Antioquia*. Publicaciones en las que aparecen, por primera vez en Colombia, sendos estudios de su autoría, atinentes al pensamiento filosófico de Hegel y Husserl.

Tanto los libros como los ensayos no le merecen a la inteligencia colombiana el más mínimo comentario. Sin embargo, el “Círculo de fenomenólogos” que para entonces tenía su sede en la Universidad de Buffalo, Nueva York, comenta favorablemente los ensayos acerca de Husserl, y el profesor E. Romanell, de la Universidad de Panamá, entabla una interesante disputa epistolar alrededor de los puntos de vista esbozados por el pensador colombiano en lo concerniente a la relación Husserl-Main de Bran-Plotino, discusión que, debido quizás a la hondura y altura de la misma, pasa inadvertida en nuestro medio.

En los años cuarenta y cincuenta, convencido definitivamente de que en Colombia se le da mayor aprecio al discurso político y a la obra suave y delicada de literatura, y no tanto a la obra producto de la reflexión profunda del espíritu, Julio E. Blanco se decide a publicar muy poco, pero sí a escribir intensamente, para solaz de su propio espíritu. Sólo a instancias de Luis López de Mesa, quien siempre se esforzó para que sus compatriotas lo reconocieran como el más grande pensador colombiano, mantiene esporádicamente sus relaciones con las revistas de las universidades antes menciona-

4. A Luis López de Mesa siempre se le consideró en Colombia como un hombre sabio. Veamos qué dice este sabio de J. E. B.: “Hace 30 años conocí a Julio Enrique Blanco; entonces él sabía más que yo. Hoy sigue sabiendo más que yo” (Discurso de clausura de curso del Colegio Barranquilla, 1939).

5. Ambos de la colección del Museo del Atlántico (1937 y 1941).

das, y algunas veces amplía su radio de acción a publicaciones como la *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas y Físicas*, la *Revista de la Universidad de Medellín*, *Revista de Indias*, la del Colegio Mayor del Rosario, *Ideas y Valores* de la Universidad Nacional y *América Española*. Todo ello, repito, a instancias de López de Mesa y para “seguirle mostrando a la inteligencia colombiana la ironía de prestarle las cosas que ella presume que carecen de significado o valor”. Para ver si así “sale del marasmo en que se consume, plenamente satisfecha de la inercia, que es su significancia filosófica” (De Blanco a López de Mesa, *Correspondencia*).

En la primera de las mencionadas revistas, la de la Academia Colombiana de Ciencias, Blanco publica un ensayo de gran aliento acerca de Kant y las ciencias exactas, que en cualquier parte del mundo hubiese llamado la atención, pero que Colombia, desde luego, pasó inadvertida. En 1966 Julio E. Blanco publica, en memoria de Luis López de Mesa, un profundo estudio acerca de los estados de la conciencia, titulado *Nea-Apokalipsis*, que motiva unos breves comentarios periodísticos de Abel Naranjo Villegas, pero todo no pasa de ser eso, un mero comentario periodístico.

Por estos mismos años se inicia en Colombia toda una serie de trabajos en los que se intenta llevar a cabo un exhaustivo nacional, en la mayoría de los cuales, desde luego, no aparece el nombre de Julio E. Blanco, y cuando estos sucede, lo será sólo de pasada y como alguien que escribía extraños jeroglíficos en alemán. Y lo que es más inaudito aún, para este mismo período dos entidades, una oficial y otra semioficial, publican dos extensas antologías de los mejores ensayistas colombianos y en ninguna de ellas aparece Blanco, lo que quiere decir que ni como ensayista se le ha tenido en cuenta, a pesar de la enorme cantidad de ensayos por él publicados, en los que —predomina algo que nadie puede desconocer—, la hondura de pensamiento y la corrección de estilo.

En fin, por ello no es de extrañar que esa inmensa obra de Blanco, que comprende un centenar de tratados filosóficos y más de un centenar de ensayos científicos y de cultura general, se mantenga aún en su mayor parte inédita y se haya elaborado en la más silenciosa soledad de lucubraciones, alejada de toda ostentación publicitaria.

LA HONDA SIGNIFICACIÓN DE LAS INTENCIONES DE LAS PALABRAS

De todas formas, nadie que conozca los antecedentes de este filósofo puede explicarse cómo hasta el presente, luego de setenta años de aparición del primer ensayo de Julio E. Blanco, se le desconozca y no se haya aún emprendido la imperiosa tarea de estudiar críticamente su obra, ni se haya elaborado aún un juicio valorativo de ella, ya sea para negarla o para afirmarla.

Las razones que por lo general se han tenido para no realizar esta tarea han sido “la dificultad” que presenta el estilo de Julio E. Blanco. A esta excusa hay que sumarle, desde luego, el sempiterno centralismo que no tiene ojos sino para lo que se produce en la capital o para lo que se hace en algunas regiones, que como Medellín, reivindican con energía lo que sus hombres ilustres llevan a cabo. Quizás si Blanco, en lugar de nacer en Barranquilla hubiese nacido en Bogotá o en Medellín, su suerte habría sido otra. O si por lo menos hubiera aceptado la Rectoría del Colegio Mayor del Rosario, como se le propuso un día, o la dirección de la Biblioteca Nacional, la cual también declinó, su obra quizás hubiera recibido los honores que por mérito merece.

Pero ha sido ante todo la “barrera” del estilo lo que se ha argüido para desconocerla. Revisemos pues, este aspecto.

Por lo general, los pocos estudiosos que se han acercado a la obra de Blanco lo han hecho sólo para decir cosas como éstas:

“Blanco domina perfectamente el griego, el latín, el francés, el inglés y el alemán, idiomas que conoce ampliamente, en especial este último. Tanto lo conoce que su construcción no tiene la claridad de la prosa española. Es confuso, difuso y abstruso como un germano. Carece de estilo, o si lo tiene, no es español” (Benigno Acosta Polo).

O apreciaciones tan desconsoladoras como éstas: " Blanco, formado según parece, en la filosofía kantiana; un idioma áspero, hermético, imposible de digerir. Por esto mismo es difícil terminar la lectura de cualquiera de sus ensayos” (Silvio Villegas).

De tal manera que a esta circunstancia se debe que la obra de Julio E.

Blanco sea poco conocida. Y todo porque, según la apreciación de estos y otros autores, Blanco es “una inteligencia colonizada por ideas sajonas”. Pero lo cierto es que quienes sólo se detengan en la primera aparente impresión que ofrecen las obras de Kant o Heidegger sólo se conformarán con decir lo que hoy dicen de la obra de Blanco, desconociendo su real y esencial significado. Y esto no debe extrañarnos, sobre todo si recordamos que Wildelband y Schopenhauer, refiriéndose apresuradamente a la obra de Hegel, la hayan calificado de mero galimatías.

Creemos que la dificultad que presenta la obra de Blanco se debe no sólo a su aspecto formal, sino también a su contenido tan original, tan característico e incomparable, donde una prosa ciertamente exigente, pero ágil y absorbente, va abriendo camino a ese difícil y profundo tema de que trata, ese sí inalcanzable a los espíritus no dados al difícil arte del reflexionar constante, al constante razonar. Tema o difícil concepción, aparentemente oscura, pero clarísima después del detenido estudio y la meditación prolongada, que luego del esfuerzo intelectual profundo que exige, se presenta como una doctrina coherente y ordenada, sencillísima en sus líneas principales, sin perder la complejidad en el conjunto de sus elementos.

Cuando Blanco dice: “¿Qué pueden decir los que aquí creen que filosofar es entretenerse con escribir frases sonoras o jugar con meras linduras de estilo, asumir (al fin) posturas literarias?”, debe comprenderse y aceptarse que Blanco no es un artista, sino un escritor solicitado predominantemente por motivos filosóficos. Que en sus disquisiciones filosóficas busca penetrar en lo recóndito o abscondito de las palabras, para develar las hondas significaciones de sus intenciones, para estructurar lo más lógicamente posible su discurso filosófico. La rigurosidad de su estilo obedece a que se esfuerza por hablar el lenguaje propio de la filosofía. “El filósofo –asevera– debe tratar de confrontar, para armonizar y hacer concordar conceptos y principios de la filosofía. En este aspecto, la labor del filósofo debe ser la de buscar la concordancia de léxico con el de los científicos”.

La actitud de Blanco es pues la actitud del analista, del filósofo que, para justificar su léxico, trae a colocación el concluyente juicio de De Quincy: “No puede ser pedantería ninguna palabra que, expresando una distinción, exprese la exactitud de la lógica o que llene un vacío para el entendimiento”.

EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA FILOSÓFICA DE JULIO E. BLANCO

En su desenvolvimiento, la conciencia filosófica de Julio E. Blanco presenta tres etapas claramente definidas, que si bien son más o menos sucesivas y progresivas, muchas veces dan en simultaneidad de concurrencia por sus aspectos y proyecciones, alcances y significaciones.

La primera de estas etapas es la que se refiere a los primeros estudios autodidácticos y es la comprendida entre los diecisiete y los treinta años (1907-1920). La segunda es el período comprendido entre 1920 y 1930, en el que se destaca el esfuerzo por comprender el ser y la mentalidad del español, y la tenaz lucha por evitar caer en el solipsismo absoluto al que lo estaba conduciendo el ensimismamiento intenso de la propia reflexión acerca del ser. La tercera etapa comprende el período que va de 1927 a 1970, aproximadamente, siendo ésta la más intensa: en la que se pretende la articulación de un sistema nuevo de filosofía.

EL CIELO ESTRELLADO SOBRE MÍ Y DENTRO DE MÍ LA LEY MORAL

La primera etapa se caracterizó por los estudios autodidácticos, los cuales se fueron fijando en la medida en que iba desarrollándose, en el joven Blanco, la conciencia de sí mismo y de su existir en el mundo; de sus emociones en la contemplación de la naturaleza y de sus reacciones ante los libros que estudiaba y asimilaba, siempre con sentido crítico.

Desde muy temprana edad, Julio E. Blanco presentó un inmenso amor por el estudio, que realizó mediante la lectura asidua de libros deliberadamente buscados y escogidos. A la edad de trece años ya había leído a Víctor Hugo, Chateaubriand, Lamartine y Alejandro Dumas, padre. Lecturas que absorbieron para entonces su mente y enardecieron su fantasía. Pero a partir de 1907 su espíritu empezó a encaminarse por otros rumbos, los de la ciencia y la filosofía. De suerte que ya desde los 17 años, su carácter estaba bien encaminado en el proceso de su propia formación. En esas condiciones se da a la tarea de estudiar con fervor y entusiasmo las obras científicas de autores

alemanes e ingleses, tales como *Historia de la creación de los seres según las leyes naturales*, *Enigmas del universo*, de Haeckel; *Luz y vida, fuerza y materia* de Buchner; *Nueva vida de Jesús*, de Strauss; *La libertad*, de Schopenhauer; de Nietzsche, *Así hablaba Zarastustra y Aurora*; de Wagner, *Novelas y pensamientos*; de autores ingleses: *Origen de las especies*, *Mi viaje alrededor del mundo* y *El origen del hombre* de Darwin; *Creación y evolución*, *El progreso, su ley y su causa*, de Spencer; *Conflictos entre la religión y la ciencia*, de Draper.

De franceses: Renán: *Estudios religiosos*, *El porvenir de la ciencia*, *El anticristo y la iglesia cristiana*, y de Voltaire, *El diccionario filosófico*. Lecturas que combina con las de autores españoles como Cervantes, Fray Luis de León, Calderón de la Barca, Menéndez Pelayo y Jaime Balmes. El estudio cuidadoso de estas obras y de otras que se irán agregando a la larga lista de textos estudiados por el joven Blanco en este período (1905-1907), como las de Levarrier, Herschel, Flammarion, Laplace, y por medio de éste, Kant,⁶ acumularán en su mente los motivos que poco a poco se convertirán en el acervo para las indagaciones especulativas y propósitos filosóficos que le pondrán en trance de una concepción filosófica del mundo.

En estos años el joven Blanco, además de mirar a todo cuanto venía del exterior —la perplejidad ante la maravilla multiplicada del mundo natural— empezaba a reflexionar sobre todo cuanto provenía de su interior, tratando de compaginarlo todo para tenerlo presente en el crecimiento genético de su conciencia. Labor de precisión y fijación metódica y hasta cierto punto sistemática, a fin de ser lo que parecía haberse propuesto: una conciencia filosófica, un espíritu metafísico que daba razón de la existencia. Emergen entonces las primeras reflexiones filosóficas: ¿Qué son las cosas que constituyen el exterior de la existencia que nos circunda? ¿Qué es, frente a ese exterior, el sujeto que constituye la existencia de nuestra entidad interior? ¿Cómo reducir ambas cuestiones a una sola para hallarse la debida solución unitaria? ¿Qué es el pensamiento? ¿Qué es el movimiento? ¿Cuál es el desenvolvimiento de los elementos esenciales de nuestra vida mental? ¿Qué es una noción? Tales son las cuestiones que demandan una explicación y que ahora

6. Por intermedio de Schopenhauer y Laplace, Blanco descubre la trascendencia de la maravillosa expresión de Kant: “El cielo estrellado sobre mí y dentro de mí la ley moral”, que determinará definitivamente su condición de filósofo.

se le presentan al joven Blanco como altamente filosóficas. Y de estas reflexiones brota su primer planteamiento filosófico: ¿Qué existencia debo atribuir a mis conocimientos? ¿Son éstos la manifestación individual de una inteligencia superior a mí mismo, luego genérica, y superior también a la especie humana, luego supragenérica, más aún, superior al mundo, luego supramundana? ¿O son ellos productode este mundo, aquella especie humana, el individuo orgánico de esta que ha venido a ser yo?

La formación filosófica de Blanco en estos años juveniles es positivista (influencia de Haeckel, Darwin, Spencer). Luego, al final de esta etapa que venimos contemplando, se vuelve kantiano.

En el transcurso de ella fueron componiéndose por escrito, además de los ensayos señalados al inicio de estas notas, una *Historia comparativa de los sistemas filosóficos*, que recoge las anotaciones de comprensión, exposición y apreciación crítica de los filósofos estudiados entre 1907 y 1920. *Una autobiografía de la inteligencia*, especie de anales que describen el proceso de formación y estructuración de la conciencia filosófica de Blanco, y finalmente, como culminación de esta primera etapa, *Auscultaciones de la Selva Negra*, primer trabajo original de sistematización del filósofo barranquillero, que va a ser decisivo para las ulteriores determinaciones que adoptará.

Estamos en 1921.

EN BUSCA DE LAS RAÍCES PROPIAS Y EL HORROR AL SOLIPSISMO ABSOLUTO

La segunda etapa es definitiva en la formación filosófica de Julio E Blanco. Lo que sigue es en primer lugar la etapa de las investigaciones de cómo y por qué, Julio E. Blanco: “Individuo de la raza o grupo étnico que de España había venido a progresar en América y en parte a concentrarse en Colombia, en una población que cuando nací, era una aldea casi, donde se desarrolló, creció orgánicamente y se estructuró metódica y sistemáticamente mi conciencia del mundo, del existir en el mundo que se proyectaba como foco de un espíritu que hallaba su propia objetivación como fijador e irradiador de una filosofía”.⁷

7. Autobiografía de una inteligencia. (1907-1920). Inédita.

Y en segundo lugar, el prolongado y apasionado diálogo con Kant, que producirá una crisis personal ante la actitud filosófica inicial que había adoptado –positivismo– y los nuevos caminos que se le abren a partir de la lectura de las obras del filósofo alemán. Resultado de las primeras indagaciones fueron dos tratados inéditos aún: *Génesis del pueblo español* e *Indagación crítica de la mentalidad española* (1924). El primero versa sobre los múltiples orígenes y evoluciones del etnos ibérico, y el segundo, sobre las formaciones, encadenamientos rectos y desvíos o extravíos de la mentalidad española. Todo ello con el fin de explicarse cómo dentro del etnos ibérico, al cabo de multimilenios de evoluciones por la península europea y de emigraciones por las Américas, Julio E. Blanco había venido a aparecer como fenómeno de nacimiento y de crecimiento humano, y cómo a la vez le era posible emerger críticamente, es decir, desprenderse e independizarse de la mentalidad española, para moverse dentro de la intelectualidad superracional, que era la propiamente genérica de la humanidad, la verdaderamente filosófica hasta la cual, según Blanco, no había podido llegar la mentalidad española.

Realizadas estas investigaciones, obtenidas las averiguaciones que necesita, acuciado ahora por las hondas preocupaciones metafísicas que le han planteado las obras de Kant, trata de evitar a toda costa el riesgo que siempre amenaza al ensimismamiento intenso de la propia reflexión del ser: el riesgo del solipsismo absoluto.

“Lo que necesitaba, abrumado como estaba por el esfuerzo incesante de expresión que en vano intentaba, de una filosofía, más aún, de una metafísica cuyo lineamiento me perseguía como una obsesión para vencer no sólo el idealismo, sino el tedioso e infecundo solipsismo en que frecuentemente venía a parar; animándome ya con los vislumbres de un intelectualismo afirmativo de la realidad sensible, lo que necesitaba era, repito aún, precisamente lo contrario de la monotonía interior de la especulación egocentral; es decir, necesitaba la variedad exterior de la vida, de la naturaleza, del mundo. (...) Necesitaba y quería dejar venir hacia mí lo exterior, lo expresado ya, para que penetrase en mi interior y me saturase de sí lo que en mí permanecía como pasivo e inexpressado aún, a fin de que me infundiera –si era posible, como lo imaginaba– una savia de vida nueva”.

Del tal manera que para completar la visión y evitar los riesgos a que

podría conducirlo el excesivo solipsismo en que había caído, emprendió estudios sobre la historia del pensamiento en el Cercano Oriente para hallar el mundo, la naturaleza, la vida, la realidad externa que había transcurrido ya para el género multimilenario de la humanidad. “La existencia que trascendía en su independencia al yo –el cosmos, que así venía a ofrecérseme como ya dado antes para darse después de mí, perpetuándose en el proceso de lo que había comenzado, bien que minimamente aún, a ser historia aquella realidad cuya existencia (...) había transcurrido en la parte más culta de la tierra, la cuenca del Mediterráneo”. Y ello fue lo que dio el itinerario del viaje, el trazado del periplo que iba a emprender y en últimas los lineamientos definitivos de su pensamiento filosófico. Resultado de este viaje por las grandes capitales de la Antigüedad clásica fueron sus meditaciones que, como notas de viaje fueron publicadas en parte con el título “De París a Egipto y Palestina”: notas de un filósofo, y tres diálogos, inéditos aún, sobre las tres capitales de la Antigüedad: “Diálogo de Atenas”, “Diálogo de Tebas (Egipto)” y “Diálogo de Roma” (1927).

HACIA LA ARTICULACIÓN DE UN SISTEMA NUEVO EN FILOSOFÍA

En la tercera etapa –la más densa e intensa– se elabora su filosofía original o metafísica propia, que es la “la expresión fundamentada para explicar lo que había venido a ser mi conciencia del fenómeno de la individuación humana en mí hasta llegar a ser el espíritu creciente de esa filosofía, (...) dentro del sistema genérico también creciente dentro de la integración siempre totalizable a cada momento o período de la historia, pero nunca definitivamente finito, de esa misma filosofía”. Libre ya su intelecto de aquella mentalidad española que él conceptúa “estorbo”, halla la libertad creadora del propio pensamiento y la independencia dignificadora del verdadero espíritu de la humanidad. Entonces en su conciencia “fue delineándose en esquemas dinámicos de dialéctica para una lucha incesante de esfuerzos autodidácticos que volaban hacia un entendimiento más que telúrico, cósmico, de la existencia”: Esta labor se fijó primero como un “Lineamiento racional de filosofía”, para fijarse después definitivamente, como una “Metafísica de la inteligencia”, donde inteligencia se descompone etimológica y

semasiológicamente en "in-tele-agencia" para connotar un doble aspecto: 1) la actividad radical, esencial, que 2) interiormente se promueve para obrar a distancia efectos finales. Extenso, denso e intenso tratado que fue la ocupación vitalicia de Blanco y que él mismo divide en catorce partes: 1) de una averiguación histórica, introductoria, de la egología, donde críticamente examina los conceptos de YO en Descartes, Locke, Berkeley, Hume, Leibniz, Kant, Reinhold, Beck, Fichte, Schelling, Hegel, Maine de Biran, Balmes, Bergson, James, Husserl, Freud, Jung y Koffka; 2) de una noulogía, donde dilucida en sus elementos el concepto de la in-tele-agencia; 3) de una cogitología, donde similarmente dilucida en sus principios el concepto de la actividad esencial de la in-tele-agencia en cuanto ejercicio cogitante; 4) de una consecuente egología, donde Blanco expone su propia concepción y doctrina acerca del Yo; 5) de una categorilogía o tratado de lo que son categorías, como modalidades radicales de la in-tele-agencia, 6) de una noematología, o tratado acerca del espacio y del tiempo en cuanto actividades ya más que meramente categóricas, discursivas, que son intuitivas en la raíz misma de la in-tele-agencia; 7) de una arquetipología, o tratado de los arquetipos, las actividades in-tele-agentes que son los dechados de las modalidades esenciales en función de las cuales, como principios de todas las individuaciones, se producen y promueven los tipos de los seres, arquetipología que así da tránsito a una 8) ontología, que comprende las generalidades de la producción del ser o entes en general, y de aquí se fundamentan los tratados acerca de 9) una fisiogonología o doctrina de la producción de la naturaleza; 10) de una biogonología o doctrina de la producción del ser humano; 11) de una antropología o doctrina de la producción del ser humano; 12) de una psicogonología o doctrina de la producción de la conciencia humana; 13) de una historigonología o doctrina de la producción de la existencia histórica; 14) de una religiogonología o doctrina de la producción de los fenómenos religiosos; y finalmente, de una teogonología o doctrina de las manifestaciones de lo divino en cuanto teo-fano-logía, el efecto final a distancia interiormente buscado a través de la conciencia en el espíritu mismo del hombre.

VISIÓN SINTÉTICA DE LA FILOSOFÍA DE LA IN-TELE-AGENCIA

Tenemos, pues, que la idea básica de Blanco, la que constituye su idea fundamental, es la del intelectualismo que animó e inspiró a la crítica de la razón pura, la que sin ser estrictamente kantiana, fue radicalmente de la filosofía kantiana. Idea fundamental que también inspiró y animó a la filosofía pitagórica, platónica y aristotélica, y que había tenido su primera manifestación en la arcaica sabiduría egipciaca.

De tal forma que ante los dos motivos directores de la tradición filosófica, la egipciaca-grecolatina y la asiática-indogermánica, Blanco retoma el principio intelectual egipciaco-grecolatino, el que, según él, ha tenido un mayor poder de penetración en la comprensión y constitución del todo. “Quiero –dice– expresar el principio egipciaco-grecolatino de la intelectualidad pura que ampara a la objetivación histórica de la humanidad”.

Su objetivo es el de llevar a cabo una nueva fundamentación de la metafísica como ciencia, como epistemología o teoría de conocimientos ciertos que se refieren a lo que va más allá de las ciencias físicas o de la naturaleza. Fundamentación "nueva" de la metafísica como ciencia, en la que realiza una audaz síntesis de la estética trascendental de Kant y la teoría de la relatividad de Einstein. Todo ello con el fin de sacar adelante el frustrado intento de Kant por lograr una correcta formulación de la metafísica como ciencia y superar las limitaciones o callejones sin salida a que habían llegado los puntos de vista científicos de Eddington, Plank y Einstein. Por una parte, las limitaciones que, según Blanco, presentan algunos planteamientos de Kant en lo concerniente 1) al concepto de la inteligencia que en Blanco adquiere una dimensión metafísica, 2) en lo relacionado con la intuición ininteligible, la que en Blanco asume insospechados poderes para desentrañar el problema del absoluto; para Kant, ésta no se realiza en el ser humano; asimismo 3) la rigidez del esquema categórico de Kant, que en Blanco se torna dinámico, y finalmente lo que concierne a las nociones de las intuiciones puras del espacio y el tiempo, que en Blanco se ven dinamizados por la cuatridimensionalidad einsteiniana.

Por otra parte, ir más allá del borde del abismo, del misterioso abismo,

allí donde el tiempo y el espacio quedan reducidos a meras sombras que se esfuman, abismal misterio que no les permitió a los eminentes sabios mencionados y a otros como Michelsen, Morley, Lontz, dejar en claro el origen de la dinámica eléctrica de los cuerpos, de la electricidad, de la magneticidad, la luminosidad y la gravedad.

De allí es entonces de donde parten las tesis originales⁸ de Blanco, que partiendo de lo físico, van más allá de lo físico, desde donde se dimensiona lo metafísico:

“Me pregunté si era posible enlazar el esquema kantiano, en su trascendencia del espacio y tiempo, continuo einsteniano, en su realización del ya integral espacio-tiempo. Y me respondí que sí, ciertamente, en cuanto se podía establecer una proyección, prolongación de la subjetividad de aquel esquema (Kant) –que por algo y para algo era trascendental– en la objetividad de esta realización. Bastaba así construir la fórmula del espacio euclídeo, considerada por Kant: x, y, z , conforme a la fórmula del espacio ya plus cuan euclídeo establecida por Minkowski y Einstein: x, y, z, t , para intuir el dinámico esquematismo kantiano, subjetivo en su trascendencia, lo fenomenal que proyecta a través del continuo relativismo einsteniano, objetivo (ya) para realizarse en la primera estructuración natural del mundo”.

Para Blanco lo esencial, aquella realidad última que fundamenta el ser y que se halla más allá de los bordes del misterioso abismo donde el espacio y el tiempo quedan reducidos a meras sombras, empieza a hacerse cognoscible por la génesis misma del tiempo y del espacio –preguntas que Kant, Eddington y Einstein no se formularon–, génesis que tiene, según Blanco, ocurrencia en esa misma esencia que deja de ser una raíz ignota y se viene a ver entonces que la dinámica genética del tiempo y del espacio son expresiones de una única dinámica radical.

Esencia que en modo alguno puede interpretarse desde la perspectiva de Blanco como sensible, sino como inteligible, de lo que únicamente pueden ser esquemas dinámicos, motores, animadores de la existencia, esto es, categorías, noemas y arquetipos; es decir, los actos de la actividad originaria

8. Al respecto opinaba Luis López de Mesa: “Este sistema ciertamente no es plagio de ninguno otro, aunque en él se pueden hallar notables rasgos idealistas”.

esencialmente intelectual que es –según Blanco– la fuente de toda esencia y de toda existencia.

Queda pues, así, delineada una nueva teoría del tránsito de lo metafísico a lo físico o, como prefiere llamarlo Blanco, de lo ouisiagónico a lo ontogónico; teoría que a pesar de partir de las entrañas mismas del criticismo kantiano y del continuo espacio tiempo einsteniano, es una teoría, que, por una parte, es mas que einsteniana, y por otra, más que kantiana, puesto que más allá de Einstein, donde la métrica de la física y de la mecánica se resuelve en matemática pura, resuélvese en Blanco en una intuición que accede a la nueva posibilidad de una teoría del campo unitario de la gravitación y la electricidad.

Más allá de Kant, puesto que la intuición pura que se resuelve en una estética trascendental de formas constructivas, resuélvese en Blanco en los actos puros de una lógica y dialéctica trascendental de formas discursivas que exceden a las limitaciones de la crítica de la razón pura.

Considerando, entonces, el curso del material publicado hasta el presente por Blanco, en un orden doctrinal más que en un orden meramente cronológico, la filosofía o sistema de filosofía que ella expone se puede tratar de resumir esquemáticamente así: primero, como una inteligencia –intele-agencia–, actividad que obra interiormente efectos finales que es la base de todo ser. Cuya esencia es la de su pensar, el cual, fluyendo, se estructura y, estructurándose a sí mismo, esquematiza la estructura del ser. Es así inmanente en su pensar y trascendente en su ser, para lo cual se da como impulso inteligente, impacto noético: flujo de noeses (pensamientos)⁹ que interior, inmanentemente aún, se estructura en categorías, noemas (centros acumulativos de duración y extensión) y arquetipos. Tales estructuras son, por tanto, fluyentes siempre, siempre dinámicas, nunca estáticas, se mueven continuamente, son actividad incesante, como lo es la categoría de la causalidad que, con la correspondiente corriente de noeses, que arrancan de la inteligencia absoluta, produce, al transcurrir, el noema del tiempo. Produciéndose de manera similar el noema del espacio. Y también similarmente más adelante los arquetipos.

9. Actividad análoga a la intelección de intelecciones o noesis o noeseus de Aristóteles.

Todo esto como en un primer ciclo en que se realizan las estructuras de la esencia –actos necesarios de la inteligencia– que en su propia inmanencia fundamentan entonces la trascendencia.

Como en un segundo ciclo la naturaleza viene entonces a producirse como un proceso telescópico, actuando por la causalidad, que es su instrumento, del tiempo, del espacio y de ciertos arquetipos, hasta culminar en la sustantivación de sus primeros elementos. La energía y sus tipos: electrones, protones, fotones, etc., que resultan de dicho proceso. De la siguiente manera Blanco explica y fundamenta este proceso:

“Mas allá de los cuantos, como más allá de las ondas, se da una zona de indeterminación causal. Un cuanto es una especie de gránulo de energía; una unidad discontinua de ésta, que según se intensifique se especifica. Un fotón, por ejemplo, es un cuanto elemental de la luz; un flujo de fotones, de unidades discontinuas pero iguales de la energía, luego de cuanto de ésta, un rayo de luz. En la formación de tal cuanto, concentración energética, se da una indeterminación completa. Lo mismo ocurre en la onda de la mecánica ondulatoria. Cualquier parte de ella, en cualquier tiempo, puede producir el fenómeno del electrón, es decir, la primera manifestación de la partícula materializable. En la originación de él, concentración energética, dase también una indeterminación completa. ¿Qué significa entonces ello? Yo digo sencillamente: que sólo a partir de las formaciones cuánticas, fotónicas y ondulatorias, electrónicas, cuando se efectúa la causalidad mecánica, que es determinable matemáticamente. Antes de ellos, la causalidad que se da es la final, que sólo puede predeterminarse intelectualmente. Aquélla deriva de ésta a través del espacio y del tiempo. Luego a través de los noemas, que a su turno derivan metafísicamente de las categorías”.

“La causalidad se da así, pues, como un suceso de procesos continuos (no meramente contiguos) en que los antecedentes, transformándose y convirtiéndose, diferencial e integralmente, en los siguientes, son las causas de éstos. Metafísicamente, la intelectualidad esencial, que pensando, quiere el ser, luego se hace voluntad como modo energético de causar, así es como pasa o trasciende a lo que físicamente viene a ser relación de causa de efecto ya independientemente, suelta o abandonada a sí sola”.

No cabe la menor duda de que a partir del primer ciclo o esquema máxi-

mo, se tiene que seguir comprendiendo entonces lo demás, ya que toda la filosofía de Blanco se compone de ciclos que en concatenación se aplican, a los diferentes géneros o esferas de manifestaciones de lo existencial. Un tercer ciclo vendría a ser en este caso, el referente a la vida: la biología o, como la denomina Blanco, la biogonología, es decir, el tratado o doctrina de la generación de la vida. Porque en cuanto a la producción u originación de ésta, Blanco sostiene que ella y sus propios tipos aparecen en una etapa más avanzada de la trascendencia, cuando los arquetipos se realizan en compuestos físicos y químicos como las soluciones coloidales y en seres vivientes, células, agregados multicelulares, organismos. De modo, pues, que por medio de los arquetipos sería por lo que se actualizaría la vida o zoeo.

Un cuarto ciclo es el que hace referencia a la esfera de la existencia ya humana, la del hombre por tanto, que, conforme a Blanco, habría que definir como el tipo superior de los arquetipos. Llegando a clasificar a los hombres en dos grupos: el de los comunes y corrientes (la inmensa mayoría) y el de los rarísimos (la exigua minoría).

Los primeros son los que obedecen a los procesos de la vida aún irreflexiva, a elementos del instinto, a la sinrazón del egoísmo, de la pasión y de todo cuanto es consecuente o concomitante de tales estados, el engaño, la perfidia, la traición; los estados en que no se ve nada general, sino sólo se siente lo particular, lo propio, en los que en suma no se realiza la in-tele-agencia. Aquellos tipos de hombres que no son capaces de fijarse un programa de acción y desarrollarlo interiormente para causar a distancia fines ciertos. Los segundos, por el contrario, son los que obedecen siempre a la claridad de lo superconsciente, a los factores de la vida reflexiva, a nociones de la inteligencia, a la razón del altruismo, de la acción generosa y de todo cuanto es consecuente de tales estados, la verdad, la sinceridad, la lealtad; los estados en que se ve todo lo general, se siente lo universal, lo propio que para mientes en la afirmación de lo colectivo. Todo lo anterior está determinado por la vida humana, donde el hombre debe luchar entre el mundo de la fatalidad y el mundo de la necesidad (finalidad o destino), o sea, entre el temperamento –como manifestación orgánica– y el carácter –como manifestación espiritual. Y allí vence sólo cuando la necesidad se impone sobre el azar; el carácter sobre el temperamento; el destino sobre el sino; las causas finales sobre las causas mecánicas.

En consecuencia, debido a esta manera de concebir la realidad humana, surge un nuevo ciclo, el de la historia y el de la cultura. Pero antes está el ciclo de la psicología o, como gusta precisar más correctamente Blanco, psiconología, es decir, el que trata de la producción de la conciencia humana; el que igualmente se comprende concatenado a la lógica y la biología dentro la metafísica de la inteligencia, de la cual todo arrancarí y a la cual todo retornaría, psicológicamente pasando por el intelecto paciente: aquél correspondiendo a la parte universal, esencial; éste a la parte individual particular, de la conciencia humana. Como consecuencia de esta correspondencia, se da una como analogía entre la estructura de la in-tele-agencia y la esencia estructural a partir de los mismos modos noemáticos (estereocrónicos, es decir, espaciales y temporales) los que ya son energéticos, y los mismos modos noéticos (categóricos, es decir, radicales, como es la misma causalidad), que son puramente intelectuales. ¿Cómo todo ello? De esta manera nos lo explica Blanco:

“Estos modos noéticos —como en su parte inmanente aquellos noemáticos— se dan, por lo mismo que son tales, como un fulgurar de actos puramente intelectuales, una corriente noeses o actos de inteligencia que se concentran en distintos focos de ese fulgurar; focos que van iluminándose, esclareciéndose, precisándose más y más a medida que se van estructurando en una conciencia, integrando en un espíritu. Cuando llegan a su mayor precisión humana y se sistematizan, vienen a ser las categorías que fundamentan las filosofías. Evidente es, pues, que desde que se llega a la captación de todo esto, se llega a la aprehensión y posesión de lo que es la causalidad, categoría radical de toda conciencia o espíritu humano”.

La parte final de esta referencia es significativa en tanto que nos señala cómo a partir del pensar, del hondo reflexionar, además de estructurarse la conciencia y de llegar al fondo de las de estructuras que son puras actividades noéticas, se llega también por esta vía al fondo de las esencias radicales que rigen los procesos biogónicos y fisiogónicos, que es pura actividad igualmente noética. Así se llega, pues, igualmente, a la in-tele-agencia, que es la actividad que origina de sí el sér.

El sexto y último ciclo es el que se refiere al mundo de la realidad humana como existencia social ya, política, histórica y culturalmente. Esfera en la

que se realiza como tal la causalidad final. En él se mantiene la distinción entre las acciones determinadas por lo meramente temperamental, fisiológico y mecánico, que da lugar al mundo de la fatalidad, y lo carectual, racional y final, que da lugar al mundo del destino, al mundo de la necesidad. Desde la perspectiva de la causalidad final de la in-tele-agencia, mientras las acciones se realicen determinadas por el temperamento, que es para Blanco el fenómeno psíquico más elemental de la existencia orgánica, estas acciones sólo producirán efectos determinados por causas mecánicas que conducen irremediamente a la humanidad que los vive al mundo del sino. De tales acciones se sigue entonces apodóticamente todo cuanto es perverso, péfido, destructivo.

Mientras que las acciones humanas que se producen predeterminadas por el carácter, que es para Blanco el fenómeno psíquico ya elevado de la existencia intelectual, estas acciones producirán efectos predeterminados por causas finales (regidos por la in-tele-agencia) que orientan, por necesidad no por azar, a la humanidad que los vive, al mundo del destino. De tales acciones se sigue entonces apodóticamente todo cuando es benéfico, decoroso, digno y constructivo.

Bajo el marco de estos razonamientos la historia vendría entonces a comprenderse, no como un mero relato de hechos, sino como una exposición de acontecimientos regidos por causas que corresponderían ya sea al mundo del sino o fatalidad o al mundo del destino. De esta forma la historia dejaría de ser —en la intención de Blanco— mera efeméride, horografía, biografía literaria, etc., para venir a convertirse en un razonamiento, un discurso, una demostración, en fin, en una ciencia. Todo ello en el marco de la metafísica de la in-tele-agencia, donde lo físico y lo meramente biológico están regidos por leyes mecánicas, mientras que todos y cada uno de sus actos, todo aquello que implica lo inteligible, lo racional, por las determinaciones de una causalidad final. La causalidad se revelaría así entonces como una sinaitía o cocausalidad, es decir, con un modo radical de producir el ser y el saber, tanto por principios finales como principios mecánicos.

Hemos pues arribado a la parte final de estas breves, brevísimas notas, acerca de la metafísica de la in-tele-agencia. Sólo resta decir, redondeando todo lo anterior, que para llegar a la fundamentación de la finalidad así

discernida, y de su metafísica en general, Blanco ha partido, ante todo, por indagaciones psicológicas de una egología y de indagaciones metalógicas de una arquetipología; y en seguida, por indagaciones también metalógicas de una categorilología, con el fin de establecer el punto fundamental de partida de la originalización de la naturaleza (fisiogonología) y de la originalización de la vida (biogonología), como bases de la originalización de la historia (historiagonología).

Todo lo cual es en suma lo que Blanco presenta como su propia filosofía, su propia metafísica del ser. Esfuerzo que, *conatus intellectualis* sin par en Colombia, que realizó hasta los 96 años, en el que se aspira a la máxima plenitud posible de conciencia acerca del ser, en el parpadear que le dió esta misma en una silenciosa soledad de lubricaciones en torno de la verdadera filosofía, la genuina metafísica.

II

EL HOMBRE

DE LA ACCIÓN EDUCATIVA

En lo pertinente a la acción educativa de Blanco, ésta se inicia a partir del momento en que asume en 1938 la rectoría del Colegio de Barranquilla, desde donde comienza a concebir, bajo las agitaciones metafísicas que le eran características, la necesidad, y por tanto, la conveniencia de la creación de una universidad para la Costa Caribe de Colombia que fuese de enseñanzas prácticas y utilitarias y que correspondiera a lo que más se ponía de manifiesto como necesidad evidente de sus habitantes.

A esta universidad, para tal caso, primero la designó como Instituto de Tecnología en las Facultades de Ingeniería Química y Farmacia. Todo ello dentro de una amplísima concepción de lo que sobre ese comienzo se podía desarrollar, y había de abarcar todas las facultades que especializaban en ingeniería, desde la civil hasta la hidráulica.

Plan en gran escala que abarcaba además una concentración por absorción, de toda la educación, dentro de lo que Blanco se estaba proponiendo como hombre de pensamiento que se proyectaba en hombre de acción educativa. Educación que directa o indirectamente debía conducir a la universidad, incluyendo los colegios de enseñanza secundaria, como eran los existentes, uno para varones, otro para mujeres, y la Escuela Industrial que se fundaba para la formación de operarios técnicamente preparadas que sirvieran a las industrias. Lo mismo que la Escuela de Comercio para la educación subuniversitaria de los jóvenes que debían prepararse para entrar con la debida competencia al servicio de los desarrollos comerciales de la ciudad y, en general, de la Nación.

En medio de estas instituciones concebidas y puestas en práctica como preuniversitarios, otra más especial. Una que se instituyó con el máximo interés por parte de quién la concebía y fundaba. Tal el caso de la Escuela de Bellas Artes, con proyecciones que le hicieran también de Humanidades, al lado de las secciones de música, de pintura, de plástica como de escultura y, además, con inicios del arte teatral. Además, en las cercanías de la ciudad, en sus zonas campestres, la promoción de la enseñanza agrícola y pecuaria con el desarrollo de lo que Blanco llamó Escuela Anexa Granja Experimental. Con otras cosas más, que entonces, dentro de todas esas instituciones, se comenzaron a hacer, incluyendo la reconstrucción y el incremento de los textos existentes, de la entonces y aún diminuta Biblioteca del Atlántico (hoy Departamental). Y dentro de la dirección de Educación Nacional (hoy Secretaría de Educación del departamento), un Instituto de Psicotécnica para indagaciones por “tés” de las aptitudes de los aspirantes a estudios, cualesquiera que fueren.

A todo lo cual le incluyó lo que denominó Castillo de Salgar, reconstrucción de ese castillo para altos fines de intercambio de estudiantes de Barranquilla. Una hermosa mansión de hospedaje para dichos estudiantes, rodeada de campos que sirvieran a las prácticas de todos los deportes olímpicos.


La ejecución de toda esa obra magna fue la que Blanco llevara a cabo hasta donde le fue posible llevar. Su objetivo: convertir a Barranquilla, sobre el estuario del río Magdalena y a orillas del mar Caribe, en una ciudad como había sido la polis clásica de Alejandría en el delta del Nilo y a orillas del

mar Mediterráneo; por una parte, fenicia y judía como emporio de riquezas; y por otra griega y romana, como florecimiento de cultura.

Finalmente, la designación del conjunto total de las instituciones creadas para esa finalidad como Museo del Atlántico, con la intención de significar estéticamente que se trataba de una agrupación simbólica por ese nombre, de instituciones, de ciencias y artes, de técnicas y de economías, de políticas y de derechos humanos.

Eran planes, pues, de integración constructiva de las enseñanzas secundaria y universitaria, coherente, compactamente estructurada y con miras a mantenerlas lo más lejos posible de las funestas tendencias oficiales a hacer de toda educación abismo de objetivos burocráticos. Un preludio de autonomía universitaria universitaria con respecto al Estado.

Con la fundación del Museo de la Universidad del Atlántico, en 1940, cuyas ideas matrices y motrices Julio Enrique Blanco hubo de exponerme pocos meses antes de su fallecimiento, dio inicio a una obra que, a pesar de todo, había de mostrarse fecunda en resultados. A ejemplo de ella se iniciaron después las otras fundaciones universitarias departamentales que habían de promoverse en Cali, Manizales y Bucaramanga, ante todo. Y aún más, comenzó a descentralizarse, en discusión intensamente llevada a cabo por él en Bogotá, lo que había de acabar con obstinaciones y obcecaciones del centralismo de la educación superior en la capital de la República.

 Actividades prácticas que entonces hicieron conocer inconfundiblemente la concepción universitaria de Julio Enrique Blanco, pero que hoy se ha olvidado; que buscando ante todo la capacitación técnica y tecnológica del estudiante universitario, no hiciera de éste sólo una mera ficha, instrumento y hasta máquina o aparato de producción utilitaria, sino además, por programas extensivos de educación que fuesen complementarios de los técnicos y tecnológicos, un ser humano completo, plenamente consciente de sus libertades y derechos, su dignidad de individuo, su categoría de persona, mediante enseñanzas de cultura general en artes y humanidades.

Ser humano completo tanto por su capacidad de un lado utilitariamente productivo, cuanto por ilustración, de otro lado, como valor representativo de una cultura universal. Pues, como había de decírmelo en el transcurso del

diálogo, se estaba cometiendo el error de hacer de los hombres unos autómatas de producciones materiales cada vez mayores, con descuido de la conciencia de lo que vale ser unidades de la especie más alta en la escala de la vida sobre la tierra. En sus propias palabras: había que hacer del hombre del presente no sólo un tipo de *Homo faber*, sino un ejemplar de *Homo sapiens* en el sentido más alto de esta última designación.

Pero todos esos propósitos se echaron por tierra a causa de la labor soterrada de los que él llamaba hombres-estorbos: los que nunca faltan cuando se trata de lo que se piensa en grande, más allá de todo interés personal. Por ello, no es de extrañar que Julio Enrique Blanco se hubiese recluso en su vida privada –hasta el día de su muerte– donde nadie pudiese estorbarle la libre espontaneidad creadora de su inteligencia, fijada en designios del espíritu que dan a éste su más alta vigencia de verdadera humanidad.

Las líneas que a continuación presentamos constituyen apartes del dilatado diálogo que en el transcurso de diez años sostuvimos con Julio Enrique Blanco. Los temas de estas conversaciones vespertinas se centralizaban básicamente en tres aspectos fundamentales de la cultura humana: la filosofía, la ética y la estética. Pero invariablemente bajo la perspectiva de estos tres frentes, se instalaba en la penumbra de la acogedora sala el tema de la educación, en general, y el de la fundación y proyección de la Universidad del Atlántico, en particular.

PRIMERA PARTE

EL DIÁLOGO, INSTRUMENTO DE LA CULTURA UNIVERSAL

N.M. Quisiera saber, Don Julio, si sería de su agrado dialogar respecto de su vida, su labor intelectual, los libros y autores que determinaron en usted la vocación por la filosofía.

J.E.B. ¿Por qué no había de ser agradable decirlo a usted? Lo será, sí, siempre que no sea para tomarlo como cosas de eso que se llama reportaje. Algo que para mí es una degeneración literaria de lo que antes se entendía por diálogo.

J.N.M. Diálogo en forma de conversación sencilla.

J.E.B. Perfecto me parece entonces. Me gusta hablar con personas a quienes también les gusta hablar conmigo en ese sentido. Conversar así sobre temas que, como los últimos que usted acaba de insinuarme, son para mí de su complacencia.

J.N.M. Pero tengo entendido que el diálogo es un instrumento que, a diferencia de otros (por ejemplo, el musical), resulta de una gran eficacia cuando más o menos, y guardando las distancias debidas, se mueve dentro de un sistema de categorías que están a la misma altura vital. Me pone usted entonces en la embarazosa posición de hacer de mí un colocutor a un nivel al que, como estudiante de filosofía que soy, aún no he accedido.

J.E.B. Habla usted con modestia. Pero quiero anotarle que a ese nivel se puede llegar por la espontaneidad misma con que se va desarrollando la conversación. Recuerde que el Sócrates de los diálogos de Platón lo sostenía así. Hacía que las mentes de sus colocutores “parieran” los pensamientos que levantaban los niveles de sus temas, extrayéndolos así de los “embarazos” en los fondos de sus conciencias.

J.N.M. Gracias tendré que darle por lo que usted entonces logre que surja de mi entendimiento.

J.E.B. Se puede decir que la conversación es un arte cuando se la sabe emplear. Ya como diálogo es una técnica o más bien fuerza para hacer discurrir. De ahí que el discurso, en el sentido de discurrir razonando, sea ya un órgano para el filosofar. Todo ocurre, concurre y transcurre así en ascenso.

J.N.M. Lo entiendo.

J.E.B. Según lo que hablemos, así serán los niveles de la mente de usted con la mía...

J.N.M. Entonces los autores y los libros, los temas y las cuestiones por las cuales le he inquirido habrán de marcar así los niveles de lo que hablemos, conversemos, dialoguemos.

J.E.B. No podría ser de otro modo.

J.N.M. Para iniciar, entonces, nuestra conversación y a propósito del diálogo escrito, he podido observar que usted parece concederle una enorme importancia a este género, tal que sus primeros escritos asumen esta técnica discursiva; así mismo cuando parece ser que su crítica tiende a ser más agresiva y castigadora, como cuando la orientó contra Heidegger y Ortega.

Además es la misma técnica que emplea usted en su libro *Ne-Apo-Kalipsis*. En este último, este método tan esclarecedor para mí, se hace valor para usted, mediante las formas de estilo clásico del diálogo.

J.E.B. Ciertamente, siempre he tratado en mis diálogos escritos, especialmente, en mi estilo dialogal de *Ne-Apo-Kalipsis*,¹⁰ acercarme lo más posible al estilo de los diálogos más densos de Platón, como verbigracia el *Symposion*, pero sobre todo el *Timaios*, aunque sus sustentaciones sean muy distintas a mis intenciones. Lo cual lo hace más difícil, si se busca la imitación. Pues no es fácil adaptarla a exposiciones de temas nuevos. En Roma, Cicerón, con todo su ingenio y dominio del idioma latino, no lo logró en los muchos diálogos que escribió.

En Samosata, el escritor griego Luciano, muy literario, no pudo adaptar-

10. *Ne-Apo-Kalipsis*. Barranquilla, Tipografía Dovel, 1966.

se al estilo propiamente dialéctico, que es el diálogo filosófico. En la Edad Media, Dante Alighieri, con todo su ingenio poético, tampoco logró adaptarlo debidamente a sus temas. Ni en el Renacimiento lo pudo el sobresaliente Galileo, como lo intentara en su *Diálogo sobre los dos sistemas del mundo*.

Posteriormente Leibniz intentó adaptarlo también a sus discusiones de la doctrina de Locke. Pero pudo más el contenido que el estilo, o la materia que la forma... y así algunos otros pocos más como el excelente escritor filósofo irlandés Berkeley, en sus *Three dialogues between Hylas and Philonous*. Tres diálogos entre un materialista y un intelectualista, para decirlo en términos que se acercan a los eternos problemas que, creo, aquí trataremos.

J.N.M. Teniendo yo en mente su libro *Ne-Apo-Kalipsis*, me permito formularle la siguiente pregunta: ¿Qué autores, qué libros, han escrito en español bajo la forma de diálogo?

J.E.B. Puesto que de idioma se trata, le citaré ante todo el *Diálogo de la lengua*, de Juan Valdés, libro y autor del siglo XVI que, por eso mismo y por su grande mérito gramatical y literario, es uno de los mayores clásicos de nuestro idioma. Siendo de notar que Valdés allí habla siempre del idioma castellano, que confronta con el toscano. Porque para esa época nada se hablaba de idioma español, que apenas empezaba a mencionarse cual tal, lo mismo que en Italia el toscano poco se citaba como idioma italiano. El *Diálogo de la lengua* de Valdés es, por su contenido más que por su forma, muy digno de tenerse en cuenta por todos los que deseen impregnarse del espíritu creador del idioma castellano para ponerse, con él, en el cuerpo de los procesos históricamente materiales y formales que hicieron posible la creación de un lenguaje tan magnífico como es el que hoy universalmente lleva el nombre merecido de español. Valdés enseñó las fuentes que contribuyeron a esa creación, desde el vascuence que él llamaba vizcaíno, como el autóctono, y el griego y el latín —el latín sobre todo— como ajenos o foráneos, que se aglutinaron con el godo y el arábico, para incrementar el acervo de voces que hoy forman el inmenso vocabulario de riquísima semántica y fonética que es el español.

J.N.M. ¡Cuánto hay que aprender para saber lo que vale el idioma nues-

tro que heredamos de España! Pero me doy cuenta de que cuando más hay necesidad de estudiarlo para aprenderlo, menos lo estudiamos, menos lo sabemos.

J.E.B. Y es verdad. De ahí que los escritores en español, sean de Iberoamérica o de España, no resistan a veces comparación con los que escriben en francés, italiano, alemán e inglés, no solo en cuanto a temas, sino también en cuanto a estilo. He oído decir que entre los escritores en español, hay algunos cuyo conocimiento de la lengua es ínfimo, en comparación con lo que aprenden de sus idiomas los franceses, los italianos, los alemanes y los ingleses. Y es que para encontrar el vigor, el brío que da el vigor, de lo que se escribe y se habla en español, es necesario ir a las fuentes, mamar en su espíritu, como la que acabo de indicarle de Juan de Valdés, por su citado diálogo y demás escritos.

Literariamente ante todo, el de quien realmente fuera, más que Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios: Cervantes. Su *Coloquio de los perros* es, en ese sentido, ejemplarísimo. Pero más sesudos son algunos de los muchos coloquios entre Sancho Panza y Don Quijote. Al lado de Cervantes tengo que citarle a quien, para mayor comprobación, puede señalarse como el depurador y fijador del castellano, ya como la lengua por antonomasia.

J.N.M. ¿A quién se refiere usted?

J.E.B. A Fray Luis de León. A él, quien en enjudioso diálogo, escribió un libro que es el manantial del que fluye agua, no sólo la más clara, sino la más rica del castellano ya como español. Por ese libro, así como también por otros de teología, filosofía y metafísica, escritos en latín, aparte del de comentarios al Cantar de los Cantares de Salomón, Fray Luis de León ha sido uno de mis autores más leídos entre los españoles. Pero debo citarle especialmente a otro autor bastante leído también por mí, y quien, al releerlo en días pasados, me dio la sorpresa de encontrar que ya su estilo de diálogo en densos y largos desenvolvimientos (pero de materiales muy diferentes) es aquel que yo podría señalar como antecedente histórico de algunos de mis diálogos en la *Nea-Apo-Kalipsis*.

J.N.M. Muy interesante para mí es lo que me dice. ¿A ver de quién se trata?

J.E.B. Uno del siglo XVI cuando el castellano apenas parecía balbucir para parla en lo que hoy es el español.

J.N.M. Usted siempre sabe mantenerse en un como despertar a cada momento, en un nuevo y mayor interés por lo que me dice. Lo hace llevándolo a uno, paso a paso, de sorpresa en sorpresa. ¿Qué autor? ¿Qué libro? Tenga que seguir preguntándole eso ahora.

J.E.B. Bueno. Puede ser así. El autor: infante Don Juan Manuel. El libro: El conde Lucanor. Poquísimos son hoy los peninsulares españoles, poquísimos también los continentales iberoamericanos, que tienen noticia alguno de autores como éste, de la realeza góticohispanica, como que fue sobrino de Alfonso X, llamado el Sabio, y por eso mismo hijo del nieto del rey Fernando III, llamado el Santo, poquísimos aún los que pudieran interesarse por un libro donde se hallan las raíces del magnífico árbol que es hoy el lenguaje español, para saborear los frutos que dieron las semillas que habían de germinar en ese mismo árbol. Sé bien que al decirlo así lo digo floridamente, y que lo que se dice floridamente, sólo por el gusto de decirlo, como estoy haciéndolo yo ahora mismo, es mal mirado hoy por los fanfarrones y pedantes de ese realismo que degenera en lo vulgar y plebeyo, grosero, y que es tenido como lo propio del idioma nuestro.

J.N.M. Es verdad, hay ciertos escritores que pretenden hacer del español sólo una lengua de hampas y prostíbulos, descripciones de retrete y basureros, vicios y desvergüenzas en que se placen mentalmente.

J.E.B. Lo que tampoco pasó, por respeto al decoro de la lengua, ni siquiera en La Celestina, donde quizás habría cabido en partes, cuya composición se ha atribuido a quien aún era joven y mundano de costumbre, Fernando de Rojas.

J.N.M. Eso sí lo sé. Pues así fue.

J.E.B. Pues bien: mucho menos habría podido ser el estilo ni el impulso de crear literatura en castellano del infante Don Juan Manuel, autor, como después Juan Valdés, de otros escritos más. Pues la herencia intelectual del tío y del abuelo se hizo evidente en él, como lo demostrara en el Conde Lucanor.

J.N.M. ¿Qué influencia pudo entonces tener este libro en usted?

J.E.B. ¿Qué influencia? Propiamente hablando ninguna. Gusto de su lectura y admiración últimamente por su estilo dialogado, sí. Porque de justo esto último es lo que me ha traído a su mención. Al volver a leerlo al azar, hace algún tiempo, tuvo que sorprenderme la forma y la calidad de ese estilo. Yo no tenía por qué recordar, antes de escribir mi *Ne-Apo-Kalipsis*, que también el infante Don Juan Manuel lo había empleado forzosamente por los temas, en los relatos que se contaban o referían, en tono de conversación, entre el infante mismo y su consejero privado llamado Patronio. El propósito integral era de índole enteramente moral. Por medio de cuentos, hacer lo que hacían los poetas que componían fábulas que terminaban justamente en enseñanzas morales, “deseando que los homes fiziesen en este mundo, tales obras les fuesen provechosas en las honras, etc. de las feziendas etc. de sus estados”.

EXPLICACIÓN DEL INTELECTUAL SOLITARIO

J.N.M. Por todas estas anteriores erudiciones y por todos los comentarios que para mí ha hecho tan ilustrativamente, veo que usted trata, en el óptimo sentido del verbo, de aristocratizar intelectualmente el idioma español que es el nuestro. Y que trata de él así, a fin de que sea técnicamente perfecto y entonces adquiriera la claridad y la distinción, el vigor que le dé el brío, como usted mismo lo ha dicho, a ese magnífico idioma que es nuestro español. Pero por estas mismas ilustraciones que me da, han despertado en mí nuevas cuestiones que me agradaría verlas también comentadas por usted, y que se orientan específicamente hacia usted mismo personalmente.

J.E.B. Dígame usted sin recelo.

J.N.M. Se dice que usted vive aislado, como un intelectual solitario, dedicado a labores de su mente, lejos de toda publicidad de lo que escribe. A qué se debe esa actitud.

J.E.B. Lo cierto es que aprecio mucho la vida privada, que para mí vale más que cualquier otra. De cuando en cuando publico artículos ocasionales que me piden algunos pocos amigos que desean conocer por escrito mi opinión sobre tal o cual tópico de actualidad. Me da gusto atender a lo que me piden y dejo que se publique lo que escribo casi exclusivamente para ellos.

Pero se les imprime con tantas erratas, que entonces no es gusto, sino pena lo que siento.

J.N.M. Es una lástima.

J.E.B. De lo que escribo como obra de fondo he dejado entrever muy poco. Es lo que no puede interesar más que a pocas personas en Colombia. Quizás su suerte sea la que entre nosotros tiene que ser: compartir con la vida del comején, materialmente hablando. Pero a mí me satisface plenamente por lo que vale para mí mismo. Ya desde joven me di cuenta de que, en escribir para mí a fin de adquirir la conciencia más clara y distinta de mí ser y las cosas, estaba mi destino. Y ahora creo haber logrado plenamente este destino.

J.N.M. Es pues lo que se dice de usted: que es un intelectual, hombre de intelecto, solitario ¿Pero no hay en ello egoísmo? Y el egoísmo de la inteligencia es fecundo, fructuoso.

J.E.B. Lo es. La inteligencia, al ejercerse para sí, da para el espíritu los frutos opimos de conducir a lo que acabo de decirle: a una conciencia cada vez no sólo más clara y distinta de sí, sino más elevada y plena de contenido. Lograrlo es todo un destino. Un destino que es tanto más diferente del de las vanaglorias exteriores como renombre, fama y hasta riqueza, cuanto más se abstrae y concentra en sí.

J.N.M. Una especie de autocracia, pues, de la propia inteligencia, para satisfacerse a sí misma.

J.E.B. Si usted quiere decirlo así. Algo como lo que Aristóteles llamara la noesis— noesis noaseos— y Tomás de Aquino tradujera como inteligencia de la inteligencia, *intellectio intellectiois*. Para señalar ya la manifestación de lo divino en lo humano.

J.N.M. Mística de la inteligencia, pues, conforme a esta metafísica.

J.E.B. O de la razón pura. El lado adverso está en lo humano, y es lo desagradable. Pues el que así procede en nuestro país es tenido por lo que, en el peor sentido de la palabra, es lo que se llama un intelectual (riéndose), lo que se dice de mí. Y ser un intelectual en Colombia es ser objeto de

menosprecio, cuando no de irrisión. Lo que no pasa, por ejemplo, con quien es periodista, persona más respetable.

J.N.M. De ahí que exista tanto escritor banal que se presenta como intelectual.

J.E.B. Y de ahí lo que explica mi actitud. El que de verdad vive intensamente la vida de la inteligencia, tiene que mantenerse en reserva.

J.N.M. Sin duda alguna.

J.E.B. Máxime si cultiva la disciplina de la cual muy pocos saben que es la más severa y esclarecedora que se pueda dar: la filosofía.

J.E.B. ¿Cómo así?

J.E.B. Como usted ve, que me hace reír de nuevo. Pues recuerdo que cuando en mi juventud yo me aislaba en mis estudios, a la gente le daba gusto decir, señalándome: ¡va a parar en loco!

J.N.M. Pero seguramente usted no daba ninguna importancia a ese decir.

J.E.B. Me hacía reír, como se lo digo, igual que ahora. Pues recordaba yo al altivo estudioso y solitario filósofo de Éfeso, Heráclito, el padre de la dialéctica como profunda disciplina del espíritu y el primer enunciador de doctrinas de logos. Heráclito por eso fue considerado como un demente.

J.N.M. Como tantos otros en la historia de la cultura humana. La cual sin ellos no sería lo que actualmente es.

J.E.B. Por mi parte yo situó al filósofo, el metafísico, como intelectual puro, hombre de intelecto puro, cuyo ejercicio esencial y primordial es la razón, luego el logoi, por encima de todos los demás hombres que gestionan esa cultura. Pues es el de la mente –que Virgilio decía *divina mens*– que lo abarca todo, no como especialista, sino como, puedo decirlo, generalista encumbrado por encima del científico y del mero técnico, del literario, en el sentido más lato de la palabra, y del político y del historiador y del erudito.

J.N.M. Viéndolo así, este filósofo metafísico, intelectual puro u hombre de intelecto puro, como usted gusta decir, sería un humanista por excelencia.

J.E.B. Ahora bien: aun comprendiéndolo así, soy un ser humano como todos los demás. Sin que me falten los defectos inherentes a lo común de nuestra especie. Consecuentemente, en mis ineludibles relaciones externas o sociales, intervengo siempre con sentido de lo que es práctico. Inflexiblemente eludo todo tema de siquiera asomos especulativos.

J.N.M. Pero se dice además que usted tiene fama de ser sarcástico.

J.E.B. Será mi única fama. Al extraverterme, como hoy se dice, me río de mí mismo. Y esta risa se comunica a mí extraversión. Entonces me comporto como un humorista. Es lo mejor que puedo hacer.

J.N.M. Entonces, si es así, ¿ cómo y cuándo se aplica usted a sus especulaciones filosóficas, metafísicas, intelectuales?

J.E.B. En mi estudio soy un completo intravertido. Fuera de mi estudio soy, como acabo de decirlo, lo contrario: totalmente extravertido. Además, mostrarme así no deja de divertirme, y mi diversión opera como un contrapeso que da equilibrio a mi mente. En la calle soy un hombre de la calle como cualquier otro. No hay razón alguna para que sea de otro modo. Pero en casa soy como esencialmente debo ser: un incesante estudioso. Y ya cual tal, prosigo en mis especulaciones en torno de la obra, donde yo veo el cumplimiento del designio señalado a mi propia vida.

J.N.M. ¿No perjudica sus labores especulativas este juego permanente de la intraversión y la extraversión?

J.E.B. Al contrario. Pues, como también acabo de decirlo, da equilibrio a mi vida mental y material. En este sentido creo haber realizado lo que también me ha dado lo congénito de mi temperamento o naturaleza de hombre. Ser un realista a la vez que un idealista. Lo cual significa para mí que así es como la vida de la inteligencia pura es la que se llena de idealidades, mientras la vida de los sentidos es la que se llena de materialidades.

J.N.M. Le ruego me aclare esto.

J.E.B. Cuando yo atiendo al ejercicio de mi inteligencia, que entonces es como una razón o logos que individualmente encarna en mí, mi conciencia se llena de actos intelectuales, racionales, lógicos. La presencia de estos ac-

tos se me da por tanto en lo ideal de la misma conciencia. Y cuando atiendo a la aplicación de mis sentidos a la vida externa, esa misma conciencia se me llena de efectos perceptuales o sensuales. La presencia de éstos se me da por tanto en lo material.

J.N.M. Lo comprendo bien. Y me explica, además, por qué usted mantiene desconocida la labor u obra de su incesante cultivo de la vida del espíritu en la pureza de su inteligencia, cuando se aparta de la vida de los sentidos externos.

J.E.B. Sí. Como razón principal, para decirle yo, aún más, lo que usted quería saber: por qué mi vida intelectual es la de un solitario.

J.N.M. Efectivamente, y esto me permite ver por qué usted se mantiene como un ser desconocido en lo que esencialmente es.

J.E.B. La necesidad de ser así: un intelecto de vida interior que vela al exterior lo que es esencialmente, ha sido reconocido siempre por los espíritus máximos de la humanidad. Verbigracia, ya San Agustín declaró que sólo en el interior de la conciencia habita la verdad: *in interiore habitat veritas*. Además, yo por temperamento soy un asceta en el sentido original de esta palabra: disciplina severa para concentrar la mente en la obra que se crea de inteligencia pura, de pensamiento lógico o ejercicio de la razón, como también de voluntad ética y de sentimiento estético.

J.N.M. Con lo cual, pues, queda explicada por usted la situación en que usted mismo se halla definido como intelectual solitario. ¿Le da entonces, esto mismo, el concepto definido de lo que, en general, es y debe ser un intelectual?

J.E.B. Sí me lo da.

J.N.M. ¿Cómo, entonces, precisamente?

LO QUE ESENCIALMENTE DEBE SER UN INTELLECTUAL

J.E.B. Diciendo precisamente yo que el intelectual puro es el que vive siempre pensando. Pensando lo que es eterno y obicuo, omnímodo.

J.N.M. ¿Cómo así?

J.E.B. No había creído yo que habríamos de ahondar en esta materia, magno asunto, de infinitas implicaciones y complicaciones.

J.N.M. Usted sabe muy bien compendiar, abreviar. ¿Por qué no compendia, abrevia, para mí ese concepto esencial del intelectual puro?

J.E.B. Por complacencia trataré de hacerlo. De una manera general el intelectual es especialmente puro, cuando, por una profunda actividad inteligente, que de suyo es eterna y ubicua, omnímoda, pero que se individua para encarnar en el organismo del ser humano que piensa, hace que este pensar se constituya en el objeto más constante de la conciencia de ese mismo pensar. Porque, entonces, efectivamente el intelectual se revela como lo que esencialmente debe ser: constante pensador de todo esto mismo en los infinitos despliegues de lo que la inteligencia es como actividad eterna, ubicua, omnímoda, en todos los efectos de la existencia, hasta llegar a la conciencia de esta que así se piensa sin cesar y crea obras de religión y arte, de ciencia y de técnica, y finalmente de filosofía y metafísica.

J.N.M. Verdaderamente veo ahora todo lo que usted quiso significar cuando me habló de la infinitud de implicaciones y complicaciones que se encierran en el concepto de intelectualidad, en el sentido más alto de la palabra, a saber, como pensador constante de lo eterno, ubicuo, omnímodo. Pero si es así, veo también que su conceptualización es más grave y pesada. ¿No podrá usted mismo aclarármela un poco más para aligerarla y quitarle algo de la pesadez y gravedad que parece tener?

J.E.B. Trataré de seguir atendiendo sus deseos. Por más que, desde luego, ahora yo no pueda detenerme mucho en ello.

J.N.M. Aunque así sea, lo escucho.

J.E.B. El pensador, hombre pleno de inteligencia, viene a ser el efecto,

quizás podría decir el producto de esta misma inteligencia, como actividad que excepcional y extraordinariamente emerge con más vigor del interior de aquellos individuos que por sus organismos van impulsando y levantando más y más la conciencia de la existencia de la especie humana. De la especie humana, luego de los seres humanos, hombres y mujeres, que entonces le captan y desarrollan en sí para fijar las metas y finalidades, los designios o destinos que esa misma conciencia de la existencia debe proponer como el objeto supremo de ella misma. De ella misma sobre la tierra y desde la tierra, telúrico planeta del sistema solar, para abarcar todo lo concerniente al cosmos, el mundo universal... cosa singular, digna de notar, es que, siendo así la conciencia que así se produce por el pensar de la inteligencia espontánea, que libre, pero espontáneamente, la piensa, sólo dura lo que el organismo en que, individuándose, encarna.

J.N.M. ¿De qué manera, entonces, es todo esto?

J.E.B. Viendo aún, por ejemplo, cómo el pensador que sobre esta tierra o telúrico planeta es el hombre que piensa acerca de la verdad del destino humano y se hace foco individual de la universal actividad cósmica que es la inteligencia o in-tele-agencia, que encarna en ese foco justamente a fin de hacer que se cumpla con dicha finalidad o meta.

J.N.M. ¿Cómo aún, si puede precisármelo más?

J.E.B. Aplicándose por medio de razonamientos de los pensamientos que discurren a través de los focos individuales que así se forman, los hombres tienden a realizar lógica, ética y estéticamente lo que piensan con miras puestas en lo que escriben –artículos, ensayos, tratados, libros– o lo que actúan –obras de arte como pinturas, esculturas, arquitecturas, etc.–, o también obras de ciencia técnica, maquinarias, aparatos desde lo infinito hasta lo máximo y óptimo.

J.N.M. Por ejemplo, ¿desde un hacha hasta una nave espacial?

J.E.B. Es lo que a lo largo de la historia ya multimilenaria de la especie humana muestra al pensador verdadero como motor y factor del avance o progreso para el establecimiento de altos niveles de civilización y de cultura. No es ciertamente ello de una realización o verificación fácil. Es más

bien de labor bastante difícil y hasta penosa. Exige sacrificios innumerables. Demanda temple mental de una fortaleza que se consigue sólo por la aplicación inflexiblemente perseverante de disciplinas severas para la elaboración metódica y sistemática, constructiva, arquitectónica, de lo que se piensa. Porque es únicamente en lo que así se piensa donde se revela lo esencial del pensamiento auténtico. ¿No lo ve ya usted en estas pocas palabras con que, para precisar según sus deseos, he querido compendiar, abreviar mi respuesta a su pregunta sobre mi concepto esencial del intelectual puro como pensador constante de lo que es eterno y ubicuo, omnímodo?

J.N.M. Verlo, sí lo veo. Pero me deja en la duda de lo que también le he preguntado. Y es esto: ¿no cree usted que ese intelectual puro, ese pensador, como usted lo concibe, al realizarse como escritor, para sí mismo sobre todo, no vive sólo en el egoísmo de su conciencia, casi como un solipsista o como un ser para quien el mundo de la existencia toda eterna no es más que un fenómeno de su ego, su yo? ¿Contribuirá, siendo así, al progreso de la civilización y la cultura?

J.E.B. La naturaleza da a cada individuo su *modus operandi* y *vivendi*. El intelectual, pensador, el escritor que vive y opera publicando libros o artículos con el único propósito inmediato de que le den renombre y riqueza, vanagloria exterior, promueve menos lo que usted dice: menos que el intelectual, el pensador, el escritor que vive concentrado en sí, lo que usted llama su egoísmo o solipsismo. Procede sólo para figurar con el fin de la propia exaltación. Utiliza los medios a los cuales les sirve, dándoles lo que ellos piden a fin de aprovechar él, en última instancia, lo que les da. En el fondo es un utilitarista material como cualquier industrial o comerciante de otro género de artículos. Materialmente sirve a la promoción de que usted me habla. Pero no por eso de superior calidad a la del aparente egoísta o solipsista. Al contrario, la verdaderamente superior calidad se da con éste. Porque el proceder como él procede, si he de admitir el calificativo que usted le atribuye, sin esperar ni menos buscar usufructo alguno, la comunidad en la cual vive y dentro de la cual piensa, concentrado en sí, para razonar lo que piensa con miras a causar efectos de humanización, civilización y cultura, se muestra en su modo de vivir y operar como el más desinteresado de fines utilitarios para sí, luego como el menos egoísta de los seres humanos. Procede, por consiguiente, de modo que de su entendimiento, pensamiento, razonamien-

to, vida y acción, se desprendan efectos finales a distancia en el tiempo, acaso post mortem, para beneficio de la especie humana en su avance o progreso hacia el futuro.

En pocas palabras: procede dentro de sí, en su aislamiento, teleológica y teleotéticamente, es decir, estableciendo dentro de sí modos de vivir y de causar en la especie, luego fuera de sí, esos efectos finales a distancia que le indico.

J.N.M. Me persuade indudablemente al admitir que razona. ¿Pero no podría usted concretarme la teoría abstracta que así me expone, dándome ejemplos de lo que ha ocurrido en usted mismo como intelectual, pensador y hasta escritor con miras a alguna obra exterior a usted y propuestas con fines a distancia de humanización, civilización y cultura?

J.E.B. Tendría que ser muy personal y hasta quizás vanidoso de lo que le dijera. Hasta contradictorio de lo que teorizo por esto último.

J.N.M. No importa. Pues de antemano sé que no será como usted lo dice ahora. Siempre he podido observar que lo personal en usted carece de toda vanidad.

J.E.B. Sin embargo, antes de pasar adelante sobre lo que usted me pide, quiero exponerle algo que antes le anuncié acerca de las diversas facultades que en mi mente se ejercen como mente de intelectual, pensador y hasta escritor, críticamente.

J.N.M. ¿Cómo pues?

J.E.B. Diciéndole a usted lo que como intelectual y pensador, hasta escritor, hace que me señale a mí mismo como crítico. Hasta como crítico de mí mismo.

J.N.M. Excelente me parece que así me lo diga desde ahora.

LA CRÍTICA Y SUS ALREDEDORES

J.E.B. Pues bien: para decirle a usted lo que yo entiendo por crítica, le pido relacionar esta palabra con el verbo griego *krinein*.

J.N.M. ¿De qué modo esta relación? Tiene que decírmelo usted mismo.

J.E.B. Este verbo se produce casi morfológica y fonéticamente por el latino *cernere* y éste significa discernir para juzgar, y juzgar hasta para castigar. Porque la crítica debe ser también, en cierto modo, castigo. Castigo como corrección por censura.

J.N.M. Debe por tanto ser perfectiva de lo que discierne y juzga.

J.E.B. Reconstructiva después de ser destructiva, si así puedo decirlo, porque, en efecto, etimológica y semasiológicamente, criticar significa también esto y algo más.

J.N.M. ¿Qué más, entonces?

J.E.B. Entre otras cosas, que pudiéramos llamar externas, esto: que la crítica es en la vida de la conciencia o espíritu, el polo opuesto del dogma.

J.N.M. Cómo así.

J.E.B. Criticar es ejercer lógicamente el pensamiento libre para el discernimiento de las notas de verdad en el concepto esencial de una cosa o ser. Dogmatizar es ejercer la imaginación que adhiere ilógicamente a notas que no se pueden razonar en modo alguno de conceptos indemostrables. Es lo que hace que afirmar se imponga por el arbitrio de la voluntad de creer hasta en el absurdo, mientras que criticar es lo que hace que lo que se asevera se demuestre por la razón.

J.N.M. En efecto.

J.E.B. De tal modo, pues, que esto mismo nos dice ya cuál es el concepto que debemos tener como esencial de lo que es o debe ser el crítico.

J.N.M. Cuál es ese concepto entonces.

J.E.B. El que se respalda por los conceptos que ya sabemos de lo que

esencialmente son el intelectual, el pensador, y, en general, el escritor de verdad. Lo cual es tanto así, que ciertamente el concepto de lo que es o debe ser un crítico, se nos muestra entonces como bastante complejo, porque es el que implica las mismas notas que ya también hemos visto y discernido en el concepto esencial sobre todo del intelectual y en consecuencia del pensador, luego, asimismo, del escritor de verdad.

J.N.M. Consecuentemente razona usted siempre.

J.E.B. Pero para mayor precisión de lo que debemos entender por crítico, recordemos ahora cuáles son las notas que hemos discernido ya en el concepto esencial del intelectual, del pensador y el escritor.

J.N.M. Recordémoslas.

J.E.B. Tales son las de análisis, discernimiento, juicio y justa estimativa. Notas estas que, implícitas en el intelectual, pensador y escritor que quiere y se propone ejercitarse cual crítico, en él deben explicitarse claramente en desarrollo de lo que implican de inteligencia, de pensamiento y de raciocinio para escribir.

J.N.M. Perfectamente me lo dice usted. Pues, así sigue usted presentándome al crítico en consecuencia del concepto que me ha expuesto del intelectual puro, del pensador lógico y del escritor auténtico.

J.E.B. Es lo que responde a la intencionalidad de sus preguntas y de mis respuestas.

J.N.M. Así lo veo. Pero con esto hay algo más: que usted ahora lleva más lejos las consecuencias. El ser crítico de verdad no sólo presupone al intelectual puro, al pensador lógico y al escritor de verdad, sino prolonga a éstos en nuevos campos de acción. Campos como éstos de la acción de usted, que a mí me interesa conocer también.

J.E.B. En efecto. El crítico viene a presentarse así como aquel que deja de ser un intelectual especulativo para mostrarse, según ya lo hemos notado, como un foco de enseñanza para acabar con lo que debe acabar y rehacer lo que debe rehacerse.

J.N.M. Como un motor móvil de análisis, discernimientos, juicios y justas estimativas.

J.E.B. Como reconstructor de lo que se destruye y, en tanto, como creador.

J.N.M. Qué más entonces.

J.E.B. Nada, sino insistir en lo que digo para precisar aún más si cabe.

J.N.M. Insistamos, pues, en ello.

J.E.B. El crítico es, consecuentemente, aquel que se adentra en la averiguación de los conceptos esenciales y, por eso mismo, fundamentales, de las personas humanas y de las obras en que se empeñan las personas humanas.

J.N.M. Es lo que se implica por lo que acabamos de discurrir.

J.E.B. Y se adentra así, con el propósito de analizar dichos conceptos, ahondando en el discernimiento de ellos para juzgar y estimar con justeza lo que debe estimar de dichas personas y obras.

J.N.M. Tautológicamente, en efecto, según esta abstracta generalidad.

J.E.B. Pero para darle yo algunos ejemplos. Como cuando se señala si en esas personas se ha realizado un pensador, un lógico, un científico o un técnico; o un artista, un músico, un poeta en general, un dramaturgo en particular, un literato; y si en dicha realización se ha cumplido un pensamiento de la verdad, una lógica de la certeza, una ciencia de la exactitud, una técnica de la inventiva humana, un arte de la belleza, una música, una poesía, una dramaturgia, una novelística... en general una literatura de estilo impecablemente estético.

J.N.M. ¿Ha encontrado usted en Colombia algún crítico que corresponda al concepto que así me expone?

J.E.B. No, porque ninguno de los que ha intentado cumplir con él se ha empeñado en averiguaciones como las que le señalo.

LOS CONCURSOS Y LAS VENTAS DE LIBROS

J.N.M. Perdona usted, don Julio, aunque yo interrumpa el curso de sus pensamientos, permítame, antes de oír lo que usted ha sido, como pensador de acción crítica, que yo le haga una pregunta cuya respuesta mucho me interesa: qué piensa usted sobre los concursos literarios que en nuestro país, como en el resto de nuestro planeta, hoy se multiplican tanto.

J.E.B. Tengo acerca del escritor un concepto que ordinariamente hoy se considera como anticuado. Es el del arte por el arte. Escribir para mí es un arte. Y si no se efectúa como arte, deja de ser lo que yo estimo que debe ser. Creo que los concursos literarios poco o nada contribuyen a la realización del escritor como creador de obras de arte.

J.N.M. ¿Por qué? ¿Cómo debo entender lo que usted dice?

J.E.B. Juzgo que quien escribe con el ánimo de hacer obra de arte literaria debe escribir por el placer estético de escribir con la perfección que produzca una verdadera obra de arte, tanto por su pensamiento, cuanto por su estilo. Placer y perfección que son los de satisfacer una necesidad íntimamente exigente y que expresa lo que se piensa, estilizando en frases que por sí solas causen ya emociones de profundo agrado. Pues a esto es a lo que tiende toda obra de arte verdadera.

J.N.M. ¿Esmero máximo, por consiguiente, en el logro de lo que se describe?

J.E.B. Sin duda alguna.

J.N.M. Pero usted mismo dice que concebirlo así es ya un concepto que ordinariamente se tiene como anticuado o pasado de moda.

J.E.B. Acabo en efecto de decirlo así.

J.N.M. Luego es un concepto que ya carece de validez o vigencia.

J.E.B. Parcial, no totalmente.

J.N.M. Dónde está entonces la razón.

J.E.B. Dónde no está la sinrazón. La cual es causa de absurdos. Pues

considerar que la literatura, bella arte, se trata de moda pasajera, casi siempre llena de extravagancia, es yerro de la sinrazón.

J.N.M. ¿No está, acaso, la clave del progreso literario también en lo que usted tacha de pasajero y extravagante?

J.E.B. Lo que tacho así es lo irracional del momento actual. Los hombres de hoy, cualesquiera que hayan sido las causas, se han vuelto feroces. Buscan sólo lo bestial de sus sentidos, sobre todo cuando concentran éstos en lo que llaman sexo. Buscan así lo que les pide su naturaleza animal. Y en la búsqueda de ello es donde está la sinrazón de las modas que van pasando, sin dejar más rastro que el absurdo.

J.N.M. Cómo, concretamente.

J.E.B. Dándose, por ejemplo, a lo escandaloso por lo grosero y grotesco.

J.N.M. Sí, pero entonces, ¿qué en cuanto a los concursos literarios?

J.E.B. Que si lo que digo es lo que se presenta en éstos, se puede decir adiós a la literatura como arte por el arte, adiós ya proclamado violentamente por quienes se aturden en lo que llaman moda.

J.N.M. Por consiguiente, usted considera que esto es lo que resulta también en los concursos literarios, que premian con dinero efectivo las obras escritas que sirven a la moda. ¿O no?

J.E.B. Cabe pensar sobre esto lo que se comenta generalmente en países como Inglaterra, Francia, Italia, España, Estados Unidos y otros más.

J.N.M. Qué.

J.E.B. Que quienes componen los jurados de los concursos literarios se parcializan ineduliblemente. Hasta si se presupone que ignoran los nombres de los concursantes. Pues en este caso, la parcialidad proviene de las preferencias personales de los calificadores.

J.N.M. De qué manera.

J.E.B. Viendo lo que se deja ver: que éstos aprueban lo que es conforme a las modas a las cuales ellos mismos pertenecen. Por eso los libros así pre-

miados, si son malos —y casi siempre lo son— inducen a la lectura de obras sin valor ni de pensamiento ni de estilo. Pervierten por ende el buen gusto.

J.N.M. Es lo consecuente. Y de lo que usted dice se encuentran ejemplos en algunos de los famosos premios tan codiciados por su cuantía monetaria y su fama mundial. Ahora bien: si se adjudican premios como éstos en países donde, como en Colombia, el escritor no puede vivir de lo que escribe, ¿dónde hallará recursos para subsistir como debe, a fin de crear obras de arte?

J.E.B. El estímulo material legítimo debería ser el que deriva de las ventas de los libros. El volumen de esta venta debería ser, por otra parte, el de la calidad del arte desplegada en los libros. Pero en Colombia no se aprecia ni lo uno ni lo otro: ni la calidad ni el volumen de venta que pueda dar subsistencia al escritor.

J.N.M. El mérito de éste queda así expuesto a ser sepultado en la triste suerte de la pobreza, que acaba por decepcionarlo, hasta anularlo.

J.E.B. La conclusión es que ni siquiera con la mera venta de libros los usufructuarios mayores, que son siempre los libreros, alcanzan a mantenerse sólo precariamente. Necesitan apelar siempre a otros recursos comerciales.

J.N.M. Y a las ediciones de libros de autores no colombianos. Porque si uno mira los escaparates y estantes donde se exponen los libros que se venden, queda como aturdido ante aquella muchedumbre de vistosas carátulas que anuncian cromáticamente el contenido escandaloso de lo que hoy constituye la vida humana: el sexo y crimen.

J.E.B. Sí. Hombres y mujeres parecen complacerse hoy solamente en lo que descubre los más bajos fondos de la animalidad latente en ellos. Y así por lo que respecta al libro del escritor colombiano, tampoco a los editores de él les va mejor. Y la víctima final resulta ser siempre el que se da a escribir.

J.N.M. Ciertamente es así. El librero, que no arriesga capital, acepta vender libros de autores colombianos sólo en consignación. El editor, que arriesga capital cuando hace ediciones por su cuenta, puede perder. La única víctima

total es, como usted acaba de decirlo, el escritor que, aun siendo de calidad, no tiene esperanza alguna de vivir de lo que escribe. Ahora bien: si el escritor, para ser de calidad, necesita holgura económica y bienestar personal, ¿cómo habrá de procurarse aquélla y éste? ¿Por medio de premios o de reconocimiento del Estado o de algún desprendido mecenas?

J.E.B. Las condiciones de holgura y bienestar son eventuales. Se puede sufrir las penas de la pobreza o disfrutar de la holgura del confort para la creación de la obra de arte. Con las unas y las otras se han producido éstas. En música Beethoven vivió indigente creando su magistral ingenio sin par, mientras que, posteriormente, Wagner necesitó de lo suntuario para componer sus óperas grandiosas.

En literatura Schiller vivió también en la pobreza, mientras que a su lado el egregio Goethe, vecino suyo, vivía en la opulencia. Sin embargo, creo que la estabilidad económica y el confort personal influyen más decisiva y favorablemente en la creación de las verdaderas obras de arte. Por más que a veces ocurra también lo contrario.

J.N.M. Veo pues, que los premios de los concursos literarios tampoco pueden, por sí solos, resolver los problemas del escritor. Y pensar en un mecanismo del Estado o de quien fuese no conduce a nada. Pronto, en efecto, se reducirá a favoritismo de los eternos intrigantes en torno a estos beneficios ofrecidos por los gobiernos en el poder. Pero, entonces, si el literato se dedica también a la política, no podrá hallar en ésta el *modus vivendi* que le proporcione los recursos que necesita para crear su obra de arte.

J.E.B. Inflexible es la crítica que siempre he hecho a semejante situación, de ninguna manera recomendable.

J.N.M. Bien, ya que llegamos a este punto retornemos nuevamente al tema de la crítica. Cómo ha ejercido usted la crítica ya desde su pensamiento y su labor de escritor.

J.E.B. Es lo que veremos adelante. Pues todo lo que ahora le digo es para ir encaminando nuestras mentes justamente a la averiguación de lo que usted desea saber de mí en cuanto a hombre de acción.

J.N.M. Entonces.

J.E.B. Aprovechemos, como de paso, para ejercer la crítica en algunas otras consideraciones de orden general.

J.N.M. Cómo cuáles, por ejemplo.

CRÍTICA DE LA CULTURA NACIONAL: INCOMPATIBILIDAD DE LA LITERATURA CON LA POLÍTICA

J.E.B. Como ésta, ante todo: que en consecuencia de lo que entiendo, pienso y razono como crítica, el literato que se dedica a la política se condena irremediabilmente a su perdición. Y como esta otra, en seguida, al revés de lo que le digo.

J.N.M. Cómo así.

J.E.B. Probando que así como el literato que se dedica a la política se pierde a sí mismo, así el político que se dedica a la literatura decae en sus propias funciones y finalidades.

J.N.M. Ni el literato, pues, debe hacerse político, ni el político pretender hacerse literato.

J.E.B. Exacto. Porque el literato que se hace político se vuelve híbrido y viceversa, el político que pretende hacerse literato degenera en mal gobernante.

J.N.M. De acuerdo con los criterios establecidos por usted de análisis, discernimiento, juicio y justa estimativa.

J.E.B. Sin duda alguna. Estériles entonces ambos, literato y político, paran en lo mediocre y se vuelven inmisericordes con sus propias profesiones. El literato detesta al político y el político se encarniza con el literato. Terminan devorando sus propias esencias el uno y el otro.

J.N.M. Si usted considera así, críticamente, que literatura y política, en las acepciones más altas de las palabras, corresponden a conceptos esenciales de campos de actuación bien delimitados, es evidente que es como lo dice. Pero es necesario demostrar la verdad de que es así.

J.E.B. A ello voy. Algunos ejemplos nacionales de Colombia que vamos a examinar lo probarán.

J.N.M. Me parece muy pertinente considerar tales ejemplos. Porque justamente yo pienso que Colombia ofrece ejemplos en contra de lo que usted sustenta.

J.E.B. En la averiguación de ello, pues, también justamente estamos. Pues por mi parte yo pienso que quienes pudieran señalarme algo en contra de lo que sustento, sería quienes probarían lo que afirmo.

J.N.M. ¿Quiénes entonces?

J.E.B. Los mismos que no me han dejado encontrar en toda la historia de nuestra literatura nacional, antes de García Márquez, ningún autor que por su vida y por su obra pudiera considerarse como un intelectual puro, un verdadero hombre de letras. Pues siempre la pureza de su intelectualidad y la verdad de su literatura se mancillaron y esterilizaron por la política.

J.N.M. ¿Por qué juzga usted así? Por qué lo estima en estos términos.

J.E.B. Porque ni por la integridad literaria de sus vidas y obras cumplieron con la que era su profesión de fe. Así, los que prometieron ser escritores de verdad en Colombia, pararon en la hibridez de la política. Y al parar en ésta, hallaron *la vorágine* que los absorbió, hasta hacerlos traicionar lo que por congénita vocación hubieran podido ser.

J.N.M. ¿El análisis de ellos qué le enseña a usted?

J.E.B. Lo que entonces discernio.

J.N.M. Qué.

J.E.B. Que al desertar así de la literatura, se ahogaron en el abismo de la política. Lo que una vez más viene a probarme la justeza de mi juicio para la estimativa que debemos hacer.

J.N.M. Cuál ha de ser ésta entonces.

J.E.B. Una vez más, la de la incompatibilidad de la literatura con la política y viceversa. Porque si la política ahoga la literatura, y en la literatura

degenera la política, es porque ambas son incompatibles entre sí y como la política es, indudablemente, brutal, es más fuerte. Pronto acaba con la literatura, pero como la literatura es exquisita, es débil. Y en su exquisitez y debilidad el político perece.

J.N.M. Qué nombres me puede citar usted como ejemplo.

J.E.B. Algunos como los que voy a mencionarle. Reconociendo yo de antemano, según lo que he reconocido, la indignancia a que se condena en Colombia al intelectual, que ciertamente como escritor no habría podido sobrevivir, y menos figurar como personaje encumbrado. Tales, pues, que si hubieran tenido temple de carácter para ello, habrían podido buscar fuente de vida en otros modos y medios que la política. Pero no los buscaron. Prefirieron la deserción del campo de la literatura para abismarse en el campo opuesto, que acaba con la literatura: el camino fácil, para sobresalir, de la política, que deshumaniza al intelectual por sus feroces luchas de intriga, arterías y triquiñuelas, dobleces y falsedades. El resultado de lo cual fue —como sigue siendo— el del abandono de la vocación congénita, esto es, dada espontáneamente por la naturaleza.

J.N.M. Concretamente entonces, dígame dichos nombres.

J.E.B. Piense usted en Rafael Núñez o en Miguel Antonio Caro, dos adversarios que políticamente primero se combatieron y políticamente después acabaron en amistades y desertando ambos de sus vocaciones literarias.

J.N.M. ¿Cómo así?

J.E.B. En la lucha abierta y franca primero, sirviéndose después de acomodamiento o transacciones arteras, compromisos de parte y parte, la literatura solo quedó para ellos como una mera afición, que no es lo que propiamente es la verdadera literatura, obra de arte en sí por sí y para sí, según los criterios que ya por nuestros análisis, discernimientos, y juicios y estimativas, hemos establecidos.

J.N.M. En efecto.

J.E.B. Piense también en Holguín y en Suárez, la fina agudeza de aquél y

la hábil arteria de éste para llegar ambos al máximo poder gubernamental. Habiéndose manifestado por vocación como escritores de una literatura que prometía ser lo que debía, se perdieron también en la política. Son ya pruebas concretas de lo que sustento.

J.N.M. No enteramente todavía. Pues aún no las veo con claridad.

J.E.B. Haré algunas comparaciones para que se le aclaren a usted. Núñez, por temperamento personal y por estilo literario, habría podido llegar a ser un escritor de fama como, verbigracia, Unamuno en España. Cual tal, habría dejado una obra literaria perdurable y de alcances no sólo nacionales, sino internacionales. Ahora bien: como escritor no ha pasado de los linderos de Colombia. Caro, también por temperamento personal y por estilo literario, habría podido llegar a ser un escritor de vastas erudiciones como, verbigracia, Menéndez Pelayo en la misma España. Cual tal, habría dejado similarmente una obra perdurable con alcances no sólo nacionales sino internacionales. Pero lo que dejó escrito, aparte de su valor intrínseco para los colombianos, carece de trascendencia universal. Y no es que los dos nombres de los autores españoles que le cito correspondieran a los conceptos esenciales o nociones fundamentales que yo sustento acerca del intelectual en el sentido más riguroso y vigoroso de la palabra. Es que ellos representan ciertos valores de la literatura española que han alcanzado vigencia en la literatura de la historia humana justamente porque no se dieron a la política.

J.N.M. Una prueba más, entonces, de lo que usted sigue sustentando. En ese caso, qué otro nombre podría citarme al respecto, acaso comparativamente también.

J.E.B. Desde luego, una prueba más. Y en cuanto a otro nombre puedo mencionarle uno que me afecta mucho por la larga amistad que me ha unido a él. La más estrecha y franca que intelectualmente he tenido. A pesar de algunas diferencias de edad y otras de vocaciones. Y porque él, en los comienzos de su labor literaria, me hizo esperar, con viva atención de mi parte, que fuera por fin el intelectual puro que en Colombia no ha existido, no contaminado de política.

J.N.M. ¿Quién entonces?

J.E.B. Luis López de Mesa, a quien estimé, tanto por la rectitud de su

carácter, cuanto por la caballerosidad de su persona y el valor de su amistad. Quien ya senecto, tardíamente, trató de desistir enteramente de sus incursiones en actividades políticas, las que antes habían disminuido su labor intelectual.

J.N.M. López de Mesa, en efecto, se apartó con bastante frecuencia de su vida de hombre de letras para incurrir en la vida agitada de los políticos. Pero no llegó hasta dejarse absorber enteramente por esta vida.

J.E.B. La vorágine de lo incompatible con el hombre de letras. Pero gracias a ese no dejarse absorber enteramente en la incompatibilidad que estamos reconociendo, pudo mostrar un vigor intelectual cuya clarividencia en alcance del saber universal ni por sanción podrán tener jamás los jóvenes de hoy que, aturdidos por los mismos ruidos que ellos hacen en un mundo que ni saben ni pueden aprender bien, prefieren gritar y mantenerse en el aplastamiento de presuntuosas revoluciones tecnológicas.

J.N.M. Evidentemente es así, ahora lo veo bien. Estos jóvenes de hoy se muestran en su aturdimiento, que proclaman revolución tecnológica, sin saber qué decir ni qué hacer de propio para aprender y señorear las complejidades que el mundo actual presenta. Como sus magnos problemas y pruebas, así su impotencia para resolver éstos. Pero entonces, siendo así, dónde radica el alto aprecio que usted le profesa a López de Mesa.

J.E.B. Radica en lo mismo que vengo diciéndole. Guiándome siempre por mis propios criterios de estimativa, en los juicios que he podido formarme por mis pensamientos razonados sobre análisis concernientes al caso.

J.N.M. Cómo así, más particularmente.

J.E.B. Atendiendo a los elementos de lo que así he juzgado.

J.N.M. Cuáles, por ejemplo.

J.E.B. Si verbigracia yo miro al panorama intelectual de Hispanoamérica unas cuatro décadas atrás, hallo, comparativamente, como usted mismo lo ha sugerido, que en ciencias, López de Mesa sobrepasa a Ameghino y a Ingenieros en Argentina, en literatura a Vasconcelos y a Reyes en México. Y eso cuando Colombia se hallaba en situación de notorio atraso —tenemos que

reconocerlo porque salta a la vista— de promociones intelectuales con respecto a las tendencias culturales universales que se despliegan en Argentina y México.

J.N.M. ¿Cree usted que en ese aspecto la promoción colombiana de la cultura sigue siendo provinciana? Porque efectivamente lo que se intenta de cultura en Colombia, a veces, se muestra supeditado por lo que provincianamente se piensa.

J.E.B. Sin duda alguna.

J.N.M. Ahora bien, tenemos entonces que López de Mesa abandonó la trayectoria de esa “intelectualidad pura” que hubiera podido recorrer. Y se afectó de lo provinciano de la política. ¿Cómo entonces pudo él superar a los autores argentinos y mexicanos que usted acaba de citar? ¿Cómo, si allá se tienen ya criterios de la universalidad de la cultura humana?

J.E.B. Dice usted bien “ya”. Porque cuando Ameghino e Ingenieros escribían en Argentina, y cuando Vasconcelos y Reyes escribían en México, allá tampoco se había llegado a ese nivel de universalidad, que es lo que salva de caer en lo provinciano a cualquier intento de cultura. De suerte que, siendo así, a pesar de las afecciones provincianas de su obra, López de Mesa pudo superar a la de los autores que comparativamente cito. Y tanto ha sido esta superación, que si usted lo compara con los literatos colombianos que también le he citado como desertores de la literatura para abismarse en la política, Caro, Holguín y Suárez, hallamos también elementos de juicio para la estimativa según la cual López de Mesa hubiese podido intentar una obra de cultura que, por los alcances de universalidad que a veces logró, se muestra bastante superior a la de estos tres cuya mentalidad, por culpa de la política, se mantuvieron en los límites de lo provinciano.

J.N.M. A pesar de no haber salido nunca de Bogotá, la entonces provinciana capital de la nación, Caro hizo una traducción completa de Virgilio, el imperecedero poeta romano, y escribió para su traducción una meritoria introducción. ¿No era eso prueba de cultura universal?

J.E.B. Sí, ciertamente. Pero fue lo único que Caro hizo en este sentido como para dejar prueba de que en él se daba congénitamente la natural voca-

ción para la literatura. Después, absorbo ya en la figuración política, no hizo más que desertar y desertar de esa vocación. Y en esa misma absorción no hizo más que volverse cada vez más y más provinciano. Con López de Mesa, sin duda alguna, por no haber llegado a la presidencia de la República como Holguín, Caro y Suárez, o también como Núñez, la absorción en la política no alcanzó tanto como en éstos. De ahí su superioridad en cuanto a cultura universal. Pero lo que perdió por sus incursiones en el medio y los modos de los políticos dejó de ser lo que, también comparativamente, puedo decir ya en conclusión de esta demostración de lo incompatible de lo literario con lo político, esto: que si López de Mesa se hubiera mantenido en la puridad de su labor intelectual, Colombia contaría con una obra de cultura universal como la de, por ejemplo, el español Ortega y Gasset.

J.N.M. Conclusión analítica, lógica, discriminativa, luego crítica, según la tesis de usted. A López de Mesa, por su dedicación a la política, por parcial que fuera, le impidió levantarse más de lo provinciano en los universales de la cultura, por no haber podido percatarse bien de la incompatibilidad entre lo político y lo literario.

J.E.B. En efecto.

J.N.M. Pero dígame entonces, si es así, qué es lo que piensa acerca de Marco Fidel Suárez, tan estimado literariamente a principios de siglo por quienes se mostraban tan adictos de su obra, que lo encumbraban en ese entonces como el valor más alto de la literatura colombiana.

J.E.B. Pienso, sucintamente, que fue primero un gramaticante para ser en seguida un academizante, y academizante para ser un arcaizante y retrogrado; y que fue esto para ser finalmente un politicante.

J.N.M. Explíqueme más esto, pues veo que, generalizando, todo va presentándonos como un general juicio crítico de la historia literaria, política y cultural de Colombia.

J.E.B. Concretémonos entonces, para ello, a la consideración crítica sobre Suárez.

SUÁREZ COMO RESUMEN DE PRUEBAS DE LA INCOMPATIBILIDAD

J.N.M. Le oigo ya en esta concreción.

J.E.B. Lo que acabo de decirle sucintamente es para señalar el derrotero del hombre. Pues habiéndose hecho Suárez escritor de cuestiones gramaticales, y habiendo sido premiado su premicia por la Academia Colombiana de la Lengua, se abrió la vía para el acceso e ingreso en ésta. Así su primer paso de lo que había de seguir andando.

J.N.M. Fue el resultado de su ensayo sobre *La gramática* de Bello.

J.E.B. Y habiéndose hecho miembro de la Academia, avanzó en la vía que así se abría para figurar en la política. Pues no hay que olvidar que por entonces, para entrar a figurar en la política colombiana, era condición suficiente mostrarse como gramático y pertenecer al conventículo de gramáticos que determinaron quiénes habían de ser políticos.

J.N.M. En efecto. No se había llegado aún, como hoy, al lugar común de pertenecer a las agrupaciones de economistas o financistas que establecen normas para sobresalir en las más altas posiciones políticas del país.

J.E.B. La finalidad que desde un principio se propuso obtener Suárez fue, no la de la literatura propiamente hablando, la literatura como arte, sino la de la política. La política como medio obvio para obtener el poder gubernamental. Pues para Suárez aquélla debía servirle como medio para ésta y como medio para dicho poder.

J.N.M. El derrotero, pues, de su vida en su totalidad.

J.E.B. Y supo seguirlo con bastante habilidad.

J.N.M. No se le puede negar esto.

J.E.B. Pues bien: similarmente se puede comprender lo que fue su religiosidad, pues también él se sirvió de la religión, consiente o inconscientemente, como medio para apoyar su figuración en la política.

J.N.M. ¿Cómo, entonces, también con respecto a la religión?

J.E.B. Tal cual Suárez lo reasumió de sus congéneres, ejemplares para él, Caro y Holguín. Cultivando una literatura monótona de cuestiones gramaticales, primero; y olvidando después, en la absorción de ese cultivo, las múltiples perfecciones asequibles de la literatura cual verdadera obra de arte. Porque Suárez, como Caro y Holguín, se dio al cultivo de cuestiones religiosas o, más exactamente, eclesiásticas, para el mismo objetivo del poder gubernamental por medio de la política. Una política naturalmente sectaria. Así él, igualmente que sus dos maestros, buscó el apoyo tan decisivo en Colombia de la Iglesia para el éxito de la vida política.

J.N.M. La vida, camino o derrotero, era entonces el que sucintamente usted resume como el del escritor gramatical, académico, religioso y finalmente político.

J.E.B. Tomando lo religioso también como medio, Caro, Holguín y Suárez, acompañaron sus obras de escritores con prácticas ya de políticos y de feligreses. Pero con franqueza debemos reconocer que la religiosidad practicada de ese modo no es la de interioridades del espíritu, sino la de exterioridades de los sentidos. Se reduce entonces a rutinas espectaculares de asistencias a procesiones callejeras, a entierros pomposos de personajes renombrados, a ceremonias litúrgicas, a solemnidades eclesiásticas, oficios divinos, etc. Pues eso es lo que sirve al político que desea encumbrarse también mediante la religión.

J.N.M. La religión, la Iglesia, también como medio, por tanto.

J.E.B. Con olvido o descuido de cuanto hay de ideal en la religión de la Iglesia Católica, promovieron o dejaron en Colombia una creación propia de ellos, sui géneris. Pues dudo mucho que ellos se adentrasen en lo hondo de la esencia de la enseñanza de Cristo. Adhirieron, sí, a lo externo del culto eclesiástico. Pero no dieron indicación de penetración en lo íntimo de la religiosidad cristiana.

J.N.M. A lo que parece. Pero, ¿cuál fue esa obra que usted señala como sui géneris?

J.E.B. La de un Estado semiteocrático. El cual, con descuido del verdaderamente democrático, se quiso instituir como la herencia absoluta y por siem-

pre para familias tradicionalmente agrupadas en torno a un partido subordinado a la Iglesia. Y así ese Estado semiteocrático no podía funcionar sin el apoyo de la Iglesia. La separación de vida entre ésta y aquél quedó reducida a mito. La Iglesia se hizo, como sigue haciéndose, tan poderosa como el Estado.

J.N.M. Creo que un autor, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, señalaba que el más papista que el papa José de Maitre había sido el inspirador de Caro, de Holguín y de Suárez.

J.E.B. Efectivamente, el resultado fue el que fue, sigue siendo y está a la vista: el retardatario, que ha parado en el atraso en el que se hallaba, y creo que se halla aún, el país con respecto a las naciones que hoy van a la vanguardia de la civilización y de la cultura universal.

J.N.M. Pero dígame antes en qué consiste para usted la religiosidad, la esencia de la religión.

J.E.B. Un teólogo alemán, Schleiermacher, le responderá esta vez por mí. Ser religioso es tratar de ser religioso en cada momento de la vida humana.

J.N.M. ¿Se podría decir entonces que Caro, Holguín y Suárez fueron así?

J.E.B. De ninguna manera. ¿Porque, cómo, si practicaron la religión como medio para sus finalidades políticas, habrían podido realizar en cada momento de sus vida lo que es eterno luego divino?

J.N.M. ¿Y entonces? Vuelvo yo a mi pregunta.

J.E.B. Entonces venimos al grano de mis pruebas, pedidas por usted, tomando a Suárez como resumen de ellas.

J.N.M. Veamos entonces cómo es que fue.

J.E.B. Aun a través del rodeo que el siguió para hacer literatura como medio para la política, y sirviéndose también de la religión para el mismo fin, se prueba cómo es de funesta para el intelectual, el literato, su inmersión en la vida política. La cual así no puede ser la del *modus vivendi* que le conviene.

J.N.M. Dígame esto en particular con respecto al personaje.

J.E.B. Las excelentes predisposiciones naturales o congénitas, genuinamente literarias que probaron tener, Caro en mayor grado de calidad, Holguín en menor escala de escritor y Suárez en término medio de calidad y de cantidad: predisposiciones o cualidades congénitas que podemos considerar como notas de los conceptos esenciales del intelectual verdadero, conceptos fundamentales del literato como creador de obras de arte; se apagaron desde que ellos, Caro, Holguín y Suárez, este último como resumen de los dos primeros, se abismaron en la política. Sí, sé que me repito. Pero es que tengo que insistir en ello. Caro se volvió fanático hasta el punto de llamar loco a Darwin, el magno instaurador de la ciencia biológico moderna, y oscurantista al tratar como trató a Gibbón y a Drapper de otros tantos dementes. Holguín se limitó a consolidar el poder logrado por las arterías de Caro con respecto a Núñez. Vivió con humor de *bon vivant* pero con mal humor cuando le peligraba ese poder, que era el de su partido, sin más cultivo literario que el de ello. Pues tanto es lo que puede la pasión sectaria del poder. La política redujo al articulista, al buen hablista que, por sus intenciones sectarias, fue la admiración de todos los adeptos a su partido.

J.N.M. Aún se habla de ellos hasta por los adversarios liberales.

J.E.B. Por su parte, Suárez siguió las trazas de Caro salpicadas con las de Holguín. Fue un hábil asimilador de ambos, siempre sus indeclinables maestros. Reasumiendo así, para resumir en sí, las tendencias de éstos en sus escritos, tanto por lo literario, cuanto por lo religioso, lo uno y lo otro puestos al servicio de lo político, que a su vez servía al objeto de obtener siempre el poder gubernamental.

J.N.M. ¿A qué tendencias se refiere usted ahora?

J.E.B. A la que los tres pusieron de manifiestos en sus escritos, o de diarios, o de revistas. Escritos miscelánicos de todo lo que encubría el ánimo, no de servir a la patria, sino a un partido político. Lo que prueba una vez más lo que sustento, la manera como la política anuló a la verdadera literatura. Esos escritos miscelánicos comprendieron todo lo que tenían que parar en lo híbrido: literatura, religión, historia, principalmente nacional y finalmente el objetivo político. Con tintes o matices de retórica y oratoria la mayor parte de las veces. Porque la mentalidad que así se ha formado en Colombia no puede prescindir del tono del discurso.

J.N.M. Grave falla para la literatura.

J.E.B. Sin duda alguna, y Suárez reasumió todo eso para resumirlo, según vengo diciéndolo. Escribió artículos y compuso discursos sobre José Eusebio y Miguel Antonio Caro, lo mismo que sobre Carlos Holguín o sobre Rafael Núñez, Cristóbal Colón o Juan Pablo Restrepo, Rufino Cuervo o Víctor Mallarino, José Joaquín Ortiz o Don Quijote, Julio Arboleda o Leonardo Canal, Don Bosco o San Vicente de Paul. Todo *pole-mole*, sin llegar nunca a la perfección asequible a la verdadera literatura, que debe ser siempre obra de arte asequible cuando se es intelectual puro.

J.N.M. Sin que por tanto pasaran esas composiciones miscelánicas, cuyas composiciones son las que forman volúmenes que se editan como libros por los literatos-políticos o políticos-literatos, de ser escritos ocasionales, propios para periódicos o revistas, de reducirse a discursos de oportunidad parlamentaria o a oraciones fúnebres que rayan siempre en lo necrológico, desde luego.

J.E.B. Sin que pasaran de ello, naturalmente, pero también sin que, por ello, haya de negarle a Suárez, con el debido discernimiento analítico para la crítica, que él pudo desplegar un grande aparato de erudición y aciertos en muchos de sus juicios. Como cuando, verbigracia, se refirió al dolor inherente a la existencia universal.

J.N.M. Justa tiene que ser así la estimativa del hombre.

J.E.B. Mientras, al contrario, haya que afirmar que erró completamente en materia de ciencias y de filosofía. Pues sus apreciaciones sobre éstas fueron iguales a las de su maestro, Miguel Antonio Caro.

J.N.M. Peor aún sujetándolas a las enseñanzas del catecismo del padre Astete, un texto que hoy hasta los pedagogos religiosos en primaria rechazan como demasiado elemental. Y ni qué decir que en las altas jerarquías de la Iglesia se le tomó como modelo. Suárez sí lo tomó como tal, acaso para demostrar, sin darse cuenta de ello, cuán infantil era su sentimiento de lo religioso.

J.E.B. En efecto. Y lo que hay que resumir entonces de este sucinto resumen que ahora hago, atinente al mismo Suárez, es lo que vuelve a ser una

repetición: que fue arcaizante para ser academizante, siguiendo el camino de escribir con giros arcaizantes el habla española, a fin de ser politicante. Porque, repito aún, la finalidad de él no estuvo ni en la literatura ni en la religión. Habiendo sido seminarista, no permaneció en la jerarquía de la Iglesia. No alcanzó a ordenarse. No estando allí su propio medio, se lanzó también a la literatura para lanzarse luego, desde ella, a la palestra de la política, la mente de sus designios. Y entonces, siendo así, ¿cómo podría considerársele como un intelectual puro, un pensador lógico, un literato auténtico, creador de obras de arte?

J.N.M. No veo en verdad cómo. Sobre todo desde este nuevo punto de vista, que es el que le dan a usted sus conceptos esenciales de lo que es o debe ser el intelectual puro, el pensador lógico, el literato y, más aún, el crítico.

J.E.B. Todo cuanto Suárez escribió, según lo venimos viendo, fue con miras a la política y el poder gubernamental. Que todo en su vida se orientara y determinara por ese propósito, no es lo criticable. Lo criticable es que redujera la literatura a medio para ese fin. De ello resultó que lo que escribiera no fuera el fin en sí de la literatura, como obra de arte, sino se redujera a artículos para periódicos o a discursos para ocasiones, para oportunidades. No obras en sí, por sí y para sí, literariamente hablando. Sus discursos académicos o sus ensayos históricos se detuvieron en biografías rápidas, cuando no en meras necrologías. Oratorias para difuntos. Fueron como semblanzas de sus ídolos o de sus protectores políticos. Y en el intento de escribir coloquios, no dio nunca vislumbre de un verdadero dialéctico. Sus *Sueños de Luciano Pulgar*, tan voluminosos como soporíferos, y tan llenos de falsa modestia, se redujeron a relatos de pequeña historia, autobiográficos y concernientes a la defensas de sus frustraciones políticas y administrativas o gubernamentales. Por híbrido literato y político, en el logro de su meta había de probar lo que probó y es prueba de la incompatibilidad ya señalada.

J.N.M. Dicen que hay un escrito de él que parece ser excepción: la llamada *Oración a Jesucristo*, de la cual se ha afirmado que es la obra maestra de la literatura española en materia de cristología.

J.E.B. Exageración. Pues, para ser breve, no admite comparación con

Los Nombres de Cristo, obra esta sí magistral, de Fray Luis de León. Obra de hasta alcance filosófico por la fijeza y el pulimiento que dio al idioma castellano, equiparable en ese sentido a la de Cervantes con su *Don Quijote*, y obra que ganó a ésta de Cervantes por su superior contenido ideológico y teológico, que es lo que naturalmente ha hecho que no se le tenga en cuenta para la fama que merece.

J.N.M. Sí, ni por la forma, ni por el estilo la oración de Suárez se aproxima a la cristología de Fray Luis de León. En consecuencia no se puede decir de ella lo que se afirma.

J.E.B. La obra cristológica de Fray Luis de León fue y es la producción no sólo de un verdadero literato, como lo fue en cuanto poeta y prosista. Fue y es, además, la de un profundo pensador y teólogo, intelectual puro que se mantuvo siempre lejos de toda contaminación política.

J.N.M. Bien. Pero juzgado Suárez así para ser con justeza estimado críticamente, ¿se aceptará en Colombia la conclusión a que usted llega?

J.E.B. *Es indispensable tener ya el valor de hacer un análisis a fondo de los hombres que determinaron el curso de retardo en la historia de nuestro pueblo y de nuestro país. Y que se acepte o no la conclusión, carece de importancia. Lo que importa siempre en la apreciación crítica son el establecimiento y la declaración de la verdad. De la verdad atinente, en las consideraciones en que nos hallamos, a los tres personajes que analizamos, discernimos y juzgamos para establecer y declarar la estimativa crítica que les concierne. Los tres resumidos ya en uno.*

J.N.M. Uno solo, en efecto. ¿Pero, qué entonces finalmente?

J.E.B. Éstos, para terminar ya sobre él: que comparativamente, como lo hemos hecho con Holguín, con Caro y con Núñez, si Suárez se hubiera mantenido en el campo de literatura en sí, por sí y para sí, luego como arte verdadero, habría podido llegar a ser lo que en España fue un Feijoo, quien tampoco fue muy sobresaliente literato.

J.N.M. Poca cosa, por consiguiente. Pero, si es así, veo yo aún que, en definitiva, usted parece no encontrar en Colombia ningún literato puro. Es decir, no contaminado de política.

J.E.B. Le citaré tres nombres que hacen excepción en esta conclusión. Son los del poeta José Asunción Silva, del novelista Tomás Carrasquilla y del filólogo Rufino José Cuervo.

J.N.M. Justa me parece esta mención. Pero, entonces, ¿es ya eso con respecto a Suárez?

J.E.B. Eso, más esta precisión de reconocimiento ya anticipado: que en él, como en Caro y como en Holguín, se dio una cierta potencialidad de hombre de genuino intelecto literario que habría podido hacer de él un verdadero literato. Pues en su fragmentaria miscelánea de escritos apuntaron destellos de esa potencialidad. Pero pudo más la política que, por no ser tampoco lo que legítimamente debía ser, apagó la lumbre que destellaba en ese rescoldo.

J.N.M. Lo cual confirma, pues, el deslinde que usted ha establecido entre el literato y el político. Pero, ¿cuál viene a ser la verdad en esta conexión?

J.E.B. La misma que yo he sostenido siempre y últimamente he hallado aprobada, por decirle así, en el último Concilio Ecuménico, llamado del Vaticano II. La reconocida por los pontífices —y hoy la palabra ¡Pontífices! vine muy a pelo—: Pablo VI y Juan XXIII en prolongación de Pío XII. La misma a la cual ya me he referido como proclamaba también por el quizás más grande padre de la Iglesia Católica, San Agustín. La de que es en el interior del espíritu donde reside la verdad. Y la de que —comento yo— si esta verdad se aprende en la razón suficiente de ella misma, justifica el disentir. El disentir de la crítica con respecto al dogma. La verdad, por tanto, en la conexión a que usted se refiere ahora. La atinente a Suárez, Caro y Holguín, porque rechazo el dogma de su famas.

J.N.M. Precíseme aún esto. En general y en particular.

J.E.B. En general, la verdad es la coincidencia perfecta de la conciencia humana, de lo que sabe el sujeto cognoscente con lo que es el objeto conocido. En sí es un enunciado ya de antiguo establecido. Pero ahora tal, que puedo precisárselo a usted psicológica y epistemológicamente.

J.N.M. ¿Cómo pues?

J.E.B. Declarándolo yo, por mi parte, de acuerdo con todo lo que psicoló-

gica y epistemológicamente he establecido en torno de lo que esencialmente es el pensador, la crítica y la incompatibilidad de la literatura con la política. Siendo esto último lo que me ha traído a establecerla de manera particular en el caso de Suárez.

J.N.M. ¿Cómo aún? ¿Cómo particularmente en el caso de Suárez?

J.E.B. Aun diciéndole yo a usted que si el objeto de nuestro conocimiento de él que hemos hecho para nosotros mismos como sujetos cognoscentes de él nos muestra con evidencia indiscutible lo que críticamente, por el análisis de las notas de él como escritor, ya hemos establecido como elementos de juicio para la estimativa de su valor literario, aprehendemos la verdad en particular de lo que él fue. De suerte que si aprendemos también que él frustró en la realización de la verdad general de lo que debe ser el genuino hombre de letras, hallamos la razón suficiente que nos justifica para negar que él hubiera cumplido con esta verdad de lo que en general debe ser el hombre de letras o literato auténtico.

J.N.M. Por consiguiente, la verdad de una cosa o ser implica y señala el fin que ya comanda, por decirlo así. Y entonces, si no se cumple con este fin, donde y cuando no se cumple con él, se frustra. Pues, eso es lo que me parece que usted precisa psicológica y epistemológicamente en respuesta a mi última pregunta. ¿O no?

J.E.B. Sí.

J.N.M. Pasemos entonces a otra cuestión.

J.E.B. Pasemos a ella, ¿cuál?

APRECIACION CRÍTICA DE LOS GOBIERNOS COLOMBIANOS

J.N.M. Ésta: ¿cómo aplicaría usted el concepto que acaba de exponerme de la crítica en general y en particular a los gobiernos de Colombia?

J.E.B. Sentemos premisas para analizar y discernir, juzgar y estimar. En general no hay política en el mundo que no sea en su práctica lo que teóricamente no debiera ser: una pasión. Y una pasión causada por un virus, si así puedo decirlo, de morbosidad. En particular en Colombia, como en cualquier otro de los países iberoamericanos, el virus se muestra con mayor fuerza de morbosidad.

J.N.M. En sus efectos es así. Porque en Colombia, como en cualquier otro de esos países, la pasión está tan violenta como mortífera.

J.E.B. Causa efecto de mortalidad, o más bien, de matanzas, que parecen increíbles. Mas no ha dejado de manifestarse también en naciones donde parecía más increíble, como en países europeos, por ejemplo. Con esto creo que vamos describiendo ya analíticamente los elementos de juicio para nuestra estimativa crítica de lo que usted me indica: los gobiernos de Colombia.

J.N.M. Y sin duda alguna, puesto que para usted el ejercicio de la crítica es para distinguir lo verdadero con respecto a lo falso, y de lo malo o mediocre con respecto a lo bueno y elevado, dígame cómo, sobre las premisas sentadas, críticamente, se puede juzgar nuestros gobiernos colombianos.

J.E.B. Aunque no es posible, dado el propósito que tenemos, que yo me extienda demasiado, diré a usted que la historia de la política y en consecuencia de ésta, la historia social, económica, jurídica y civil de nuestro país ha sido la historia de la impotencia para realizar lo que los dos libertadores de la antigua colonia española, ambos, los dos fundadores de la nueva república suramericana, Bolívar y Santander, independientemente el uno del otro, enseñaron.

J.N.M. ¿Qué entonces?

J.E.B. Lo que ni el uno ni el otro conjuntamente tampoco llegaron a realizar. Pues no se identificaron hasta el punto de sintetizarse en un solo movi-

miento continuo de creación, propulsión y construcción de la verdadera nacionalidad. Así, al contrario de esto, lo que hicieron ya ellos mismos fue apartarse y separarse más y más el uno del otro hasta caer en las discordias que les hicieron frustrar su obra.

J.N.M. ¿Cómo analiza usted eso, entonces, para decírmelo en su apreciación crítica?

J.E.B. Ajustándome a lo que reconoció el propio Bolívar cuando, poco antes de morir, en la tristeza que le daba la pesadumbre de su persuasión de haberse frustrado, señaló, desde esta Barranquilla donde nosotros, usted y yo, estamos, como la causa del fracaso en su empresa.

J.N.M. Veo, intuyo lo que usted discierne del estado de ánimo del Libertador. Que no era más que la sensación de la muerte que se le aproximaba con la emoción de la tristeza. Y pesadumbre de la persuasión del fracaso. ¿Qué más, entonces, puede precisarme?

J.E.B. Lo que sobre ese reconocimiento Bolívar mismo escribió al general Urdaneta, militar que había usurpado el poder político mediante un golpe militar de Estado.

J.N.M. ¿Qué, pues, escribió entonces el Libertador al usurpador?

J.E.B. Que no haberse entendido con Santander había sido la causa de la perdición de todos, es decir, del suceso constructivo de la nación independizada.

J.N.M. Un discernimiento más ya, por tanto.

J.E.B. De modo que comprendiendo nosotros mismos en esto, conforme a los criterios que ya sabemos, podemos decir, buscando lo sintético, que en Bolívar se daba el genio de la autoridad y en Santander el genio de la legalidad.

J.N.M. Discernimiento nuevo de una tesis y de una antítesis para una síntesis.

J.E.B. Y lo que Colombia necesitaba desde sus comienzos de nación independiente era la síntesis, no la tesis y la antítesis de la legalidad y de la autoridad.

J.N.M. Obvio es que esto era lo que se necesitaba.

J.E.B. Síntesis en gobernantes que reunieran en sí las eximias cualidades de la autoridad máxima y de la ley suprema.

J.N.M. Seguramente como usted lo dice.

J.E.B. Y tanto, que el divorcio de ambas, óptimas cualidades, fue quizás lo que hizo a Bolívar pronosticar para Colombia y para todas las demás repúblicas iberoamericanas, que serían sucesos interminables de alternativa entre gobiernos despóticos y gobiernos civiles.

J.N.M. En efecto. Y tan certeramente, que es lo que se ha comprobado en el transcurso de la historia nacional. Porque en vez de la conjunción de dichas dos eminentes cualidades, se les ha hecho entrar en lid por luchas de partidos que parece que sólo han mirado a la adquisición del poder para imponerse, cuando se han dado gobiernos civiles, sobre estos otros gobiernos despóticos.

J.E.B. Sucesos, pues, de gobierno con falsa autoridad –dictaduras cruentas y deshonestas–, alternadas con gobiernos de débil legalidad, impotentes para mantenerse en la debida autoridad. De modo que es el reconocimiento de esto, tal cual se ha cumplido a lo largo de la historia de Colombia, lo que nos da la apreciación crítica que en general tenemos que formular de sus gobiernos.

J.N.M. Ya lo veo. Pero me gustaría que usted me citara algunos ejemplos concretos de personajes que han determinado el cumplimiento de esa triste suerte de alternativa en nuestro país.

J.E.B. Me referiré, sin citar nombres, a dos casos que prueban en suma la verdad de la apreciación que tenemos que admitir.

J.N.M. Ya le escucho.

J.E.B. Un dictador sin ningún sentido de la legalidad ejerce su gobierno hasta que cae estrepitosamente por golpe de Estado. Contragolpe más bien, porque cayó del golpe que él había dado. Y un presidente con sentido excesivo de la legalidad se sucede, para mostrarse fallo del sentido severo de la autoridad. Hombre de notables méritos personales este nuevo gobernante, probó también, en medio de sus méritos, sus injustificables defectos por falta de autoridad.

J.N.M. Entonces, ni el dictador supo portarse como Bolívar, ni el civilista como Santander. Pero el suceso alternado de ambos, en suma, como usted lo dice, prueba concretamente cómo es que en Colombia se han sucedido los gobiernos y tienen una manera muy general de apreciarse críticamente.

J.E.B. Sin duda alguna. Porque el gobernante perfecto aún no se ha dado. Y el gobernante para mí perfecto es el que ejerce su magisterio ante todo con la tesis de la legalidad; en seguida con la antítesis de la bien entendida pero inflexiblemente ejercida autoridad, y en fin, con el logro de la síntesis acertada, lógica y ética de la tesis y de la antítesis.

J.N.M. Por lo que veo, sigue usted para esto con las notas de su concepto esencial del gobernante de verdad para confirmar el juicio de su apreciación crítica de los gobiernos colombianos.

J.E.B. Sólo así es como se puede cumplir con la dinámica que promueve el proceso dialéctico en que se impulsa el movimiento creador de las nacionalidades legítimas, que son las que forman los verdaderos Estados, y por tanto, como verdaderos estadistas.

J.N.M. ¿Cómo mira entonces usted, con este criterio de juicio crítico, a lo presente y a lo futuro del ejercicio de gobierno en Colombia? ¿Cómo, sobre todo, mirando a la actualidad de los dos partidos tradicionales?¹¹

PRESENTE Y FUTURO DEL GOBIERNO DE COLOMBIA

J.E.B. Como usted lo ve, yo no he sido, ni soy ni seré nunca político. Mi pensamiento de lo político tiene que ser para los políticos de profesión, o sea, que viven del Estado, el de un hereje inadmisibles en ninguno de los partidos de ellos. ¿Qué puede entonces, importar lo que yo piense?

J.N.M. Precisamente, lo que yo personalmente quisiera saber.

J.E.B. Bueno... En este caso diré a usted que en lo presente no veo nada, ni tesis ni antítesis, en la posibilidad o potencialidad para una síntesis. Y además, por eso mismo, lo que sí veo es ausencia de sentido común. En

11. Estos apartes del diálogo, transcurren en los meses de abril y mayo de 1980.

cuanto a lo futuro, es como siempre una incógnita. Máxime por el desconcierto en que se hallan los hombres que arrojan la dirección del país. Reflejo esto también de lo que vemos en todas las naciones iberoamericanas.

J.N.M. Más, particularmente ¿en lo presente qué?

J.E.B. Me limitaré a establecer otra generalidad con respecto a él. Creo que en medio de la convulsión en que hoy se hallan todos los pueblos de la tierra, impotentes para encontrar su camino de salvación, el aturdimiento de Colombia es también el de la importancia étnica del país para dominar en todas sus potencialidades de recursos naturales la economía del pueblo, que floreciente entonces, afectaría y determinaría en otros rumbos el ejercicio de los gobiernos nacionales.

J.N.M. ¿Con qué procedimientos entonces se lograría?

J.E.B. Los de este tópico: inculcar en el pueblo, la base étnica del país, para sacarlo de su impotencia, que es la de la ignorancia, las enseñanzas conducentes a la capacitación para el trabajo, el amor al trabajo y la persuasión de que es con el amor al trabajo con lo que se hacen las economías florecientes de las naciones. Pues solamente educándolo así será como este mismo pueblo adquirirá los conocimientos para el manejo competente de los instrumentos, aparatos, maquinarias, todo lo que en suma contribuye al mayor rendimiento de las labores que dan riqueza y gusto a la vida holgada en la abundancia. Porque en suma esto es lo que piden y demandan todos los pueblos para vivir sin suscitación interminable de problemas sociales.

J.N.M. Hablando, entonces sí, de modificaciones en la realidad profunda del pueblo y del país para conducir los gobiernos de la nación, a determinar-la en su marcha por las vías del progreso positivo. Este progreso que debe sacarle del nivel de retardo donde se encuentra con relación a otras que van a la vanguardia de la civilización y de la cultura universal de la humanidad. Porque, según usted, lo nacional debe encaminarse en su bienestar e integrarse en lo internacional, con miras siempre a que los pueblos todos vivan felizmente bajo el amparo de una categoría en lo que es universal.

J.E.B. En efecto. Fundamentalmente basados en la educación. Y ello es tanto así, que justamente para llegar al conocimiento y reconocimiento de

esto, he venido tratando de encaminar mis respuestas a las cuestiones tan diversas que usted me ha venido presentando. Porque cuando usted me formuló su pregunta sobre lo que yo entiendo por intelectual puro y por pensador en lo que esencialmente éste debe ser en función de aquél, yo le respondí en términos tales, que usted me preguntó si, comportándome o pareciendo comportarme yo como un intelectual puro y un pensador especulativo, me había determinado ser también hombre de acción. De acción práctica, sí, pero utilitaria, personalmente hablando. Y desde entonces me propuse seguir atendiendo a las demás preguntas que usted pudiera formularme, de tal modo que mis respuestas pudieran ir encaminando el curso de nuestro diálogo hacia esta otra cuestión, magna en su género, del hombre de acción. Y es lo que me parece que ha sucedido, ya que ahora nos hallamos delante de la problemática de *cómo es que, en general, el hombre debe enseñarse, luego educarse, para ser el hombre de acción que debe ser.*

J.N.M. Ciertamente ha sido así. De este encaminamiento yo he podido darme cuenta a través de todo lo que usted me ha dicho sobre la crítica, lo que ella debe ser; la incompatibilidad de la literatura, en cuanto a obra de arte, con la política, y de esta última en cuanto a técnica de gobierno, valiendo cada una solamente en su campo. De suerte pues que al ver yo también que nos hallamos ahora debidamente conducidos por usted mismo, usted y yo, ya soy yo todo oídos para escuchar lo que tenga que decirme sobre el hombre de acción. En el campo de la educación, donde sé que usted una vez se mostró como competente hombre de acción.

J.E.B. En efecto. Mas una reflexión de orden práctico que no habrá de apartarnos de esta finalidad se me ocurre ahora.

J.N.M. ¿Cuál?

J.E.B. La de que ya hemos hablando largamente. Creo que por más de tres horas, nuestras gargantas se secan y nuestras voces se hacen difíciles. Es conveniente pues, que descansemos y continuar mañana el tema de una nueva acción.

J.N.M. Estoy de acuerdo con usted.

SEGUNDA PARTE

DIGRESIÓN EN TORNO A BEETHOVEN Y A SCHILLER



E.B. Antes de reanudar nuestro diálogo, le invito a tomar una copa de vino del Rin. Mientras esperaba la llegada de usted, he estado escuchando algo de música del genio sin par que nació a orillas del Rin.

J.N.M. Sin duda se refiere usted a Beethoven.

J.E.B. Cierto, y al escuchar en dos ocasiones la Novena Sinfonía, me he explicado muchas cosas al parecer banales. Por ejemplo, ahora comprendo bien lo que pasó con el espíritu de este genio en los últimos años de su vida, ya cuando había compuesto esta sinfonía.

J.N.M. ¿Qué, si puede decírmelo?

J.E.B. Que lleva a cabo su magna obra de músico sin par, lleno de amargura por las miserias de la vida familiar y el olvido, rayano en desdén, de la sociedad vienesa por cuyo prestigio de cultura había hecho tanto, hurraño él, excéntrico, casi un misántropo, añorando los años de su adolescencia. Esos mismos años que él pasara en la región renana, donde había nacido y disfrutado de los placeres propios de esa edad juvenil. ¿Cómo no anhelar, casi anciano ya, al presentir la proximidad de la muerte, revivir los entusiasmos de aquella adolescencia? Tenían que asaltarle los recuerdos de la ardorosa juventud bajo las inspiraciones de una fantasía que se enardecía por el estímulo de comedidas libaciones del sabroso vino del Rin. Y ya prematuramente senecto, peores más que nunca su salud corporal y sus pesadumbres morales, pidió que le envasen botellas del exaltante y exultante licor. Pero infortunado hasta en ese deseo, el vino llegó cuando se hallaba casi moribundo, para hacerle exclamar con profunda tristeza ¡Demasiado tarde!

J.N.M. Con la amargura que usted anota; la de la suerte que corría su vida al término de ella.

J.E.B. Hasta los 26 años, cuando compuso su Segunda Sinfonía, la primera revelación grandiosa de su genio, Beethoven vivió también una vida de euforia, en alegrías que entusiasmaban con la esperanza de una labor de artista plena de felicidad dentro de su espíritu creador de arte musical. Sí. ¿No intuye usted, como yo, lo que debieron de ser aquellos años de anhelos, entusiasmos, inspiraciones y esperanzas del genio que se sentía nacer en sí, por sí y para sí, es decir, en la creación del mundo del arte, su arte?

J.N.M. Ciertamente. Pues veo cómo toda su vida se identificó siempre, en su parte superior, con su obra. La cual fue aquella en la que transfiguró el contenido estético en el objeto sonoro bella y artísticamente musical de su arte. Mas al comprenderlo yo así, me hallo movido a hacerle una nueva pregunta.

J.E.B. Hágamela usted.

J.N.M. Siempre que he escuchado la Novena Sinfonía, me ha llamado siempre la atención, me ha invadido de placer el cuarto movimiento, que es el de esa magnífica terminación coral. ¿No podría usted detenerse en un comentario a fondo sobre este estupendo final?

J.E.B. No a fondo, sino de paso. Y haciéndole yo a la vez a usted otra pregunta ¿conoce la oda de Schiller a la alegría?

J.N.M. Por supuesto. Por cierto, además conservo algunos fragmentos traducidos por usted que en cierta ocasión me obsequió.

J.E.B. Sí, ya recuerdo, se trata de poesía de juventud de este otro genio. Pues la compuso cuando apenas pasaba los 25 años de edad. Schiller se hallaba entonces en la plenitud de su vigor corporal y espiritual. Y aún podía cantar con ese vigor a la alegría. Aún, digo, porque aún no había de arrebatárselo la inexorable enfermedad que había de cortarle la vida antes de los 50 años. Permítame que en recuerdo cite el texto alemán donde se puede apreciar, sin entenderlo, la musical sonoridad de los versos. Los iniciales, que en seguida le traduciré:

Fredude, Schoner goterfunken,

Tochteraus Elysium,
Wir betrefen Feuertrunken,
Himmliche, dein Heiligtum.

Alegría, bello fulgor de dioses,
Hija del Elíseo,
Ebrios de fuego penetramos,
Celestial criatura, en tu santuario

J.N.M. Bellamente suenan, en efecto, estos versos.

J.E.B. Y Beethoven supo utilizarlos grandiosa, incomparablemente. Pues se valió de todos los recursos orquestales que habían de permitirle a su genio de músico, ya en la plena madurez de su potencialidad creadora, la culminación en el coral. Con un alegre no excesivo, pero majestuoso. Con un movimiento en la composición que predispone el ánimo a la vivacidad para seguirle en sus prestos, adagios y andantes. Todo en crecimiento de un espíritu que se realizaba en la transfiguración estéticamente sonora del arte musical.

J.N.M. Sin duda alguna. Pero aún me inquieta mi pregunta. ¿Cómo usted podría comentarme esto mismo en relación con la citada oda de Schiller?

J.E.B. En los comienzos del coral se nos da un recitativo escrito por el propio Beethoven. Es lo que nos introduce al canto de los versos de Schiller. Y es como el grito del genio atormentado por la pena de su sordera.

J.N.M. ¿No se podría decir, mejor, la congoja que clama por una ventura que la suerte ha negado al compositor del arte allí desplegado pero no oído por el mismo que lo creó?

J.E.B. Enigmáticamente Beethoven exclamó allí: ¡Oh, amigos! ¡Dejemos estos sonidos! ¡Elevemos un canto de simpatía y de alegría! ¡Ensalcemos el gozo! Acaso otro gozo que no sea el de escuchar su propia obra de arte.

J.N.M. El del refugio, quizás, en la alegría que como celestial hija del Elíseo había cantado Schiller.

J.E.B. Más, ahora, de tal modo para nosotros, si he de continuar yo en el

comentario que usted me ha pedido, que podemos descubrir una ilación entre el pensamiento del poeta juvenil y el pensamiento del músico maduro, para recrearlo en el objeto del arte sinfónico.

J.N.M. ¿Cómo así?

J.E.B. Diciendo yo aún que lo que encuentro en el coral de la Novena Sinfonía es más bien una síntesis de contrastes entre Schiller y Beethoven, vencidos por complementos en el pensar que concibió y llevó a cabo la sinfonía que hubo de complementarse, perfeccionarse, con ese mismo coral.

J.N.M. Arduo juicio éste, explíqueme cómo debe entonces decírmelo.

J.E.B. ¿No comprende usted que el coral integra en sí todos los elementos de los contrastes y complementos a que me refiero?

J.N.M. No del todo todavía.

J.E.B. Los contrastes se hallan, psicológicamente hablando, por la polaridad de los estados de ánimo vigorosos que inspiraron al joven Schiller para la composición de su oda, por una parte; y por otra, de los estados de ánimo similarmente vigorosos, pero de cuerpo débiles, en el ya senecto Beethoven, cuando se dio a la creación de su coral. Patológicamente, por parte del genio musical que sufría a causa de sus bien sabidos males y que clamaba, como el genio de Schiller en su juventud, de lo sobrehumano.

J.N.M. ¿Y en cuanto a los complementos a que usted se refiere?

J.E.B. Éstos fueron los que naturalmente tenían que dar la madurez del artista sinfónico a la juventud del artista poético. Los complementos que por tanto había que hacer que el arte de la poesía se sintetizara por el arte de la música, a fin de lograr una tensión, por ésta con respecto a aquella, grandiosamente gramática, teatral. Una tensión que aquélla por sí sola no tenía.

J.N.M. Posiblemente, y me parece comprender lo que en estos términos usted quiere significar. ¿Será entonces que la Novena Sinfonía puede y debe interpretarse como una superación de la *Oda a la alegría* por la integración sintética que elevó ésta a la tensión dramática, teatral, operática ya, de una obra de arte en que música y poesía se complementan?

J.E.B. Sólo en la obra de Schiller, posterior a su oda, había de hacerse su poesía lírica también trágica. Y trágica para perfeccionarse como dramática. Lo superior, de lo trágico sobre lo lírico, había que ponerse de manifiesto así por eso mismo. Y con Beethoven entonces la superación se alcanzó mediante la música coral de su Novena Sinfonía, la cumbre de las ocho anteriores, y hasta de la ópera Fidelio, la primera de estilo propiamente alemán, donde ya se había hecho lucir también toda la riqueza de dicha sinfonía.

J.N.M. En verdad me parece ser como usted lo dice.

J.E.B. Y es admirable además cómo ocurrió. Ya cuando el compositor genial doblaba el cabo de su vida en declinación. Ya cuando, para el espíritu del esteta, el artista, recluido en su vida de solitario más que nunca, el mundo externo no existía más que como fenómeno de su yo.

J.N.M. Una declinación llena de pesares y dolores, miserias. Lo que a mí también me hace pensar si, cuando el genio se percató de todo ello y de las estulticias de sus congéneres comunes y corrientes, es cuando únicamente puede crear sus más grandes y soberbias obras.

J.E.B. Sufre él así, sabiendo que hace su obra para aquella estulticia, impotente para apreciarla. Pero se consuela —y es su gran consuelo— sabiendo que lo que hace, lo hace por la obra en sí, cuya perfección es el gozo máximo y el óptimo para sí mismo.

J.N.M. Ciertamente debe ser así.

J.E.B. Ahora bien: ya yo me he referido a la Segunda Sinfonía, compuesta por Beethoven cuando él se encontraba en la misma edad en que Schiller compuso su obra. Y lo mismo que para la composición de su Prometeo, Beethoven pudo desplegar entonces toda la libertad creadora de sus inspiraciones. Admirablemente así el vigor de la salud corporal del genio pudo exaltarse en la luminosidad de esplendores celestes, como los de Schiller en su oda. ¿No significa eso que al uno y al otro les estaba reservado pasar todos los dolores del cuerpo humano y todos los pesares del espíritu también humano, antes de llegar a la cima en la cual lo lírico, en poesía como en música, se supera por lo dramático?

J.N.M. Tanto me parece ser así que creo que es lo que debo concluir de lo

que usted sustenta de contrastes y complementos entre el poeta y el músico.

J.E.B. Beethoven, como Schiller, y después de la muerte de Schiller, tuvo pues que pasar por las miserias a las que nos referimos de su vida. Ellas le dieron los sufrimientos corporales y morales que sólo entonces lo elevaron a lo lírico, a lo trágico de su arte. Por tanto ambos, Beethoven y Schiller, sólo al padecer solitariamente como padecieron pudieron concebir y realizar sus magnas obras de transfiguración de la existencia bruta en la existencia estética, que se hizo primero lírica para hacerse después trágica. Trágica del dolor de la existencia humana en general.

RAÍZ DEL ACTO CREADOR DE LA OBRA DE ARTE

J.N.M. En efecto. Pero entonces, ¿cómo puede usted aclararme aún más esto? ¿Cómo, para que yo comprenda más desde su raíz el acto creador y su obra de arte? Una obra de arte como la que estamos tratando justamente de apreciar.

J.E.B. Volvamos a lo que ya he expuesto. Insistamos en ello. La inteligencia, actividad espontánea del pensar, piensa para esquematizar formas. Razona éstas entonces, a fin de imaginar dentro de ellas contenidos para ellas mismas que transfigura estéticamente en obras de arte. Una vez que las ha pensado, esquematizado, razonado e imaginado en objetos como contenidos de ellas, plasma éstos en tales obras de arte. Sea en poesía, o en música, o en pintura, o en cualquiera otra de las artes menores, es así como todas ellas se crean y recrean desde la actividad esencial que es radical de ellas mismas. Y señalarlo así es lo más sucinto que yo puedo decir para responder a la pregunta que usted acaba de hacerme.

J.N.M. Sí, pero me gustaría oír de usted mismo algo más concreto.

J.E.B. Dado entonces lo que acabo de decirle, opera lo que podría llamarse la técnica intencional de la ejecución, esto es, de la realización de la obra de arte. Y esto es quizás lo más molesto, ya que no lo más difícil, de todo. Pero es lo que concretamente podemos intuir que se cumplió en Schiller para su dramaturgia, que realizó con tanta pericia técnica de su propia poe-

sía. Similarmente en Beethoven para sus sinfonías, ya que fue de ese modo como él hizo que culminaran en el anuncio del drama musical, brillantísimo prelude de éste en el mismo coro final de la Novena.

J.N.M. Tenemos pues que lo que se ha concebido pensando, razonando, esquematizando e imaginando como contenido estético, se transfigura en lo que se hace obra de arte. ¿Es así entonces como concretamente se produce ésta, desde la actividad radical que esencialmente la promueve?

J.E.B. Sin duda alguna. Mas, para todo ello, procediendo nosotros mismos desde la interioridad que tratamos de intuir, como para vivir con ella, en sus creaciones de lo bello. De lo bello y de lo sublime en esas creaciones, tanto de la poesía cuanto de la música. Tremenda y hasta tremebunda labor en el aislamiento del intelecto creador por encima de las miserias corporales y morales de la vida –tenemos que insistir en ello–, a fin de encontrar la fuente sobrehumana de toda creación genuinamente artística.

J.N.M. De Schiller sabemos cuánto sufrió en esa labor. Pues escribió, como lo había dicho Nietzsche, con sangre: la sangre de su propia vida. Y fue para él mismo el sufrimiento de lo heroico que, sin embargo, se le compensó con los infinitos goces estéticos que los comunes de los hombres jamás alcanzan a tener.

J.E.B. De Beethoven lo mismo expresó Wagner. Parabólicamente, por cierto, cuando escribió que Beethoven lo hacía pensar en Tiresias, el fabuloso legendario vidente ciego de la antigua mitología griega. Pues, como para éste, así para Beethoven, el mundo exterior de los fenómenos se había excluido de su vida con la mirada fija en el interior de su espíritu, intuyó entonces la razón, causa o fuente, “de Grun”, de todo. De suerte que, gozándose en ese mismo interior de su espíritu, halló el gozo de realizarse en la obra, que era su destino.

J.N.M. Con su Novena Sinfonía tenemos pues que Beethoven dio cima y remate a toda su obra de creación artísticamente musical. Y al probar con ella lo que usted comenta interpretándola justamente, dio complemento perfecto a la oda de Schiller. Ni yo dejo de comprenderlo ya así, porque con la cita que usted acaba de hacer de Wagner, este otro genio de la música, recuerdo por mi parte otra que se refiere al mismo Schiller, precisamente en el sentido de la que se refiere a Beethoven.

J.E.B. ¿Cuál pues?

J.N.M. Una que me viene ahora a la memoria, una que recuerdo haber leído en Dilthey acerca del poeta, su personalidad y su obra.

J.E.B. Grato, entonces, me será oír lo que usted recuerda así.

J.N.M. Escribió Dilthey que hay temperamentos que sólo saben marchar erguidos sobre la tierra; que sin esto la vida no tendría para ellos ningún valor; que en cada línea de Schiller se advierte desde el primer momento esa actitud del hombre erecto que se levanta como una llama; que él se sentía por eso mismo como una potencia creadora; que todo cuanto era materia quedaba por debajo de él; y que todo lo recreaba poéticamente con arreglo a su voluntad para llenar de contenido su alma.

J.E.B. Excelente, porque muy bien trae usted a locación este recuerdo de lo escrito por Dilthey acerca de Schiller. Y para explicar yo aún mas, si cabe, lo que Beethoven complementó a Schiller.

J.N.M. Ya me lo dirá usted. Pues entre tanto recuerdo también que Dilthey comentó cómo de esa manera había surgido una lírica peculiar en la cual había venido a hablar un hombre de voluntad poderosa: uno en quien el movimiento del alma se desplegaba en una gran intención, perfectamente consciente y dominada por la idea de su destino.

J.E.B. Verdad innegable también. Porque la idea que concibe y piensa la inteligencia del hombre creador es la que fija la técnica intencional de la obra que él se propone crear. Sea ésta de arte o de religión, de ciencia o de política, y hasta de oratoria, que entonces se lleva a cabo por la tenacidad, perseverancia o constancia de una voluntad inflexible de cumplir con el designio –destino– así fijado.

J.N.M. Y de tal manera, escribió aún Dilthey, que la formas así producidas del interior de la conciencia, que usted designa como in-teli-agencia, brotaban en Schiller, a un tiempo que el contenido de sus pensamientos, con la voluntad tendida inquebrantablemente hacia la realización de su obra, que era en sí el destino de su vida.

J.E.B. Ciertamente, para explicar yo aún más si cabe, según acabo de

sugerirlo cuánto de complemento Beethoven dio a Schiller. Y en verdad, refiriéndome asimismo a Dilthey con otra cita de él.

J.N.M. ¿Cuál es está?

J.E.B. La siguiente, y de la cual disiento en parte. Una que tomo del estudio sobre Lessing, así como usted tomó la suya del estudio sobre Schiller y es ésta: que el drama de ideas de Lessing influyó no sólo en el *Don Carlos* de Schiller, en la obra de Kant acerca de la religión dentro de los límites de la razón pura, en el plan de los *Misterios* de Goethe y en los primeros estudios teológicos de Hegel, como también, y vigorosamente, en la Novena Sinfonía de Beethoven.

J.N.M. Sí, ¿pero, por qué disiente de él?

J.E.B. Mi disentimiento está en que no se puede llevar hasta ese punto la influencia en Beethoven, precisamente hasta la composición de la Novena Sinfonía que seguimos comentando. Lessing, con todo cuanto merece de admiración su genio —fue por los dolores y las penas de su vida, hombre solitario en su sufrimiento, en medio de las incomprensiones, igual a Schiller y a Beethoven— no llegó hasta la estética de la música. Su *Lacoonte*, como su *Nathan*, pusieron de manifiesto el genio de un gran intelecto que se hizo foco de la Ilustración, la *Aufklärung*, de su época, en Alemania. Pero su estética alcanzó a desplegarse solamente en los dominios de la poesía y de la pintura, no de la música.

J.N.M. ¿Entonces?

J.E.B. Dilthey, quien siempre puso tanto de sí en los autores que estudió, pudo entonces escribir la verdad que reconozco de él atinente a Beethoven: que la Novena Sinfonía, pasando por la pasión particular y sus pesares, conduce al estado de espíritu universal donde se unen y combinan la armonía universal, la bondad del ser divino, el amor al prójimo y una serenidad que informa e ilumina la vida toda entera.

J.N.M. Habrá que decir entonces en suma que Beethoven, con su música, eleva a la eternidad el contenido de una poesía como la de Schiller, despojando ésta de todo lo que puede tener ella de finito y perecedero.

J.E.B. Mientras, volviendo a concentrarnos también en Schiller, y para poner término a esta digresión, seguimos reconociendo que él, por su propio genio –su intelecto y su voluntad reunidos– llegó a sentirse en su propia época, de Ilustración y de Revolución Francesa, claramente como ciudadano del mundo, en el sentido más noble de las palabras.

J.N.M. Como un ciudadano en la inmensa comunidad universal de los espíritus que marchan progresivamente hacia la libertad sin límites, en un mundo que continúa creándose sin cesar.

J.E.B. Lo cual para él fue tanto así, que su personalidad y su genio, vale decir, sintéticamente, su carácter, ya en su dramaturgia se manifestó como la infatigable voluntad de acción concebida, pensada, esquematizada, razonada e imaginada, que también había de ponerse de manifiesto en su didascalia sobre la educación estética de la humanidad, *Über Die Aesthetische Erziehung Des Menschenges Chlechts*.

J.N.M. Pasemos, Don Julio, ahora a lo que entiendo hemos de seguir discuriendo usted y yo en este diálogo en que nos hallamos. Dígame *cómo fue que usted, intelectual aislado en sí, pensador por ende solitario, se vio movido a salir de esa situación para mostrarse como hombre de acción, y en verdad como hombre de acción educativa*.

J.E.B. Las razones que me movieron a ello, insisto en decirlo, fueron muy diferentes a las de Schiller, cuyo tratado no pasó por mi mente cuando decidí empeñarme en la obra que hube de hacer. Aunque, por algunos rasgos o aspectos de la finalidad que me proponía, sí habían de coincidir con lo que ahora tenemos que reconocer de los altos motivos hermosamente expuestos por el poeta alemán.

J.N.M. ¿De qué manera entonces? ¿Y cómo, a pesar de la diferencia que me indica, se da esta coincidencia?

J.E.B. Poniéndome a tono con el momento actual de la humanidad y sus exigencias prácticas más perentorias. Pues Schiller, poeta por encima de todo, fue un genio de la estética. De ahí que sus pensamientos sobre la educación universal del género humano tendieran a enseñar la necesidad de que ella fuera, primero que todo, estética. La razón para pensarlo así tuvo sus moti-

vos en él. La probó no sólo por el escrito que vengo citándole de él, sino por otros más que los complementaron.

J.N.M. En efecto. Pues también recuerdo yo los que compuso acerca de la gracia y de la dignidad, de lo sublime, del ideal, y de la vida, de los límites necesarios de lo bello, y de la poesía ingenua y sentimental. Y asimismo el canto que escribió para exaltación de lo que debían ser los artistas, oda de sabiduría estética hermosamente didáctica, cuya enseñanza resumió en alguno de sus versos finales: "Lo que las almas superiores alcanzan a sentir es lo que deben realizar como perfecto y acabado en la existencia humana".

J.E.B. Ni podía ser de otra manera. Pues el fracaso de la Revolución Francesa, que Schiller mismo había, casi puede decirse, vivido en angustiosa expectativa desde lejos, lo llevó a la convicción de que ese fracaso se había causado por la falta completa de la estética que daba cultura a la humanidad. Lógicamente pensada y éticamente meditada primero en la mente del poeta, que la cantara estéticamente después, como lo hizo en su oda "Die Kunstler", la enseñanza así dada no habría podido ser para mí el objeto inmediato que me proponía. Aun si hubiera pensado yo que la cultura estética seguía siendo una falta muy sensible en el presente de la humanidad, mis propósitos tenían que ser otros, ante todo. Para mí, en efecto, si yo hubiera podido pensar en Schiller cuando emprendí la obra que me propuse de acción educativa, habría tenido que apartarme de él, para buscar logros más perentorios. No habría podido mirar ante todo a lo estético y artístico que tanto, sin embargo, siempre he estimado. Tuve que mirar así a lo que quería hacer desde otros ángulos.

J.N.M. ¿Cómo, entonces?

J.E.B. Atendiendo yo a las circunstancias en que me hallaba y a las reflexiones que hacía. También yo era tenido por un hombre excéntrico o, peor aún, según solía decirse, por un neurasténico. Pero, sin atender a semejante opinión, peyorativa, y atendiendo más bien a lo que sabía a fondo de la realidad del mundo actual en sus manifestaciones prácticas y utilitarias, tuve que afrontar esa realidad tal cual se me presentaba: como la de una pequeña burguesía capitalista, industrial, comercial y bancaria. Así, al decidir emprender la obra educativa que emprendí, lo hice en el sentido de llevarla a

cabo con una inteligencia bien precisa de lo que exigía el medio social al cual pertenecía. No considerando lo estético primero que todo, sino lo técnico de las ciencias, lo tecnológico de las industrias y lo económico del comercio. Aunque de tal modo, desde luego, que no por ello dejaba de considerar, para fines ulteriores, lo imprescindible de lo estético, lo artístico, por encima de la técnica y de lo tecnológico, complemento superior de la cultura.

J.N.M. Perfecto, sin duda alguna, me parece. Pero lo comprenderé mejor si usted me concreta la historia de sus procedimientos para estos fines que usted mismo se impuso como hombre de acción educativa.

LA OBRA DEL MUSEO Y DE LA UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

J.E.B. Bien. Ya antes dije a usted cómo el pensador expresa lo que piensa por medio de escritos especulativos o de obras positivas. Aún tendré ocasión para referirme a los unos y a las otras muy brevemente, en relación con la acción educativa que me propuse. Por ahora empezaré aludiendo a la obra positiva, que fue institucional de lo que primero llamé Museo del Atlántico, claramente delineado como medio para el fin ulterior de lo que después hube de llamar Universidad del Atlántico.

Asimismo he hablado a usted muchas veces de la inteligencia como aquella actividad que es esencial y radical de todo pensamiento, de todo ser y de todo saber, fuente por esa vía de toda acción humana.

Pues bien: para aclararle aún lo que yo entiendo por inteligencia, remitiré a usted a lo que escribí sobre *Utilidad pedagógica de la filosofía*, publicada en 1938 y que fue una disertación donde amplié mi discurso de clausura del Colegio Barranquilla para bachilleres al terminar el año lectivo de 1937. Más aún le indicaré leer mi corto ensayo *Dilucidación del concepto de casualidad*, anexo a mis *Razonamientos sobre el panamericanismo*, publicados en la Revista del Museo del Atlántico, números 3 a 9, entre 1944 y 1945. Allí encontrará usted que no sólo etimológicamente y semasiológicamente,

sino filosófica y metafísicamente, dicha palabra inteligencia, deletreada como ya también le he dicho y siempre he deletreado, significa la esencia y radical actividad a la cual ahora vuelvo a referirme: la que, ejerciéndose interior, inmanentemente, obra a distancia, o poco a poco, efectos que tienden a ser exteriormente finales, luego a cumplirse como metas, designios o destinos. Es así la actividad creadora, por medio de lo que piensa y esquematiza, razona e imagina, y se inscribe discursivamente, hacia una técnica intencional de fines prácticos.

J.N.M. En otros términos, es lo mismo que hace poco veníamos discutiendo también. Mas ahora me interesa saber cómo usted pudo probarla en concreto, prácticamente, en cuanto hombre de acción educativa. Cómo entonces, para realizarlo en una obra como la del Museo y de la Universidad del Atlántico, conforme también con los escritos que acaba de mencionarme.

J.E.B. Creando ante todo el Museo del Atlántico como una institución integrante de la educación secundaria para otra superior, a fin de dirigir aquella desde ésta, es decir, desde lo superior, o, como si dijéramos, desde arriba hacia abajo.

J.N.M. ¿El Museo, pues, como medio de un pensamiento de la inteligencia que en él buscaba la técnica intencional de la obra en mientes?

J.E.B. Más aún, el Museo, como medio, debía crear el medio material que aún no existía para la educación superior, cuyo órgano de posterior acción debía ser la Universidad del Atlántico. En la concepción de todo ello y esquematizando, razonando e imaginando, se proponía llegar, por desarrollo interior gradualmente progresivo en lo exterior, a los fines que se proponía, procurándose los medios adecuados que, repito, no existían. ¿No era así como tenía que manifestarse una actividad de causas que se proyectaban para programarse y prolongarse en efectos después de estructurarse en metas bien previstas?

J.N.M. Obviamente era así como tenía que manifestarse.

J.E.B. Esa actividad creó, pues, ante todo el Museo del Atlántico, cuya denominación de “museo” reflejaba, en mis propósitos, la del primer conjunto históricamente dado de instituciones educativas que preludiaban con

posibles integraciones todos sus institutos. La universidad en el futuro por venir: el de la clásica Alejandría, una vez más el famoso centro educativo de la Antigüedad clásica del mundo grecorromano.

J.N.M. Extraordinariamente usted lo intuyó así. Con sentido histórico de los orígenes de lo que había de llegar a ser, un milenio después, la Universidad, de significado ya occidentalmente europeo en Italia, España, Francia, Inglaterra y Alemania.

J.E.B. Así, porque en Barranquilla, debo repetirlo, mi ciudad natal, no existía –no podía existir– ningún indicio de que pudiera convertirse en una ciudad universitaria. Mis primeros propósitos fueron por tanto los de crear, como se creó, mediante el Museo del Atlántico, un ambiente de educación que fuera propicio a la fundación de una Universidad. Y ésta vino a ser al poco tiempo la del Atlántico.

J.N.M. Eficiente, pues. En su acción perfeccionante de medios para el logro de los fines propuestos.

J.E.B. Creados entonces estos medios y el ambiente, sacándolos de elementos interiores como eran los de la enseñanza secundaria, se hizo de ellos los elementos superiores para la enseñanza superior o universitaria. La inteligencia que llevó a cabo esa labor obró entonces, pues, como la actividad que obraba efectos de medios, para que por estos medios se obrasen efectos de fines. De fines que debían cumplirse y que se cumplieron según se lo digo: con metas, designios de la fundación de una universidad: la del Atlántico. Pero, más aún, con otros efectos finales como indirectos.

J.N.M. ¿Cómo cuáles, por ejemplo?

J.E.B. Como el descentralizar el dominio absoluto, cerrado, que hasta entonces se había tenido de la enseñanza universitaria en la capital de la República. Porque obró indirectamente también este efecto final para hacer posibles otros más anexos a él. Cuales, verbigracia, los de hacer posible y crear medios y ambientes universitarios oficiales semejantes allí donde tampoco existían: Cali, Manizales y Bucaramanga.

J.N.M. Se siguió entonces el ejemplo dado en Barranquilla, como posteriormente en Santa Marta y en Pereira.

J.E.B. Bastaría comparar fechas para comprobar que así fue. La obra creadora del Museo para la Universidad del Atlántico se cumplió en 1940.

J.N.M. Lo que en modo alguno se puede poner en tela de juicio. Mas, si esto es así, yo quisiera ahora, como siempre, que usted me precisara todavía más el curso de la acción educativa que así puso de manifiesto.

J.E.B. Ejercida la inteligencia, aplicado el pensamiento, llevada la esquematización de aquella y de éste hasta la imaginación que una voluntad tenaz debe realizar prácticamente en la educación universitaria, se precisa cómo es que ésta debe consistir en la inculcación de elevados conocimientos científicos y técnicos como los que ante todo exige perentoriamente el mundo actual de la humanidad. Y procediendo, después de esta inculcación, a completar lo que el hombre, la naturaleza humana es, con la educación que ya hemos visto que debe ser estética, en el sentido más vasto de la palabra, es decir, como emprendiendo todo cuanto atañe a la cultura que justamente se ha llamado de humanidades. Es decir, de todo cuanto más eleva la naturaleza del hombre a la espiritualidad y a la moralidad que superan su raigambre animal.

J.N.M. ¿En una doble tendencia u orientación educativa, por tanto.

J.E.B. Sí, pero en un solo encauzamiento o encaminamiento final.

J.N.M. ¿Cómo entonces, pues, fue esto último, si usted puede precisármelo también?

J.E.B. Como usted asimismo puede verlo si lee o relee los números publicados de la *Revista del Museo del Atlántico*, a partir, principalmente, del número preliminar. Pues allí hallará un documental en el que se precisa justamente lo que usted me pregunta. Mas ahora, para responderle de inmediato, le diré que busqué en un solo encaminamiento la educación superior, universitaria ya, mediante enseñanzas que promovieran los conocimientos científicos, tecnológicos, y las prácticas técnicas, primero, para fomentar después, mediante enseñanzas que promovieran los dominios de las artes y en general de las humanidades, o en una suma o síntesis del hombre como valor de cultura. Todo, pues, a fin de educar al ser humano para hacer de él con este valor un hombre completo.

J.N.M. ¿Cómo así?

J.E.B. Quiero decir, no educándolo para que fuera una mera mitad, como ahora se está tratando de hacer con capacitación únicamente de aplicaciones prácticas en producciones industriales o de gestiones comerciales que excluyen las enseñanzas culturales. Sino, completando aquéllas con éstas.

J.N.M. Veamos pues cómo fue que usted empezó precisamente a realizarlo en ese doble encauzamiento de que me habla.

EL INSTITUTO TECNOLÓGICO Y LA ESCUELA INDUSTRIAL

J.E.B. Procederé para ello por partes.

Primero, yo tenía que atender, como lo hice entonces, a la capacitación técnica y tecnológica de la ingeniería. Pues era lo que la realidad, que tenía delante de mí, me presentaba como objeto de atención inmediata y perentoria. De ahí la primera forma que tomó la facultad universitaria para la enseñanza de dicha ciencia: la forma del Instituto de Tecnología dentro del Museo y su desarrollo en la Universidad del Atlántico. Mi programa fue por eso el de ir extendiendo la enseñanza de la ingeniería hasta abarcar las ramas de ella, conforme a una exposición que hice en el año de 1941 (y que después se publicó en *El Heraldo* del 24 de diciembre de 1994). Así lo hice constar, además, por todos los medios posibles desde sus primeras realizaciones.

J.N.M. Sí, he leído la exposición a que usted se refiere. Era sin duda alguna lo más completo que hasta entonces se había concedido en Colombia. Pero quizás, por eso mismo, demasiado ambicioso.

J.E.B. Adelante me referiré a ello. Ahora debo detenerme en lo que empecé a realizar de lo que pensaba en grande. Segundo, mi idea, mi programa era hacer ingenieros ante todo. Educar a los bachilleres que tuvieran más disposiciones para ser tales. No ingenieros de capacidades comunes y corrientes, como para vivir de sus empleos como meros profesionales. Sí ingenieros capacitados para las obras de gran aliento que necesitaba —que sigue necesitando— nuestro país en tanto retardo de su desarrollo. Ingenieros para

dominio del medio físico, geográfico, aéreo, urbano, fluvial y marítimo de la nación, comenzando por nuestro departamento del Atlántico. Ingenieros que además de esclarecidos debidamente en sus conciencias y conocimientos de lo que son los hombres de actuaciones constructivas, hiciesen de sí mismos los órganos eficaces para semejantes actuaciones.

J.N.M. En efecto. Pero yo vuelvo a mi pregunta. ¿Podría la población local de Barranquilla de ese entonces, más aún, la provinciana de todo el departamento del Atlántico, dar los jóvenes, los bachilleres, los estudiantes dispuestos a encarnar en sí estos fines de altísima eficiencia que usted se proponía? ¿Podía la integración educativa que usted buscaba y en parte puso en práctica lograr estos objetivos? ¿Podía el Instituto de Tecnología, o facultades de todas las ramas de la ingeniería, inculcar al estudiantado que recibía en sus aulas la convicción de atender indeclinablemente a la finalidad que se buscaba con él, ese mismo Instituto de Tecnología?

J.E.B. En la integración de la enseñanza secundaria con la universitaria que yo me había propuesto y obtenido, se tendía a hacer, mediante la debida dirección buscada desde arriba, independientemente de la burocracia oficial, la orientación y el encaminamiento de los jóvenes estudiantes del bachillerato al estudio de las profesiones técnicas que más aliento pueden comunicar al desarrollo de un país y de un pueblo. Desgraciadamente esa integración, que alcanzó a dar resultados tan satisfactorios como los que públicamente se conocieron, no pudo sostenerse largo tiempo. Las necesidades burocráticas de los gobernantes hicieron que tal dominio, independiente, de la educación secundaria, se reabsorbiera en dichas necesidades. Así, ellas hicieron que ambos conjuntos educativos no pudieran cumplir como debían, sino como satisfacía a los gestores, que nunca han entendido nada, ni nunca han querido entender nada de la educación en sí, desde sus posiciones importantes de la cosa pública.

J.N.M. Triste es tener que reconocer que así ha sido y sigue siendo.

J.E.B. Añadiré sin embargo esto: que con los estudios que habían comenzado a hacerse por medio de dos instituciones del Museo: la de psicotécnica y la de orientación escolar, se había comenzado a discernir y establecer cuáles eran las competencias congénitas de los estudiantes, y conforme a lo que así se averiguaba, se les orientaba y encaminaba hacia lo que

de ellos se podía esperar y obtener sobre la base de lo que la naturaleza espontáneamente les había dado.

J.N.M. Acláreme esto con algunos ejemplos.

J.E.B. Verbigracia, entonces, encaminando a los estudiantes de secundaria que no manifestaban disposiciones para estudios severos como los de la ingeniería, a prepararse según sus propias capacidades naturales para ejercerse en técnicas de menor grado como las que habían empezado a enseñarse en la Escuela Industrial. Dentro de la integración educativa, cuya coherencia se dirigía desde la Rectoría del Museo o de la universidad, así funcionaban estas dos instituciones de orientación escolar y psicotécnicas para llevar a cabo los discernimientos y encaminamientos de los jóvenes que estudiaban y eran estudiosos en sus capacidades. En ese sentido, el propósito era dar a la Escuela Industrial alcances de una práctica como la que se designaba por su denominación: enseñarlos a ser operarios competentes en los campos de las diferentes industrias, donde no se requerían técnicos de alta preparación y competencia, sino jóvenes suficientemente preparados para prestar servicios como los que debían prestar: útiles para el máximo rendimiento posible de la producción justamente industrial. Así, para darle ya un ejemplo aclaratorio, se empezó en cooperación con Avianca, que facilitó un pequeño avión en desuso, a la enseñanza de lo elemental y práctico en el conocimiento de los aparatos que sirven a la navegación aérea. Los jóvenes que de esa manera llegaron a prepararse fueron inmediatamente empleados por Avianca. Y, similarmente, con respecto a otras ramas de la industria donde se necesitaban, no ya ingenieros debidamente graduados, sino jóvenes suficientemente enseñados y capacitados para prestar servicios de menor técnica en la industria, como la de astilleros y talleres de mecánica automotriz y de navegación fluvial.

J.N.M. Ciertamente me aclara de sobra lo que usted se propuso con estas aplicaciones de la Escuela Industrial. Sus ejemplos son bien obvios. Comprendo por ellos que, en verdad, no se podía atender mejor al medio que exigía hombres capacitados no sólo en alta tecnología, sino en industrias técnicas. El Museo del Atlántico y la Universidad, que era su más legítima hija, así cumplían con sus más extensos propósitos y programas de las enseñanzas que debían dar.

J.E.B. Cuando en el Instituto de Tecnología se llegó a la primera promoción de graduados, obtuve de la Asamblea Departamental la expedición de una Ordenanza que asignaba becas para estudios de postgraduados. Y se cumplió oportunamente con esa finalidad. Los becados fueron, por vez primera en nuestro departamento, a perfeccionar sus estudios en universidades del Norte y Suramérica.

J.N.M. No puede pues haber ninguna duda en que los programas esbozados y en parte realizados por usted, con miras principalmente o ante todo a la educación tecnológica y técnica, se desarrollaron en sus comienzos como usted se lo había propuesto. Con ello usted se mostró también, indudablemente, como hombre de acción. Como hombre de acción educativa que miraba por encima de todo a lo práctico y utilitario, en cuando además en usted había o se daba como lo más esencial el hombre de pensamiento especulativo. Pero entonces se me presenta a mí otra cuestión que yo quisiera que usted me resolviera.

J.E.B. ¿Cuál?

J.N.M. ¿Cómo fue que, involucrado el hombre de pensamiento especulativo en el hombre de acción educativa, aquel pudo sobresalir de éste para reafirmarse sobre lo accidental o existencial de su obra, en lo que era esencial, sustancial y fundamental?

J.E.B. Complicando aún más las cosas para discernirlas en sus particularidades, de modo que, una vez establecidas en estas mismas particularidades, me permitieran a mí mismo volver a lo que yo sabía de esencial en el propio modo de ser.

J.N.M. Explíqueme entonces. Acláremelo igualmente, una vez más.

J.E.B. Fue que efectivamente, promoviendo o fomentando, al mismo tiempo que la educación tecnológica y técnica, la de las bellas artes y las humanidades, tenía forzosamente que volver a lo que había de más esencial o, como usted acaba de decirlo, de más sustancial y fundamental en mí.

J.N.M. Perfectamente. ¿Cómo pues?

J.E.B. De acuerdo con los propósitos y programas que también oportuna-

mente hice saber, fundé la Escuela de Bellas Artes como una unidad integral de música y de pintura, a fin de que de ella, y por ella, irradiasen después las enseñanzas de las demás artes que dan ornato y cultura a la existencia humana. Y más aún, indicando que, *allende éstas, debía tenderse a la creación de una facultad de humanidades, ya que son las enseñanzas de éstas las que coronan, por decirse así, toda obra de genuina, verdadera cultura, valor de lo humano dentro de una sociedad.* Ante todo, con una Facultad de Filosofía.

J.N.M. Comienzo ahora a verlo todo más claramente. En esa culminación integral de toda la acción educativa que usted había proyectado y empezado a realizar, comenzando por la tecnología, se continuaba por las artes, y se llegaba a las humanidades. Y en el ápice de éstas usted hallaba, naturalmente, lo que le dejaba volver a lo que hay de más esencial, sustancial y fundamental en usted mismo.

J.E.B. Si usted quiere resumir en estos términos toda mi concepción, efectivamente puedo decirle que así fue.

J.N.M. Pero si así fue, lo que entonces convendría que usted me dijera, sería como fue que todo ello efectivamente ocurrió.

J.E.B. Procederé entonces también por partes.

J.N.M. Por partes, como es hábito de usted exponer sus pensamientos. Gustoso, yo seguiré escuchándole.

LA ESCUELA DE BELLAS ARTES Y EL CASTILLO DE SALGAR

J.E.B. Bien. Comenzaré entonces por la Escuela de Bellas Artes. Inexplicablemente para mí, ahora cuando miro desde lejos a la obra que, después de haberla pensado, razonado, como se desprende de lo que acabo de decirle, intenté como obra de civilización y de cultura —una obra que pertenece ya a un pasado de concepciones y propósitos, planificaciones y realizaciones— inexplicablemente he visto que, en vez de proseguirla en la articulación programada de una Escuela de Bellas Artes que irradiara, a semejanza del Instituto de Tecnología en sus diversas facultades, en la enseñanza unitaria de todos

sus diversos campos, ella, al contrario, se ha desarticulado. No sé por qué injustificable, intriga o prurito de destrucción, hasta destruir lo que era constructivo, esa desarticulación se ha llevado a cabo. Y digo “se ha llevado” porque no sé hasta qué términos se puede decir prurito de destruir lo construido, anulándolo quizás totalmente.

J.N.M. Comprendo bien lo que usted quiere decir. Pues es sabido que se ha llegado hasta querer vender el edificio donde funciona la Escuela (1980).

J.E.B. Triste propósito en que se olvidan hasta las circunstancias en que fue adquirido ese edificio y que, cada vez que las recuerdo, despiertan mi mejor sentido del humor.

J.N.M. Despierta usted en mí una curiosidad que no puedo eludir.

J.E.B. Ríase entonces, las que me convirtieron en una especie de colono. Pero de colono oficial, para que la ocupación fuera de utilidad pública, no privada. Sin ningún interés personal, por tanto. Sólo para que sirviera a la educación del pueblo, a los jóvenes que debían educarse.

J.N.M. Es curioso.

J.E.B. ¿No le produce a usted hilaridad?

J.N.M. Imaginarme a usted de colono, sí, ciertamente. Pero seriedad desde que veo que se hizo tal para trasladar al departamento su insólita toma de posesión de un bien raíz. ¿De qué manera, dígame, ocurrió en detalles esta acción que en su finalidad tendía a ser también educativa?

J.E.B. Es para mí una lástima no poder detenerme a contarle lo que me pide. Le diré solamente que se trataba de un edificio abandonado de una anterior feria agropecuaria y al cual parecía pensarse en darle el destino de un futuro hospital en el barrio El Prado. Pero la verdad es que estaba abandonado y en vía de pronta ruina. Lo ocupaban apenas algunos agentes de un cuartelillo de policía, cuya negligencia estaba contribuyendo a esta ruina. Mas, desde que yo lo vi y lo visité, juzgué que era lo que necesitaba para la Escuela de Bellas Artes, que hice permanecer allí donde aún se encuentra, pero donde subsiste desarticulada ya de su institución original, olvidando totalmente el programa de sus extensiones e irradiaciones. Y peor aún ame-

nazada de que en cualquier momento se venda el edificio donde ha funcionado en virtud del coloniaje que establecí con ella.

J.N.M. Increíble todo esto, aún más por lo último que me cuenta. Los propósitos constructivos de usted han venido a encontrarse así con los propósitos destructivos de quienes han desarticulado la original Escuela de Bellas Artes.

J.E.B. En el primer piso de dicho edificio funcionó por un tiempo la rectoría del Museo y de la Universidad del Atlántico. En su salón principal se reunían mensualmente los miembros de las juntas directivas de cada uno de los establecimientos que se integraban y regían por la Universidad: Colegio de Barranquilla para señoritas, Escuela Industrial, Escuela de Sabanalarga, Escuelas Complementarias, etc.

J.N.M. Labor enorme que demandaba una vasta visión global de todos esos establecimientos educativos. ¿No cree usted?

J.E.B. Pero se llevó a efecto hasta donde se pudo. En el mismo edificio se estableció además, por la Ordenanza departamental que creó el Museo del Atlántico, el Instituto de Fisiografía que, como lo expresa el mismo nombre, debía servir a la colección y descripción de lo que la flora y la fauna de nuestro territorio ofrecían como base e inicio de un verdadero Museo de Historia Natural. La reunión de los elementos indispensables para el estudio y dominio de la naturaleza que nos rodea.

J.N.M. Hasta ahí era perfecto. Pero en cuanto a lo más propiamente artístico y cultural, ¿qué hizo usted?

J.E.B. En cuanto a lo artístico, se reunió, para la música, lo que existía disperso de un pequeño Conservatorio y de un Centro Artístico. Los profesores de ambos se incorporaron a la Escuela de Bellas Artes. Para la pintura se reunió lo más que se pudo de elementos aún más dispersos de su enseñanza. Muy elemental aún, pero no podía ser de otra manera, en un comienzo que partía de casi nada. *Yo juzgaba que lo que importaba era el esfuerzo para hacer mucho de poco*, en cuanto a lo más extensamente cultural. Luego, como recursos iniciales de extensión, le anotaré que por el Salón de Actos de la Escuela –salón que rápidamente se pudo establecer

como correspondía a su finalidad— pasaron y fueron presentados por mí europeos ilustres como Andrés Sigfried, posteriormente miembro de la Academia Francesa, el antropólogo Paul Rivet, fundador del Museo del Hombre en París, el jurista español de fama mundial Jiménez de Asúa y el doctor matemático, también español, Francisco Vera, gran amigo de Unamuno y de Ortega y Gasset.

J.N.M. ¿Y todo eso ha quedado reducido a nada?

J.E.B. O a casi nada: a la obra de los estorbadores, en quienes no se ha podido superar el instinto de los roedores: la de los destructores de los constructores.

J.N.M. Comenzando, para el caso, por la desarticulación.

J.E.B. Comenzando por ella.

J.N.M. ¿Por qué, entonces, no me relata detalles?

J.E.B. Porque me afectan penosamente. Me duele ver la incomprensión y el afán de destrucción. Pero ya le digo esto, no puedo más que recordar, por asociación de ideas, lo que ocurrió con el Castillo de Salgar, cuyas ruinas ocupó la Universidad del Atlántico, también como colono, y reconstruyó como arquitecto para que sirviera a los fines ya indicados de extensión cultural. Este castillo fue sacado de la casi nada, o de lo poco que quedaba de sus ruinas, pero en un sitio de hermosísima perspectiva, con el propósito de hacer de allí lo mucho que se pensaba. Pero que ahora, en vez de esto mucho, se le está dejando volver a lo poco de las ruinas que antes existían.

J.N.M. Cuénteme entonces, pues, la historia de lo que ahora recuerda por asociación de ideas.

J.E.B. Existían, le digo, las ruinas de esa vieja estructura llamada castillo sobre un cerro a la orilla del mar, entre Salgar y Puerto Colombia. Fue en verdad otra especie de hazaña lo que tuve que hacer para sacar a nueva existencia lo que se mostraba completamente arruinado. Casi estaba ocupado por serpientes que allí anidaban, como las cascabeles. Pero yo vi de pronto, andando por allí, incasable caminante como he sido siempre de sitios no frecuentados e ignorados por las gentes comunes y corrientes, una atrayente

posibilidad: la de que, sobre aquellas ruinas, al ser construidas, se podría presentar una inspiradora residencia de estudiantes universitarios en intercambio del interior con la Costa Norte de la república. Posteriormente con estudiantes del extranjero. Y puse sin dilación manos a la obra. Puedo mostrarle a usted fotografías de la obra que se hizo en curso de su construcción. El sitio era, como es y repito, precioso. Y la reconstrucción correspondió a esa preciosidad. La perspectiva de mares, colinas y playas que desde allí se abren son incomparablemente hermosas. Y yo, como fascinado por esta estética que en su espontaneidad regalaba la naturaleza, logré lo que me proponía. Por lo menos en cuanto a la reconstrucción, que pude lograr completamente y era el primer paso para lo que había de venir después, pero que ¡ay! no ha venido.

J.N.M. Admirable labor para una triste suerte.

J.E.B. Por las fotografías que voy a mostrarle usted podrá apreciar cuánto fue, según se lo digo, lo que se logró. Desde las galerías, a través de los arcos en los muros exteriores, se percibe cómo penetra en juegos de luz y sombra el esplendor del sol costeño sobre mares que parecen reverberar en reflejo de ese esplendor para transformarse en onda y ola de todos los matices de verdes y azules. Y desde la espléndida terraza lo que los ojos percibían era como un miraje de paisajes terrestres que bordean panoramas marinos.

J.N.M. Comprendo su fascinación y entusiasmo por el ardor con que ahora me habla.

J.E.B. La reconstrucción del castillo se inauguró, para ser preciso en este detalle, el 14 de noviembre de 1941. Fue realizada con la presencia del ilustre presidente de la República, doctor Eduardo Santos, su muy distinguida esposa y ministros del gabinete presidencial que le acompañaban. Para llegar al castillo, fuera de Salgar o fuera desde Puerto Colombia, pude obtener que se hiciera una carretera que sirviese de paseo, y que hacía la mitad del ascenso hasta la parte más alta del cerro y parqueadero del castillo. Y en la reconstrucción de las ruinas, así en la construcción de la carretera-paseo, yo intervine personalmente de continuo. Cooperé en persona, así, con los ingenieros que dirigían la parte técnica de la obra, al desembarazarse el terreno de los rieles y polines de la antigua vía férrea. En lugar

de ésta quedó entonces lo que después fue paseo tan atractivo para aquella orilla de nuestro mar Caribe. Y además concebí ese tramo de carretera como comienzo y anuncio para otra mucha más extensa que se prolongar desde allí, por un lado, más allá de Puerto Colombia, hasta Cerro Hermoso, Puerto Caimán, Tubará, Baranoa, Polo Nuevo, hasta llegar a la carretera oriental, de tal modo que, pasando por Sabanagrande y Soledad, se aproximara el aeropuerto y llegara hasta Barranquilla para, por este lado, prolongarse hasta Sabanilla y Salgar, para empalmarse con la del castillo, y así formar una gran carretera de circunvalación como medio de grandes posibilidades para el desarrollo de una industria local, nacional e internacional del turismo.

J.N.M. Hoy todo eso está abandonado por el gobierno departamental.

J.E.B. Sí, hasta la pertenencia a la Universidad del Atlántico le ha sido arrebatada. De ese castillo, por cuya reconstrucción yo me tomé tantas molestias... para que un gobernador inconsiderado, en un momento dado, lo concediese a la nación para una colonia escolar que tampoco pudo sostenerse allí.

J.N.M. ¿A qué atribuye usted, ésta tan lamentable suerte?

J.E.B. Primero, por lo que respecta a la carretera-paseo, a indiferencia gubernamental ante la obra tormentosa del mar durante un período de extraordinaria turbulencia de éste. Segundo, por lo que respecta al castillo, a la ignorancia de un gobernante que transfirió a la nación el edificio reconstruido con tanto empeño, la cual tiene centralizados sus intereses principales en el interior de la República, que se centraliza en la capital. Y, tercero, por lo que respecta a la carretera de circunvalación, a desinterés completo de los gobernadores cuando no se trata de vías de comunicación a las cuales ellos se hallan vinculados por uno y otro motivo, ya personales, ya políticos o electoreros. ¿Qué sienten ellos que podría llamarse estético, ético y lógico a la educación?

J.N.M. Comprendo cuánto debe dolerle a usted semejante suerte. Pues ahora me percató bien de todos los alcances que usted se propuso dar a sus proyectos y programas, realizaciones también en su labor de hombre de acción educativa, integral de la secundaria y de la universitaria, tanto por su lado técnico y tecnológico, cuanto por su lado estético y humanístico. Pero, ¿que más puede usted añadir al respecto?

EL HOMO FABER, EL HOMO SAPIENS Y EL HOMO ESTURBANS

J.E.B. Ahora, lo que pensé en los comienzos de mi labor; que iniciadas las enseñanzas de ingeniería, ellas se complementarían, como lo he dicho ya, con la Escuela de Bellas Artes, que irradiarían en una Institución de Humanidades. La meta, el diseño, era hacer de ambas: –Escuela e Institución–, focos de educación que sirvieran a ilustraciones superiores de lo que el ser humano es completamente, como parte material y parte espiritual. Pues yo me decía: hay que hacer del hombre ciertamente un *Homo faber*; pero no un *Homo faber* como el de la prehistórica Edad de Piedra, sino como uno que se complementase con otro superior que, *Homo sapiens* ya, fuera también no solamente un *Homo sapiens* como el clasificado en la nomenclatura de Linneo, sino como el que reclama la cultura actual, ya histórica, de la humanidad occidental: como un *Homo philosophus* en el más severo significado de esta nueva designación.

J.N.M. Sí, es lo que me parece igualmente que comprendo ahora. Pero que me hace volver a mis preguntas.

J.E.B. ¿Cuáles, pues?

J.N.M. Las mismas que insisten en repetírseme. Porque la verdad es que no alcanzo a explicarme lo que ha pasado con la obra tan clara y magníficamente planeada por usted. A qué, una vez más, se ha debido lo que ha ocurrido con ella.

J.E.B. El mundo de nuestra nación –acaso el mundo todo entero– está muy lleno de hombres que se mueven, a sabiendas o a ignoradas, con un instinto animal de estorbar y destruir todo cuanto crea nuestra tendencia de humanidad de emerger en una cultura superior. Son tipos de seres medio humanos que no pueden clasificarse ni como “*homines fabricantes*” ni como “*homines sapientes*”. Son en realidad “*homines esturbantes*”. hombres estorbantes de todo cuanto se hace en pos de fines elevados de cultura. Diríase que los animan sólo un irracional instinto para esos fines, que detestan. La existencia de tales hombres, que estorban todo, logró la desarticulación de lo que me propuse construir a grande escala. Pues fueron ellos los que se propusieron impedir que la labor proyectada siguiera desarrollándose, cuando

encontraron que no podían destruirla ni de inmediato ni eternamente. Oí que decían vulgarmente: vamos a tirarnos a ese tipo. Y se lanzaron a estorbar la obra en desarrollo.

J.N.M. Increíble ese instinto de estorbo y destrucción, pero es sin embargo innegable. Y seguramente es el que, generalizando, conduce hasta las guerras internacionales. Pues cuando los hombres de una nación ven a otros de otras naciones que construyen obras de civilización y de cultura, entonces se van contra éstos en guerra.

J.E.B. Sin duda alguna. Pero limitémonos a lo nuestro dentro de sus pequeñas fronteras. Considere usted que una empresa en la cual yo me había empeñado dependía —tenía que depender— de esferas oficiales, donde todo se consigue a fuerza de intrigas, alabanzas, adulaciones y hasta de convenios electorales para efectos de recompensas burocráticas. Eso es lo verdaderamente increíble: que planes de educación como los presentados y en parte ejecutados por mí, se redujeran a las conveniencias burocráticas de las esferas oficiales, de las cuales dependía lo material de la obra; era fácil operar así para estorbar o destruir. Y los tipos que anunciaron tirarse y se tiraron sobre dicha obra no escasearon. De suerte que así fue como vino a operar la mecánica del estorbo cuando no se pudo la destrucción total. Debo reconocer, sin embargo, lo que es mi debido reconocimiento: que esto no ocurrió por parte de las Asambleas departamentales a las que les hube de someter mis proyectos de Ordenanzas. Ellas fueron siempre muy atentas a estos proyectos, que fueron aprobados poco a poco después de estudiarlos en comisiones ad hoc, casi sin discusión ya en los debates de la corporación en pleno. Todo los diputados me manifestaron tener plena confianza en mis intenciones. Y cuando subrepticamente se me presentaba por los hombres-estorbo modificaciones al engranaje ya obtenido de la obra, los diputados llegaron hasta consultarme si debían o no llevarlas a efecto. Tanto era la bondadosa opinión que se habían formado de mis intenciones.

J.N.M. ¿Hubo entonces entre ellos más comprensión que entre los demás gestores oficiales de la burocracia a la cual quisieron reducir el Museo y la Universidad del Atlántico?

J.E.B. Como usted lo ve. Y yo aprecié siempre lo mucho que valía esa

mejor comprensión y apoyo para el comienzo de la realización de mis proyectos. Pues gracias a dichas Asambleas y dichos diputados, el Museo del Atlántico funcionó como debía funcionar: operando como medio u órgano para el efecto final de la Universidad del Atlántico. La cual, aunque desarticulada después por los mismos hombres-estorbo, así empezó a ser una realidad. Esa realidad que había de mostrarse, según ya lo hemos comentado, como ejemplo y estímulo para la fundación de otras universidades departamentales oficiales que antes no existían y para la descentralización del centralismo capitalino de la educación universitaria. Un centralismo que hasta entonces había impedido la promoción independiente de dicha educación en los departamentos. Y una descentralización que había de mostrarse fecunda en la creación de los medios y ambientes universitarios allí donde, como insisto en decirlo, antes no existía.

LA BIBLIOTECA DEPARTAMENTAL

J.N.M. Fue entonces con la intención de ofrecer aún más medios de enseñanzas y aprendizajes universales en ciencias, técnicas, civilizaciones y culturas del género humano, cuando usted se interesó por la ampliación de la biblioteca departamental dentro del marco del Museo y de la Universidad del Atlántico. ¿Cómo y hasta qué punto lo logró?

J.E.B. Recordando, dentro de mi propia concepción del Museo, la que llegó a ser la biblioteca más famosa de la Antigüedad clásica griega y de Italia. Pues el recuerdo de ella me animó también en mis empeños completamente modernos. Fue cuando, al llegar yo a la rectoría del Colegio de Barranquilla para varones, logré transformar el simulacro de biblioteca que allí existía en lo que debía servir a la pedagogía y a la didascalia del Colegio. Y cuando, poco después, al ocupar la posición, que entonces se llamaba Dirección de Educación Nacional, en el departamento del Atlántico, guiado ya por mis propósitos de promover la enseñanza superior o universitaria, mi idea de lo que debía ser la Biblioteca Pública de Barranquilla empezó a realizar. Érase el año 1939.

J.N.M. Cuénteme más detalles.

J.E.B. Algunos son minúsculos. Pertenecen a lo que se llama pequeña historia de los hechos.

J.N.M. ¿No es acaso la pequeña historia lo que da materia a la grande?

J.E.B. Sin duda alguna. Y en virtud de ello voy a satisfacer la curiosidad de usted. Comenzando por donde debía comenzar. Busqué el sitio para levantar el edificio, que correspondiera a mi concepción de una extensa Biblioteca Pública moderna. Hallé uno muy adecuado por ser bastante central en la ciudad. Era un viejo caserón frente a un parquecito que se llamaba de la Independencia. Parquecito ameno mientras existió y donde de noche yo solía reunirme con cuatro amigos míos a quienes les gustaba dialogar conmigo acerca de los problemas de la cultura universal. Tanto fue esto así, que en recuerdo y desarrollo de varios de esos diálogos se originó uno que yo escribí bajo el nombre de Haeckel, el célebre naturista y filósofo alemán que se hizo famoso por sus cátedras de profesor en la Universidad de Jena. Pero eso fue mucho antes de 1939. Ya en este año las cosas se me presentaban bajo otro carisma. El caserón al que me refiero había sido ocupado como cuartel de policía, pero estaba ya abandonado. Figuraba como propiedad del departamento y estaba adscrito a la Secretaría de Gobierno. Hablé con el gobernador y su secretaria de Gobierno para obtener el traspaso de dicha propiedad por medio de una ordenanza, a la Secretaría de Educación. Ambos accedieron a mi solicitud y se hizo lo que me proponía, dando yo así mi primer paso hacia la construcción del edificio que debía servir a la Biblioteca en que yo seguía pensando. Posteriormente obtuve algunas partidas de dinero para iniciar esa construcción, que hubo de terminarse después y es la misma que hoy existe.

J.N.M. Interesantes todos estos detalles de la pequeña historia que usted me cuenta. Me hacen ver cómo en la mente de usted todo se entreteje ideológicamente. Hasta por sus recuerdos de incidencias atinentes a cuestiones de la cultura universal. Se me ocurre ver en esas incidencias como causa o razones de coincidencias determinantes del cumplimiento de sus designios a través de los años, o a largo plazo, operando lo que usted designa in-tele-agencia o actividad que piensa para obrar a distancia efectos finales.

J.E.B. Podría ser. En verdad las incidencias de mi lejana juventud con

mis amigos igualmente jóvenes en aquél parquecito, raramente vinieron a operar como coincidencias para que por allí mismo yo ideara la construcción de un edificio para la biblioteca que debería ser receptáculo de libros para la ilustración de la cultura universal.

J.N.M. ¿Y qué más entonces?

J.E.B. Después de mi separación de la rectoría del Museo y de la Universidad del Atlántico, adversidades también de la pequeña historia, la construcción fue avanzando lentamente. Y cuando se terminó, la obra se mostró como un mérito del gobernador. Adelante, cuando continuó la desarticulación del Museo, dos estorbantes de la obra se situaron en la biblioteca para “bombardear”, como decían, lo que seguía haciéndose de cultura en la Escuela de Bellas Artes. Se tiraron, según sus vulgares expresiones, sobre esta escuela para estorbarla, hasta quitarle los cursos de extensión cultural que hasta entonces se habían llevado a cabo allí con tanto éxito. El resultado fue que se hizo entonces de la Biblioteca un centro de intrigas, una burocracia de destructores.

J.N.M. Espantoso. Y se alegaba, para el gran público, que nunca entra a fondo en el análisis de las cosas, que la obra emprendida por usted era demasiado vasta y compleja para que pudiera subsistir tal cual usted la había ideado.

J.E.B. Cómico. Iba a decir cómico. Y comitrágico, también, por lo dramático para mí. Pero más exactamente expresivo es el término que usted acaba de emplear: espantoso.

J.N.M. De qué manera entonces?

J.E.B. El espanto está en esto que también hace lo trágico. Y, curiosamente, en medio de lo cómico. Pues espanta percatarse uno de las insuficiencias que se muestran en nuestros hombres colombianos para abarcar y dominar obras de grande aliento o, como también suele decirse, de grande envergadura, en educación y cultura. Así, lo que se presentaba por la obra del Museo y de la Universidad del Atlántico se podía perfectamente abarcar y dominar si no se ponía en manos de mediocridades impotentes para mirar más allá de intereses personales, sectarios o politiqueros. Y en esa impoten-

cia es donde yo tengo que ver lo trágico del drama, que se hizo para mí tanto más espantoso, según la palabra de usted, cuando más veía que se causaba por lo cómico que se imponía. Hubiera el rector del Museo y de la Universidad contado con lo que desgraciadamente no contó: el no depender de autoridades oficiales que, más poderosas materialmente, obstaculizaron la labor, ya por la indiferencia, ya por el prurito de estorbar o destruir, y Museo y Universidad habrían llegado a ser todo en cuanto en ella quedó esbozado de proyectos y programas en la Ordenanza que originalmente los creó.

LO QUE DEBE SER UN RECTOR DE UNIVERSIDAD

J.N.M. Pero siendo todo esto así, ¿cómo entonces concibe usted y piensa que debe ser en general un rector de universidad que se empeña en hacer sobresalir la universidad como gran empresa de educación y de cultura?

J.E.B. Que un rector de universidad debe ser conforme a lo que se colige de la conclusión a que acabo de llegar y que se desprende de todo cuanto antes he expuesto, se probó enteramente por la del Atlántico durante los primeros años de su funcionamiento, cuando se ajustó del todo al esquema de ella delineado en la Ordenanza departamental que la creó. Y que esa prueba fue innegablemente ejemplar, fue reconocida en el interior de la República donde, como también lo he dicho ya, hasta quedar en retardo con respecto a las que siguieron su ejemplo y avanzaron más, es otra cosa. Otra cosa como para probar también que no por ser regentada como ha debido ser, se desarticuló y se causó este mismo retardo en su desarrollo.

J.N.M. Es el tema de la cuestión que antes yo le planteara y que ahora se me presenta en esta alternativa: o el plan era demasiado vasto para poder ser abarcado y dominado debidamente, o faltaron los hombres suficientemente capacitados para abrazar y señorear la magnitud de la obra.

J.E.B. Recuerde usted aún lo que expuse en mi antes citada disertación de 1942 bajo el título de “El Museo del Atlántico y la futura Universidad Técnica de Barranquilla”. Ya allí señalé que ésta, para que fuera progresando como debía, demandaba, exigía, no sólo decanos competentes en sus espe-

cializaciones, sino un rector de comprensión universal de lo que debía ser la Educación Superior Universitaria, como medio para fomentar civilización y promover cultura.

Y no solamente demandaba o exigía un rector de categoría de una inteligencia universal de lo que civiliza y hace cultos a los pueblos, sino además gobernantes que dejaran de ser meros instrumentos de finalidades políticas y abrieran su entendimiento a la comprensión del valor inmensamente humano de la educación. Y en verdad de una educación integral como la planificación en el Museo y la Universidad del Atlántico, para aplicarse a ella con interés intrínseco, es decir, en sí y por sí, con amor –amor intelectual–, rara ave entre gobernantes que juzgan que se gobiernan solamente con los que ellos llaman a su acomodo político.

Pero vayamos al grano de la pregunta que usted me ha hecho para precisarle yo cómo es que concibo y pienso lo que en general debe ser un rector de la universidad.

Miremos para el caso lo que son el concepto y el pensamiento esencial de lo que debe ser este rector. Para precisarlo en nuestras mentes, sabemos ya cuáles son las notas o cualidades intelectuales que deben distinguirlo: la de un cerebro, por decirlo así, no sólo teórico de ideas fundamentales, sino práctico de acciones educativas, que abarquen, como ya lo hemos dicho, pero yo tengo que insistir en repetirlo, lo universal de las civilizaciones y culturas ya históricas del género humano. Lo que implica, por tanto, que el rector de la universidad debe ser no solamente un doctor y erudito en humanidades, sino un perito en la aplicación de éstas a la educación.

J.N.M. Perfectamente. Quedan así, pues, precisadas las notas o cualidades intelectuales que deben adornar, según usted, el cerebro de un rector de universidad.

J.E.B. Sí, pero la consecuencia indirecta que de ello se sigue es negativa.

J.N.M. ¿Cómo así?

J.E.B. Viendo entonces nosotros que no es ningún especialista de alguna de las tantas ciencias y técnicas o tecnologías especiales que hoy existen

quien puede ser considerado como el adecuado para ser el rector a quien nos estamos refiriendo. La especialización pone límites a la mentalidad de un especialista. Y esas limitaciones no sólo lo hacen ser parcial, sino que le impiden ser justo y amplio con las exigencias de la cultura en general, elevada a los más altos planos.

J.N.M. Luego, según usted, no es un especialista el indicado para ser un rector de la universidad. Pero es lo que siempre se ha dejado de tener en cuenta en Colombia. Pues los rectores de nuestras universidades se han buscado siempre entre especialistas como abogados, médicos, ingenieros o economistas. ¿Se deberá entonces a ello la lentitud con que progresan estas mismas universidades nuestras?

J.E.B. No es necesario ser un genio para poder presentarse como el debido rector de que le hablo. Basta que tenga los talentos indispensables para abrazar lo universal del espíritu humano, sobre todo hoy cuando este espíritu se extiende no sólo a todo el globo de la tierra, a todas las gentes y naciones de nuestro planeta; a todas las maravillas que hoy adornan éste, que también se lanza al dominio del espacio cósmico por medio de hombres nacidos en este mismo planeta, esta misma tierra.

J.N.M. Pero, ¿son posibles entre nosotros esos talentos que usted juzga por lo menos indispensables?

J.E.B. Por la rectoría de la Universidad del Atlántico han pasado licenciados en pedagogía, abogados, ingenieros, economistas. Cuando ella dependía directamente de la gobernación del departamento, dichos especialistas se escogieron con criterios de amistad o de conveniencias políticas. Fueron personas de muy apreciable corrección y caballerosidad. Pero no pasaron de ejercer sus acciones de rectores más allá de lo que permitían sus especializaciones profesionales.

J.N.M. Reconoce usted, pues, la bondad de las cualidades personales de dichos rectores. Pero no les atribuye, las de, por lo menos, talentos para captar y ejercer lo universal que en la educación superior usted juzga indispensables para ser rector *comme il faut*.

J.E.B. En efecto.

J.N.M. ¿Dígame usted entonces cómo piensa que debe formarse semejante rector?

J.E.B. Para decírselo tendré que mostrarme petulante.

J.N.M. No importa. Comoquiera que sea, será para mí interesante.

J.E.B. Pues bien: cuando ideé la fundación de la Universidad del Atlántico, investigué, como ya se lo he indicado, el proceso que llamé genérico del avance educativo de la humanidad. Fui quizás demasiado lejos en mi investigación. Pero fue de esa manera como pude adquirir conciencia para el juicio que hoy tengo sobre la necesidad de que un rector de universidad sea cuando menos un talento universal, no un aventajado especialista.

Estudio que extendía hasta la última fase de dicho avance en proceso en Colombia. Y como siempre ha sido mi hábito de estudio, llegar en lo posible por medio del análisis de los hechos y de los conocimientos cumplidos, hasta los antecedentes lógicos, éticos y jurídicos desde la protohistoria de la humanidad. Hasta ellos mi estudio hubo de llegar.

J.N.M. Completísima, por consiguiente, tenía que ser así su investigación.

J.E.B. Sí. Creo que sí, estableciendo, sobre la base del proceso genético de la lógica, el proceso genético de la ética y de la ciencia jurídica, para establecer, sobre el fundamento de este conocimiento, el proceso genético de la ciencia de la educación en el avance de la protohistoria a la historia de la humanidad.

J.N.M. Es lo que sigo viendo.

J.E.B. Petulante, por cierto, tiene que parecer decirlo así. Pero dice lo que efectivamente hice. Habiendo procedido así, adquiriría plena conciencia, creo, para lo que tenía que precisar en mi mente acerca de lo que debía ser un verdadero rector de universidad.

J.N.M. Fundamentalmente, a pesar de esta petulancia que usted quiere atribuir a su procedimiento.

J.E.B. Y ya en la historia, mi investigación, lo precisa en sus manifesta-

ciones durante el período alejandrino, al cual me ha referido, para establecerlo luego en su avance hacia el desenvolvimiento, como en letargo, para dormitar, a través de la Edad Media, cuando hubo de predominar la escolástica, hasta despertar vivamente en el Renacimiento.

J.N.M. Bastante sucintamente me lo dice usted así.

J.E.B. Estudié, como convenía, a los autores de este último período. Aquellos que como Baco de Verulamio —para darle un solo ejemplo— en su *Instauratio magna*, contribuyeron al máximo, hasta entonces alcanzado, del concepto esencial de lo que debía ser una universidad y, consecuentemente, un rector de capacidad para ella.

J.N.M. Sin duda alguna.

J.E.B. Esa universidad que habiendo hallado su foco de irradiación en París, simultáneamente irradió también en Bolonia y Nápoles, de Italia, en Colonia, de Alemania, en Oxford, de Inglaterra, en Montpellier, de Francia y en Salamanca, de España.

J.N.M. Dejando a un lado la petulancia de que usted ha querido hablarme debido a esa investigación, creo que era, sólo mediante ella, como se podía llegar a resultados como los que usted ahora me señala. Pues ahora veo claramente que fundar universidades y ser rector de ellas, no es cosa de pasatiempos ocasionales para personas que quieren figurar como tales. Ciertamente pueden darse hombres adinerados que pueden hacer buena obra en donar a las instituciones de educación superior altas sumas de dinero. Pero no por ello se colige que sean idóneos para determinar los cursos que debe seguir la enseñanza universitaria. Razón por la cual también veo que si no se requieren genios para regir esta enseñanza, sí, por lo menos, son indispensables talentos como los universales que usted tan certeramente ha sabido aclararme ahora.

J.E.B. Si es que a usted le place poner las cosas en estos términos.

J.N.M. Que son, me parece, los que deben ser de reconocimiento. Mas entonces, me queda una última pregunta para usted, causada por mi curiosidad.

J.E.B. ¿Cuál?

J.N.M. Ésta: si tiene escrito todo lo que investigó de cuanto acaba de decirme.

J.E.B. Siempre escribo lo que indago y estudio, analizo y discierno, crítico y juzgo, para esclarecimiento y precisión de ello en mi conciencia de las cosas.

J.N.M. No le interesa publicarlo.

J.E.B. Me es igual publicarlo que no publicarlo. A mis coterráneos les interesa conocerlo tan poco como a mí publicarlo. Lo que para mí es importante es lo que amplía cada vez más y más, lo que la experiencia pasada y presente me enseña para crecimiento de mi conciencia, y aumento de mis conocimientos, en la dignidad de que trató tan ilustrativamente el mismo Baco de Veruliano que le he citado, en su libro *De dignitate et augmentis scientiarum*, y escribió que no pedía nada para él sino para la cosa de la cual trataba.

J.N.M. Con todo lo cual, pues, lo que usted se ha propuesto es demostrar el concepto esencial que se ha formado de lo que debe ser un rector de universidad en general y así señalarle el alto rango en que usted lo coloca como educador.

J.E.B. Sin duda alguna.

Barranquilla, Colombia, 1980